

CUENTOS Y RELATOS DEL IDISH

ISAAC LEÓN PERETZ, JOSÉ OPATOSCHV Y OTROS

TRADUCIDOS Y PROLOGADOS POR
SALOMÓN RESNIK

SELECCIONADOS POR
ELIAHU TOKER

Edición digital exclusiva de



Isaac León Peretz

"Adán y Eva"

Traducción del idish
y prólogo de
Salomón Resnick

Dedicado a la memoria de Catalina Nusenovich

Editorial Jidsica
Bj A7. 1947

PRESENTACION DE I. L. PERETZ

A D Á N Y E V A



los treinta años de su muerte continúa siendo I. L. Peretz la figura central de la literatura judía. No porque no hayan surgido, después de él, autores de relieve. Los ha habido, sin duda, y de gran envergadura. La misma literatura judía, tomada en su conjunto, es, en estos momentos, mucho más densa, más variada y compleja que en los días en que la dejara Peretz. Y sin embargo, no ha habido desde entonces un escritor que concentrase en sí, como él, todos los hilos de esa literatura, que encarnase su alma, que fuese su eje y su símbolo. Y es que Peretz no fué solamente un escritor eminente, sino también un gran espíritu, un innovador incansable, un propugnador, una fuente siempre en renovación.

Por esta razón, tal vez, ha sido el más notable y personal de los escritores judíos, el que, no obstante su afición a las formas literarias y a las preocupaciones ideológicas europeas, ha sabido ahondar como pocos en el alma peculiar de su pueblo.

Iniciado como realista, bajo la influencia de los escritores europeos entonces en boga, sobre todo de los rusos y polacos, pasó Peretz por diversas etapas, cultivó distintas formas, destacándose en el terreno del romanticismo nacional, que tuvo su expresión en sus relatos jasídicos, en sus leyendas de corte folklórico y en algunos de sus dramas. Tendía a la búsqueda de las almas nobles, íntegras, moralmente perfectas. Y esto creyó hallarlo en las individualidades simples, en los hombres del pueblo, ignorantes de saber, pero dotados de un profundo sentido moral, del don del sacrificio por su fe, cualquiera que ella fuese. Buscaba Peretz al judío ideal, al judío sabático, al que sabe menospreciar la realidad para elevarse al limbo de la integridad moral. Por eso internóse tanto en el análisis del alma de sus personajes, descuidando su aspecto externo. La descripción del ambiente en que vivían, de la indumentaria que empleaban o de sus rasgos físicos peculiares le interesaba poco; lo

que más le preocupaba era su estado psíquico, sus inquietudes, sus problemas psicológicos. Lo ético, más que lo estético, absorbía preferentemente su atención.

Nació Peretz en 1852, en Zamocz, "Polonia, famosa en la historia judía por sus hijos ilustres. De familia muy religiosa, frecuentó, como todos sus coetáneos, la escuela israelita clásica, "el jeder". Allí nutrió su espíritu infantil con graves sentencias talmúdicas, y a los tres años, refiere en sus admirables memorias, recitaba ya párrafos del Pentateuco, sin poder todavía pronunciar correctamente las palabras. Era sin duda un niño precoz y sus padres soñaban con hacer de él un rabino, honra y gloria de la familia. Pero estaba previsto que ese muchacho enclenque, que con tanto afán profundizaba la árida ciencia rabínica, fuera un día el azote de la gente que hacía de la fe religiosa una profesión. Niño aún, llegó a sus manos, por casualidad, una biblioteca, que devoró con avidez. En un libro de física que halló en ella aprendió el alemán, y con un viejo tratado de medicina en la mano hizo diagnósticos, con el resultado para los pacientes que es de imaginarse. Luego se impregnó de una cultura amplia, variada, profunda. Hombre ya, se radicó en Varsovia, donde ocupó un puesto en la Comunidad israelita hasta su muerte, acaecida en 1915. Desplegó gran actividad literaria, fundando numerosas revistas, en las cuales dió a conocer a nuevos escritores, como Pinsky, Reisen, Asch, Vaisenberg y otros, a quienes él descubrió y ha estimulado.

Peretz se inició en la literatura en 1877, y siguiendo la costumbre de la época, escribió en hebreo, idioma clásico que su talento enriqueció con nuevas formas. Pero el castizo escritor hebraico comprendió que su obra sería infructuosa, ya que la mayoría del pueblo judío ignoraba el idioma histórico. Entonces se decidió a escribir en la lengua viva, el idisch. Es curioso observar que al principio Peretz veía en este lenguaje un simple instrumento para

A D Á N Y E V A

educar a la multitud y no le atribuyó valor artístico y probabilidades de evolucionar. Pero la convicción profunda de que sólo en idisch podía desarrollarse una literatura nacional trocó bien pronto su anterior desprecio en amor intenso al nuevo idioma. El estilo de Peretz, sencillo al principio, sufrió evoluciones felices, y llegó a ser, en sus últimos libros, original, ¹ conciso, impresionista.

Sobresalió Peretz entre los autores judíos de su tiempo por su profunda originalidad, su riqueza de pensamiento, su inquietud ideológica, su maestría de estilo y por la obsesión que ejercía sobre él el aspecto moral de la vida. Era un escritor sintético, enjundioso, de estilo vivaz y lacónico, a ratos incisivo, demoledor, otras poético, ensoñador, pero siempre interesante, novedoso, inquietante.

Los predecesores de I. L. Peretz en la literatura idisch habían seguido en sus escritos una senda sencilla y rectilínea. Pintaban la vida y las costumbres de su pueblo con más o menos fidelidad, pero todos carecían de un ideal estético y de condiciones artísticas para reflejar las formas y las tendencias de la literatura europea. Además, su afán de moralizar e instruir no podía atraer a los lectores cultos, por lo que sus obras sólo eran leídas por la parte menos instruida del pueblo. La literatura incipiente en idisch, sin tradición artística, estaba condenada a no salir de los estrechos límites que sus primeros cultivadores le fijaron, si Peretz y algunos otros escritores no la hubieran encauzado por nuevos derroteros. Dotado de raro talento y consciente de su gran misión, Peretz se distingue como personalidad multiforme e interesantísima en las letras israelitas. Este carácter poligráfico de su obra se debió, aparte de su curiosidad intelectual, a la mengua de literatos; por eso, al mismo tiempo que cultivaba en si al artista, Peretz sostenía fiera lucha contra la ignorancia y el fanatismo. Fué simultáneamente sacerdote mayor y humilde sacristán en el templo de las letras.

Peretz, aristócrata literario que jamás ha sacrificado el arte en aras del vulgo, fué, no obstante, quien más lo amaba, defendía y pintaba con mayor cariño. Tanto sus cuadros realistas como los cuentos jasídicos, las leyendas populares, las alegorías o sus artículos periodísticos llenos de sarcasmo, están impregnados de profunda simpatía hacia los desheredados. Son muchos los cuentos en que pinta con mano maestra y libre de toda tendencia la miseria horrible de la población judía, que tiene al hambre por amiga inseparable. Para conocer el estado social de su pueblo hizo Peretz a fines del siglo pasado una gira por el interior de Polonia, recogiendo sus impresiones en sus "Cuadros de viaje".

Como otros escritores judíos de su tiempo, reveló Peretz, en sus narraciones realistas, el fatídico espectro del hambre que se cernía sobre los ghettos y causaba allí estragos físicos y morales. En rasgos breves y enérgicos traza el cuadro sombrío del ghetto asolado por el hambre y por los prejuicios seculares, no menos fatídicos que aquél. Y dentro de ese tétrico escenario destaca la triste situación de la mujer judía, reducida a funciones subalternas, a proveer del sustento diario a su esposo, dedicado al estudio absorbente del Talmud.

Desde el joven ocioso absorbido enteramente por el estudio ("batlon") hasta el judío místico que soñaba con el advenimiento del Mesías; desde el jornalero que realizaba rudas faenas hasta la mujer que se desvivía trabajando para asegurar la tranquilidad de su esposo, oveja de Jehová, la mayoría de la población judía de mediados del siglo pasado se veía sometida a un absurdo régimen social que la pluma de Peretz fustigó sin piedad, ansiosa de reformarlo, de humanizarlo. Peretz fué, en este sentido, un autor de orientación social firme, categórica; quiso, valiéndose del arte, mejorar la situación del joven judío, de la mujer judía, de la sociedad judía en general. Pero no descendió para ello a la arena de la sátira sangrienta, de la burla despiadada, conforme lo hicieron algunos coetáneos suyos. Prefirió describir esa vida opaca,

triste y mísera, para que su reflejo sirviera de ejemplo y de prevención a los que yacían en ella o que estaban al borde de hundirse en su medio.

Destaquemos algunos de los tipos de la triste realidad judía, descritos por Peretz. Ahí está, por ejemplo, el trágico protagonista de "El batlon loco", ese tipo negativo que se consagraba al estudio de la ciencia rabínica viviendo de la pública caridad. Era costumbre que cada habitante le ofreciera un día de hospitalidad por semana. Inclinado día y noche sobre los enormes infolios talmúdicos, lejos de su familia, mal alimentado, despreciado por todos, ese producto malsano de la sociedad israelita no tenía noción del mundo real e ignoraba lo que era la vida. Su imagen febril, incitada por libros místicos, su vida sedentaria y estéril, hacían del "batlon" un sujeto extravagante y a veces desequilibrado.

Extenuados física y espiritualmente por los ayunos frecuentes, los sufrimientos morales y las penitencias voluntarias, algunos de ellos aspiraban a un idealismo absurdo, esforzándose por librarse de las necesidades naturales mediante prácticas cabalísticas. Las mentes presas de ensueños fantásticos, persiguiendo un grado de éxtasis que los convirtiera en seres espirituales, incorpóreos, a semejanza de esas melodías que cantan interiormente, solas, sin música, sin palabras, esas vidas opacas, consecuencia enfermiza de una sociedad cristalizada y rutinaria, estaban destinadas a caer en los lazos de la demencia, como el personaje del cuento mencionado, o a extinguirse de inanición, según ocurre en "Los cabalistas".

Enclaustrado en su fanatismo religioso, el pueblo judío se había petrificado en la telaraña de sus creencias y costumbres permaneciendo inmutable y celosamente aferrado a ellas. La ignorancia y la miseria por una parte, la rígida moral y ciertos prejuicios seculares por otra, crearon normas de vida absurdas en demasía y que, a pesar de eso, nadie osaba violar. Deplorable era especialmente la triste condición de la mujer, que Peretz ha reflejado en numerosos cuentos de carácter realista y en algunos artículos de combate.

En la vida judía de antaño el amor era un sentimiento desconocido casi. A los israelitas, educados en un ambiente que encumbraba el cerebro y denigraba el corazón, la mujer les parecía "más amarga que la muerte". Según ellos, la finalidad femenina se reduce a la virtud y a las ocupaciones domésticas. Convencidos de que la gracia es falaz y pasajera la hermosura, atribuían al bello sexo un lugar secundario en la vida. Y desde edad temprana todo jovencuelo musitaba diariamente una oración de gratitud por haber sido creado varón y no mujer. Si alguien llegaba a enamorarse, mantenía en secreto sus sentimientos, pues sabía que su revelación podría perjudicarlo. El destino de las jóvenes era fijado de antemano por los padres, quienes las hacían casar frecuentemente con individuos ajenos a su idiosincrasia. Las condiciones especiales de la vida israelita contribuían a sofocar en las mujeres los sentimientos amorosos, y si alguna de ellas estaba herida por los dardos de Cupido, su pobre corazón debía ceder ante las exigencias de la vida, durísimas para ella. Pero esas uniones forzadas no implicaban de manera alguna que la mujer se tornase infiel y se dejara arrastrar por sus inclinaciones amorosas.

En casi todas sus novelas la mujer judía es la que se afana por ganar el sustento, proporcionando al esposo, que lleva una existencia indolente, lo necesario para vivir. Él se pasa la vida en la sinagoga, entregado a la oración y a la lectura de los libros sagrados. La mujer lo respeta y teme, lo mimaba y cuida celosamente, ofreciéndole los mejores manjares, en tanto que ella se contenta con cualquier cosa. El acepta los obsequios con benevolencia y cree que esto le corresponde en buena ley. Si la miseria y la penosa carga del sustento llegan a exasperar la abnegación de la mujer y ante la indiferencia del marido se rebela, tratando de impedir que se entregue exclusivamente a ocupaciones pasivas, cual son sus inútiles estudios talmúdicos, basta entonces que él la reprenda para que ella acepte resignada el duro yugo del trabajo. ("Ira de mujer").

A D Á N Y E V A

La exigua instrucción de la mujer, por una parte, y la ya excesiva del varón por otra, acrecentaban más aún el abismo entre ambos. Toda su cultura la adquiría la mujer judía en ciertos libros de moral y novelas insulsas, mientras que el alimento espiritual del marido lo constituían la Biblia, el Talmud y sus comentarios, el Zohar y la frondosa literatura rabínica, sutil y abrumadora. La rígida ciencia rabínica no es asequible al espíritu femenino, y el marido que por complacer a su esposa le explica algunos pasajes del Talmud, observa con ironía que ellos no tuvieron otra eficacia que hacerla dormir. En cambio, cuando ella le recita de sus novelas, él se duerme. . . ("En la diligencia"). Dos mundos inconciliables, en el orden intelectual y moral, constituían la familia judía. El marido, fiel servidor de Jehová, llevaba una vida parasitaria, dedicada por completo al estudio, que debía servirle como pasaporte para conseguir un lugar preferido en la vida .de ultratumba, objeto final de su existencia. Y la mujer, ignorante, tímida, laboriosa, se consideraba indigna de su ilustrado consorte y se sacrificaba para mantener a la familia. Y como recompensa única de sus penurias acariciaba el consuelo de que, merced a la sabiduría y buenos hábitos de su esposo, ella también habría de ser premiada con un sitio en el Edén. Creencia cándida, sin duda, pero único bálsamo para su corazón lacerado. Esta falta de armonía en el seno de la familia debía ser puesta de relieve por el escritor. A él le incumbía elevar el espíritu de ambos cónyuges a un grado de cultura que los vinculase con más intimidad. Y éste fué uno de los objetivos de Peretz- En sus novelas y artículos realza el valor de la mujer y aboga por ella, la defiende contra los prejuicios sociales y religiosos, exhortando al hombre a comprenderla y a amarla.

Mas para el judío educado en un ambiente que le ha inculcado desde su infancia la convicción de su superioridad sobre la mujer, es el amor un sentimiento tan raro y contraproducente, que no halla para calificar al que lo experimenta otro epíteto que el de "loco". De extraviado mental tilda un judío en un cuento de Peretz a un amigo suyo que se

niega a contraer segundas nupcias, por persistir en él el recuerdo de la bien amada extinta compañera. El atolondramiento en que se halla el infeliz viudo y su negativa de casarse nuevamente resultan incomprensibles para el bueno de su amigo, el cual siente por el cuitado una conmiseración-burlona. ("Si le dicen loco, créelo").

No obstante, en las capas sociales más humildes de la sociedad israelita, entre el elemento sencillo y rústico, el amor no es del todo desconocido. La vida de esta clase de gentes es, por lo común, más natural que la de los instruidos, y por consiguiente, menos desgraciada. Entre esos seres humildes, que dan libre expansión a sus sentimientos, no es raro ver idilios llenos de ternura. Y Peretz los ha descrito en diálogos conmovedores. ("En el entresuelo", "Paz doméstica", "Un sábado perturbado").

El mundo de los oprimidos, la clase modesta de la sociedad judía, el artesano, el jornalero, mereció, en general, la simpatía particular de Peretz. Tanto en sus relatos de esos ambientes, como en sus escritos periodísticos y en los artículos de vulgarización que escribió para esa capa social dejó traslucir en todo momento su profundo cariño por la masa popular. Ya en sus primeras narraciones realistas dedicó su atención al hombre de pueblo, a su mísera situación material y espiritual. Más tarde, a fines del siglo último, publicó una serie de periódicos destinados a ilustrar a la masa ("Iomtev-bletlej"), y en ellos insertó Peretz, bajo diversos pseudónimos, cuentos, versos, artículos de divulgación científica y de actualidad. Estuvo también en contacto con el incipiente movimiento socialista judío. En toda esta labor editorial y artística puso de manifiesto siempre un hondo amor a los pobres, a los humildes.

Pero no se redujo a esto la función de Peretz. Era un temperamento demasiado inquieto, un espíritu demasiado curioso para estancarse en un solo género literario, digamos el cuento realista, y para seguir únicamente la línea social. A medida que iba evolucionando en la vida

A D Á N Y E V A

y en el arte, fue cultivando diversidad de géneros y de escuelas, hasta que su recia personalidad adquirió rasgos propios e inconfundibles en ese romanticismo sui generis que marcó la última etapa de su producción literaria; no un romanticismo endeble y sentimental, sino uno que buscaba al hombre perfecto, al judío íntegro, al individuo dotado de alma superior, modesto en apariencia, humilde e insignificante en la vida real, pero grande por su concepción, por sus ansias de perfección moral.

Atribulado por la triste realidad de la vida judía y por la mezquindad moral de los hombres, buscó Peretz un refugio en el romanticismo esencialmente hebraico que el "jasidismo" y la leyenda popular ofrecieron a su mente escéptica y soñadora. Frente al espectáculo de la vida, parecióle nimias las virtudes y despreciables los pecados; unos y otros son minúsculos, microscópicos, visibles apenas. No existen grandes virtudes ni pecados grandes. Desaparecieron las aspiraciones dignas de fervoroso encomio o de execrable vituperio; el tiempo cercenó las alas de la virtud y del vicio, engendrando un tipo que a todo se amolda, encarnación específica de la mediocridad. Por eso, cuando llega un alma ante el Tribunal Supremo, en la hora del juicio final, sus buenas y malas acciones se equivalen, y no hay para ella recompensa ni castigo, ni paraíso ni infierno. De ahí que el empequeñecimiento de la vida y la parvedad moral de los hombres guiaran a Peretz a buscar la belleza no en la realidad, sino en el pasado romántico, en el dédalo poético del jasidismo y de la leyenda popular.

Careciendo para él de interés la vida prosaica, buscó otra, más armoniosa, en el pasado. El judío de antaño era abnegado, honesto, propenso a las acciones filantrópicas, mientras que el moderno se ha convertido, gracias al contacto con la civilización europea, en un ser vulgar. En el testamento que dejara el judío de antaño, leemos en un relato de Peretz, no se hacía mención de intereses pecuniarios; el moribundo era un idealista a su modo, que entregaba el alma al que se

la había otorgado; moría optimista. Pero su nieto ya padece los tormentos espirituales del judío moderno, pierde al Dios de sus antepasados y busca nuevas deidades, sin encontrarlas. No le satisface la sabiduría humana, y considera vano y sin sentido el objeto de la vida. Aburrido de ella, busca en el suicidio el término de sus penas. Sin embargo, Peretz cree en el porvenir. Sueña con una época de hombres rectos, nobles, justos, que no deben doblegarse ante nadie y que sepan remontarse por encima de la vida vulgar, llevados por las alas simbólicas del ideal. Los pusilánimes, las almas chatas, incapaces de acciones conscientes, que viven para la explotación, dominados por miserables aspiraciones, merecen sus burlas.

En el jasidismo, primeramente, y en la leyenda popular, luego, buscó Peretz la redención moral del judío subyugado por la realidad.

Digamos algunas palabras acerca del jasidismo. Fué su fundador Israel Baal Schem Tov, cuyo nacimiento, como sucede con todos los personajes divinizados por el pueblo, está orlado de leyendas fantásticas. Nació, probablemente, en el año 1700. Muy joven aún, quedó huérfano, y su pueblo natal se encargó de su educación. No era un buen estudiante, aprendía con dificultad; en cambio, pasaba días enteros entre las montañas, entregado a la contemplación y a la admiración de la naturaleza. Dedicóse al estudio de la cábala, cuya influencia sobre él fué poderosa. Trabajó en los oficios más humildes, negándose a revelar el poder divino que, según creía, estaba radicado en él. Una casualidad llegó a descubrirlo, y bien pronto se propaló la voz de que era un taumaturgo; numerosas leyendas circularon acerca de su persona y de los milagros que hacía, sobre todo en la curación de enfermos. Adquirió abundantes prosélitos, y cincuenta años después de su muerte tenía millares de "jasidim" o devotos.

El rápido incremento del jasidismo debióse a su carácter eminentemente popular. El menosprecio de que eran objeto los ignorantes por parte de los instruidos llegó a un extremo que tuvo que suscitar necesariamente la enemistad entre ambos bandos. Conforme a

A D Á N Y E V A

las viejas costumbres judías, el ignorante es un ser desgraciado en esta vida y en la futura. Los rabinos exageraron más aún este menosprecio. En cambio, el jasidismo levantó de su bajo nivel a las masas populares, enseñando que para ser virtuoso no era necesario ser docto, sino amar a Dios y al prójimo, cultivar la fraternidad, no abusar de los ayunos y permanecer siempre alegre. Contrariamente a las austeras y anacrónicas ceremonias de los rabinos, que veían en el mundo un valle de lágrimas, los adeptos del jasidismo celebraban con júbilo el culto y los demás actos de la vida. "Servid al Señor con regocijo", era entre ellos axioma práctico. Y esta alegría llegaba al éxtasis, porque, según ellos, el universo, la Tora, los hombres, todos los seres son melodías, sonidos parciales del Gran Todo. Su concepción del mundo era optimista y panteísta: Dios está en todas partes, tanto en el lugar sagrado como en el inmundo, se manifiesta bajo formas diversas, su influencia es ubicua. Por tanto, el hombre recto debe alabar a Dios en todas sus manifestaciones, y ha de hacerlo alegremente, pues la alegría place al Señor más que la tristeza. Si a estos principios se une la creencia en el divino Rabí, se-comprenderá entonces por qué el jasidismo progresó tan rápidamente. El Rabí era el ídolo de sus adeptos. La fe absoluta en su poder sobrehumano dió pábulo a miles de leyendas, que reflejan, en síntesis, la faz poética y mística del jasidismo.

El Rabí era el foco de la bondad y de la alegría. Su palabra constituía un bálsamo que curaba y consolaba las penas morales. Hastiado de la miseria de la vida, el "jasid" abandonaba su familia y su hogar y corría a la mansión del Rabí, donde se encontraba con centenares de compañeros que venían a su vez a beber de la fuente inspiradora. Fuera de los consejos y bendiciones concernientes a la vida cotidiana, el Rabí "explicaba la Tora", es decir, comentaba algún pasaje de la Biblia adornándolo con hermosas ideas y parábolas. Pero lo que realizaba el valor del Rabí no era el fondo de su disertación, sino su forma, su modo de exponerla. La Tora adquiría vida en su boca, fluía de él como cristalino manantial, ora plácido, manso, tranquilo, ya turbulento, en

sonoras cataratas, salpicando por doquier gotas de bondad, de alegría y de entusiasmo.

La enseñanza jasídica era más bien moral que intelectual; tenía por objeto inmediato el corazón, no el cerebro. En cambio, los rabinos explicaban una ciencia árida, asequible tan sólo para selectos. Eran sus doctrinas un contraste con las que predicaba el jasidismo. Aquéllas eran secas, desprovistas de poesía, faltas de sensibilidad, en tanto que las otras estaban imbuidas de sentimientos románticos, de idealismo, de poesía. Las primeras se adquirían en los libros, en las academias; las segundas, de labios del Rabí. Las unas tenían el carácter aristocrático de la vasta erudición; el de las otras era democrático, como convenía a un movimiento popular.

Aunque incrédulo y escéptico, Peretz logró penetrar en ese laberinto moral y descubrir en él un fondo de belleza e idealismo que, si bien no existía prácticamente en el grado que él lo pinta, no por eso deja de cautivar por su nobleza. No como sectario del jasidismo ni como adversario suyo se nos aparece Peretz en esas novelas, sino como artista que se compenetra de la vida que describe, presentándola en hermosísima perspectiva. El jasidismo, tal como lo vemos en sus obras, es un jasidismo ideal, un movimiento y una filosofía que con ese resplandor ha existido tan sólo en la mente del artista.

Ese Rabí de Nemirow ("¡Si no más alto aún!") que practica el bien en forma tan elevada, conquista secuaces con su magnanimidad. El Rabí, jefe jasídico, idealizado por Peretz, simboliza la bondad, el corazón, frente al rabinismo, racionalista y austero.

Esta discrepancia se refleja en el magistral cuento de Peretz "Entre dos montañas". El Rabí de Biale fué en su mocedad discípulo del rabino de Brisk. Representante genuino de su casta, doctísimo, inflexible para con los "jasidim", tenía este último el alma impregnada de Talmud y de respeto a la Ley de Moisés; era un alma aristocrática, cuya fama no conocía límites. Pero su discípulo era su contraste: alma sencilla y

A D Á N Y E V A

amante de la plebe. La árida ciencia del maestro no se avenía con el dulce temperamento del alumno, por cuya razón éste lo abandonó. En el simbólico sueño que el futuro Rabí tuvo antes de partir, quedó trazada la senda de su vida. El Rabí no aspira a encerrarse en el cristalino palacio de su ciencia; quiere vivificarla, difundirla entre las masas ignorantes, enseñarles el bien. Para él la Tora no debe ser letra muerta, sino parte integrante de la vida. Tal concepción es ajena al espíritu del rabino de Brisk, quien queda indiferente ante la expresión de alegría manifestada por los prosélitos del Rabí, que, en grupos, pasean por el césped admirando y alabando la Creación. La escena es magnífica, pero el rabino de Brisk no la comprende. Las "dos montañas" no llegan a entenderse, el mundo del uno era incomprendible para el otro.

Con su poético ensalzamiento del jasidismo, Peretz ha revivido todo un pasado, grabó con insuperable maestría la belleza de lo que fué, infundió vida en lo inerte, glorificó una época de la vida judía.

El segundo filón en que ha bebido Peretz su romanticismo es la leyenda. A ella responde su libro *Historias Populares*, formado por una serie de leyendas israelitas narradas en forma inimitable, en gracioso estilo y lenguaje purísimo. El poeta tejió con el material popular una obra magnífica, pintando en ella el alma de su pueblo. Peretz nos había mostrado el cuerpo de la raza en sus cuentos de la vida real, mientras que en las *Historias Populares* no es el cuerpo, sino el alma lo que nos ha revelado. En la leyenda judía el cuerpo es menospreciado: el hombre no es dignificado por la exterioridad, sino por la grandeza del alma. "Sabía muy bien que es necesario vestir y engalanar el alma y no el cuerpo vil, que, en definitiva, no es más que polvo", leemos en una de ellas.

Otra habla de un judío que tenía dos hijas, a quienes la naturaleza dotó de caracteres diversos y el azar de destinos contrarios. Era una doncella honesta, que seguía normalmente la senda de sus padres. Su hermana, en cambio, era un ser raro: gustábale ver cómo bailaban los

mozos cristianos de la aldehuela y acompañarlos, claro está, imaginariamente. Un noble cristiano de los alrededores se enamora de ella, y el padre, atemorizado, resuelve casarla sigilosamente con el primer mancebo hebreo que encuentre. Así lo hace, y sufre la venganza del noble. En tanto la moza lleva una vida aciaga: por fuera todo es puro, pulido, pero allá adentro, en las regiones donde palpita el corazón, vaga nostalgia la acongoja. Revive en ella el recuerdo del doncel noble: su efigie grabóse con tintes indelebles. Y cuando el esposo se acerca a ella, cierra prestamente los ojos, lo abraza, y besa, ¿a quién? Al noble cristiano besa y abraza. —"Dueño mío, águila mía"— dice con fervor amoroso, pensando en el otro. . . Tal vivía, mas no con el marido. . . Quiso la casualidad que la otra hermana, la mayor, cayese en poder de un noble cristiano. Al aproximarse éste para abrazarla, cierra ella los ojos y piensa: "Mi madre me besa". . . Ha pecado con el cuerpo, pero el alma quedó pura. Por esto, al morir, su alma pasó al Edén, en tanto que la de su hermana perdióse en los recintos oscuros del Infierno.

La pureza del alma es lo que la leyenda judía ensalza. Nada significa que el cuerpo peque, con tal de que el alma se conserve límpida.

El personaje de otra historia, que estuvo a punto de caer en los brazos de la tentación que una bellísima mujer le había tendido, y que sin embargo, huyó de ella antes de ser contaminado, es reprochado como pecador: "Pecaste entonces un instante con el pensamiento . El pensamiento es el alma. . . ¿Y quién peca si no el alma? ¿Hácelo acaso el cuerpo, montón de tierra y polvo?"

¿Quién puede resguardarse de los pecados que Satanás tiende maliciosamente al corazón humano? Indispensable es para ello elevarse al rango de la personalidad consciente. Cúmulo tan enorme de perversidad como representa el mundo no podría subsistir ni un momento si no hubiese columnas firmes que lo sostuvieran. Pero esos sostenes del universo no son sabios' famosos, doctos rabinos o teólogos perspicaces, sino treinta y seis seres humildes, generalmente ignorantes,

A D Á N Y E V A

que saben apenas rezar, y que viven ignorados, manteniéndose con el sudor de sus frentes. Estos entes sobrenaturales sostienen con su bondad infinita, con sus grandes corazones, al mundo repleto de vicio; son los elegidos del Señor, los justos, los inmortales. La imaginación popular ha forjado la leyenda de esos seres omnipotentes, infelices en apariencia, pero en realidad envidiables por su destino. Almas mudas, no se les rinde culto en esta vida, pero sí en la otra, donde ocupan dorados tronos.

A través de todas las leyendas populares estilizadas por Peretz, genuinamente folklóricas, aparece nítidamente expresada la exaltación del idealismo, el espíritu de sacrificio por aquello que constituye el fondo de la fe. ¿Qué importa que la causa que inspira esos actos de sacrificio sea el credo?

El judío de la antigüedad inmediata, el hombre encerrado durante siglos en un ghetto material y espiritual, poseía su concepción del mundo propia, que giraba enteramente en torno de su religión, como la concepción del mundo del cristiano medieval giraba en torno de la suya. Verdad es que en la literatura universal encontramos también personajes que ostentan otros ideales, como los caballeros andantes, que toman por norte de su vida el honor o la exaltación del amor. El judío, empero, no cultivó la afición a los combates físicos, ni sintió inclinación por los amoríos. Los torneos en que podía intervenir eran de índole moral. Libraba una guerra continua contra el espíritu maligno, contra las inclinaciones de la carne. La salvación del alma estaba para él por encima de todo. Y a esta tarea, a la tarea de ahogar en sí la voz de la materia, para vivir en cambio bajo la preocupación constante del espíritu, dedicó todos sus afanes y ensueños. Los bienes terrenales, los castigos corporales, el martirio en este mundo, ¿qué importancia tenían para él comparados con la vida edénica que le aguardaba en la otra vida, más allá de este valle de lágrimas? Por eso no dudaba un instante en sacrificar lo terrestre a lo celeste, lo perecedero a lo que, a su modo de ver, era imperecedero, eterno. Y eran justamente los hombres simples,

las almas sencillas, preñadas de fe, las que más fácilmente se identificaban con este anhelo. Los otros, los doctos, los que estaban familiarizados con los vericuetos de la dialéctica escolástica, podían tal vez encontrar razones frías, argumentos decisivos, para no ser presas fáciles de esta creencia en la vida de ultratumba. Mas el pueblo grueso, alejado de las sutilezas talmúdicas, henchido de una fe honda y simple, vivía enteramente confiado en el desprecio por este mundo y en la recompensa en la vida ultraterrestre. Por eso la mayoría de los personajes que intervienen en las narraciones legendarias de Peretz son tipos sencillos, ingenuos, moralmente íntegros, ajenos a la casuística y a la duda. Ellos saben que las cuatro cosas que tienen la obligación de cumplir en su calidad de judíos dignos, deben cumplirlas resueltamente, afrontando todos los peligros y todas las calamidades. Sacrifican sin titubear su pobre cuerpo en aras de su alma. Son idealistas íntegros, almas mudas, rectas, sin desviaciones. ¿Cuántos son los individuos, situados en otros terrenos, en otras épocas, dispuestos a dar su vida por el cumplimiento de lo que consideran su ideal? La mayoría de ellos pregonan su amor a sus ideales; lo hacen sonoramente, pero cuando llega el momento decisivo, fallan porque sus almas son chatas. En cambio, los seres oscuros descritos por Peretz, ignorantes de su propia grandeza, no propalan sus propósitos, no se proclaman como ejemplos, pero cuando llega el instante definitivo se ofrecen en holocausto de su ideal con entereza, con naturalidad, anónimamente, sin aspavientos. Y sus actos simples, a veces insignificantes, los colocan a la vanguardia de la humanidad, como modelos de fe y de idealismo. En ellos ha acumulado la leyenda popular judía sus rasgos más bellos, sus características más salientes. Esos personajes no son proceres, no son héroes; son, simplemente, hombres honestos, varones justos en el sentido bíblico, hombres que dignifican la vida, porque demuestran con sus hechos, sin ostentación, sin oropeles, que lo esencial en la vida, lo que presta sentido al hombre en su paso por la tierra, es la integridad

A D Á N Y E V A

moral, la disposición al sacrificio por aquello que considera justo y sagrado. No todos, es verdad, pueden tener esta fortaleza moral; la generalidad de los hombres vive entregada a los menesteres mezquinos, a la conquista de posiciones espectables, a la ostentación del poder material. Sólo los elegidos, los que llevan en sí la chispa divina son los llamados a ser diferentes. Y estos elegidos, según la tradición judía, estas personalidades moralmente perfectas que sirven de sostén al universo hundido en la mediocridad, no pasan de treinta y seis en total. ¡Qué triste concepto de la perfección moral de los hombres se habrá formado la leyenda judía si no encuentra, como modelos de virtud ejemplar, más que esa exigua cantidad de hombres justos!

A estas almas selectas pertenece Satie ("Prodigios en el mar"), aquel ser endeble que arrastrado por la oleada furiosa del mar confía tranquilamente en Dios y no quiere violar lo que es para él sagrado y objeto de veneración. Y también esas otras almas que desfilan en cuentos encantadores, se dejan castigar bárbaramente antes que renunciar a la virtud. Y de esta manera la fe, el sacrificio, que implican entereza de ánimo, personalidad, constituyen, por decirlo así, la moral de las *Historias Populares*. "El libro de la voluntad" ha sido llamada por un crítico esta obra. Y es que en ninguna otra el ideal de la personalidad ha sido encarnado por Peretz con tanta maestría como en las *Historias*.

En las *Historias Populares*, el lenguaje es purísimo, desprovisto de las voces hebreas que abundan en los cuentos jasídicos y de los provincialismos que se encuentran en las novelas realistas. Este libro fascina al lector tanto por su contenido como por la forma en que está escrito. La fantasía, la moral, las leyendas, el espíritu del pueblo están en él reflejados artísticamente por uno de los maestros eximios de la literatura judía.

Otro género cultivado con gran éxito por Peretz es la alegoría. Tiene cuentos llenos de sutil ingenio, hermosos por la forma y no menos bellos por las ideas que los inspiran. No pocos de sus escritos son de un

tinte pesimista. El progreso, lejos de conducir a la perfección de la especie y a la felicidad del individuo, establece la indiferencia y el fastidio entre los hombres. Por el portentoso desarrollo de la técnica el hombre obtendrá, en el porvenir, mediante el auxilio de la mecánica, todo lo que habrá menester. Esa vida será la más horrible que imaginarse pueda, pues excluirá el ingenio y el talento.

El escepticismo que suele encontrarse en esta clase de narraciones, puramente alegóricas, obedece a un sentimiento pasajero, producto del momento, y no a la idiosincrasia típica del autor. Sensible a las corrientes de su época, entristecido por la parvedad moral de los hombres, Peretz sentíase decepcionado a veces y volcó este estado de ánimo pesimista en algún relato impregnado de tristeza. La fragilidad de las creencias humanas, el fanatismo que los hombres suelen poner en sus convicciones, el egoísmo, la ceguera que los domina cuando se aferran a sus principios, mereció la acre censura de Peretz en cuentos henchidos de sátira ("El colono", "Los cachorros"). Pero, por encima de estos momentos transitorios, en su obra predomina la fe en el porvenir, en el triunfo de la justicia y de la elevación espiritual ("La era del Mesías").

En estas narraciones de Peretz encuéntranse ideas avanzadas, simbólicamente expresadas. Eso se debe en parte a la rigurosa censura que regía en Rusia y que ha contribuido a que los escritores-de aquel país se sirvieran de la literatura para propagar sus ideales. Así, por ejemplo, simulando ingenuas descripciones de la naturaleza ("En la frontera"), nuestro autor enuncia pensamientos que en otra forma no habrían sido autorizados por la censura. Esto se avenía, por otra parte, con el carácter de los judíos instruidos, quienes, acostumbrados a desentrañar el simbolismo que encierra la literatura rabínica, sienten particular inclinación por todo lo que contenga una idea oculta. Además, el estilo conciso y las parábolas que emplea Peretz, dos modalidades tan

A D Á N Y E V A

genuinamente hebreas, lo han convertido en el escritor dilecto de las clases cultas.

Peretz ha compuesto también numerosas poesías, que son, empero, inferiores a sus producciones en prosa. Parte de ellas, escritas en el primer periodo de su labor literaria, están impregnadas de menosprecio hacia el idioma en que fueron creadas, y ello, claro está, resultó desfavorable para su estilo. Comparada con el maravilloso florecimiento ulterior de la poesía israelita, su obra poética no es de lo mejor que existe en idisch. Peretz era un pensador, "veía" claramente las cosas, "comprendía" lo que era menester imaginar. Además, su estilo conciso no es apropiado para la versificación. Donde mejor cuadra es en los versos de carácter bíblico, en los que predomina la nota profética, severa y fulminante. Las leyendas inspiradas en el Talmud y sus versos sociales son probablemente los mejores que ha escrito, y la escena dramática que tiene por motivo la confección de un vestido de boda ajeno puede ser considerada justamente entre las producciones poéticas más vigorosas en idish. En estrofas-hermosas y llenas de dolor pinta a las pobres costureras que trabajan día y noche para otras, mientras ellas se extenuan en la pobreza y el cansancio. Lo trágico que encierran esos versos recuerda "La camisa", de Thomas "Wood, a la que superan en interés dramático. En la balada "Monisch" dió libre vuelo a su imaginación, creando un poema fantástico, que contiene pasajes felices. El asunto es sencillo: Satanás y Lilith, su esposa, que habitan el arca de Noé, detenida sobre el monte Ararat, tienen conocimiento un día que su maléfico poder está en peligro por las grandes virtudes de un muchacho, Monisch. Deciden entonces que Lilith tome la forma de una hermosísima doncella y trate de cautivar al jovencuelo. Así lo hace, y Monisch, prendado de ella, se entrega al diablo. Es uno de sus mejores poemas.

Cultivó también Peretz el género dramático, pero sus producciones en este campo, antes que piezas destinadas al teatro, son más bien

poemas, a veces parecidos a misterios, en que el autor ha dado rienda suelta a su fantasía y a su maravillosa aptitud para el diálogo. Escritos, los más de sus dramas, en estilo impresionista, mezcla de realidad y de ensueño, algunos, como "De noche en la feria vieja", "La cadena de oro", "Encadenado en la antecámara de la sinagoga", son piezas de alto mérito literario, de concepción sutil y estilo refinado, difícilmente realizables en la escena. Ha dejado también Peretz algunos trabajos dramáticos menores, de factura más simple, que suelen ser llevados a la escena; uno de ellos, "Después del entierro", ha sido realizado, en castellano, por Berta Singerman, en nuestra traducción.

La nota pesimista a que hemos aludido más arriba halló su máxima expresión orgánica en algunas de sus obras dramáticas, especialmente en "De noche en la feria vieja". Es una burla sangrienta, caricaturesca, de la vida judía de antaño; en forma simbólica, con rasgos de vivo impresionismo, hace desfilar el autor por el tablado las principales figuras del ambiente judío, vistas con hondo escepticismo, en el momento de su decadencia, próximas a su fin. Parecen espectros no sólo en la fantasía, sino en la misma realidad. Presentía Peretz que la vida judía antigua, la que había sido moldeada durante siglos, tocaba a su fin, que carecía de base y pintó su desmoronamiento en cuadros sangrientos e hirientes.

En cambio, en "La cadena de oro", pieza construida sobre un escenario jasídico, encarnó Peretz su idea preferida: la del hombre íntegro, el judío sabático, que se alza contra la mediocridad del medio para imponer con su recia voluntad el triunfo de la elevación moral. Contrariamente a la obra anterior, preñada de pesimismo y de desesperanza, en ésta a que aludimos el autor ha puesto toda su fe en la eficacia de la personalidad humana.

Esta contradicción de miras no es rara en Peretz; los contrastes aparecen en él con frecuencia, justamente a causa de su incesante

A D Á N Y E V A

búsqueda y de la rica gama de su sensibilidad, que recogía todas las sensaciones del momento y se hacía eco de ellas en sus obras.

Psicólogo antes que nada, hurgador del alma humana, fué Peretz el precursor, indirectamente, de la pléyade de autores que, tres décadas más tarde, enarbolara el carácter universal de las letras judías. La falange de escritores jóvenes que surgieron a su lado no recibieron de él esta herencia. Ni Asch, con su romanticismo lírico, ni Nomborg con sus héroes destartalados, ni Reisen con su ambiente de miseria gris se adueñaron del espíritu arremetedor, universalista de su maestro; ellos siguieron estando en el ghetto, pese a su cambio de escenario. Fué la segunda generación de escritores, nacida al reflejo indirecto de Peretz, la que ahondó la tendencia humanista. Berguelson, con su negación de la vida judía arcaica, subrayó artísticamente la decadencia de esa vida que Peretz ya anunciara en sus escritos realistas iniciales; Opatoschu, con su sentido universal, continuó la inclinación humanista de Peretz, y Leivick, el poeta de la redención espiritual del hombre, prosiguió el tema que Peretz esbozara en sus dramas inquietantes. Es decir, que la herencia no pasó del padre a los hijos, sino a los nietos, como ocurre en la vida común. De ahí que la nueva literatura judía, caracterizada por su tendencia universalista, ampliamente humana, arranque en el fondo de Peretz.

Siendo Peretz, como se dijo más arriba, un escritor típicamente judío, no por eso dejó de ser también, simultáneamente, un autor de alcance humano, casi cosmopolita. Desde luego, no se trata de un cosmopolitismo vulgar, sino filosófico y estético. Si en materia literaria fuese permitido distinguir la forma del fondo, podría decirse que en él la forma, lo externo, lo especulativo, es europeo; pero el alma, el contenido, es esencialmente judío. Debido tal vez a ese rasgo del genio hebreo que antepone lo espiritual a lo material, Peretz tenía una honda fe en el internacionalismo ideológico, que no está en pugna con la existencia de las pequeñas naciones. "Nuestra unidad —dice en un

artículo— no está en el territorio. En nuestras fronteras no hay centinelas, no nos protegen ejércitos ni cañones. . . Nuestra unidad —aquello de que podemos estar orgullosos o no— está en la idea, en el pensamiento, en el corazón, en la mente". Y porque el amor entre los hombres, que es la finalidad del verdadero internacionalismo, no reinará mientras subsistan las guerras, la explotación, el odio de clases y de razas, el corazón de Peretz, como todos los corazones nobles, estaba de parte de los humillados y perseguidos.

Aunque el artista predominó en Peretz sobre el combatiente, su obra, al censurar la vida judía y al impulsarla hacia la búsqueda de la perfección moral, ejerció también una profunda influencia social. Fué, esencialmente, un escritor dinámico, lleno de inquietud, contrariamente a sus grandes coetáneos, Méndele y Scholem Aleijem, que fueron más bien escritores estáticos, hundidos en la quietud del pasado. Mientras la obra de estos últimos gira en torno del ghetto, la de Peretz tiene en vista el mundo entero; en tanto que ellos trataron únicamente asuntos judíos, él abordó problemas generales; mientras ellos dedicaban su preferencia a la descripción externa del judío, a su modo de vivir, de vestir, de comer, de moverse, él ahondó en la psicología de sus personajes, buceó en sus almas; mientras ellos veían, de cuando en cuando, el paisaje, a él sólo le interesaba el hombre, los problemas del mundo interno. Méndele, Scholem Aleijem y otros grandes autores de su época no se apartaron del realismo, no buscaron nuevas formas estéticas, limitáronse tan sólo a pulir el idioma, a hacerlo más flexible, pero siempre dentro de los cánones rutinarios. Peretz, en cambio, esencialmente inquieto, espiritualmente en constante renovación, cultivó todos los géneros literarios, ensayó diversidad de formas, desde el realismo hasta el expresionismo, siempre inquieto, paradójico, insinuante. Ellos poseían el reposo para escribir períodos largos y para componer narraciones extensas; él, en cambio, tuvo un estilo rápido, y más que la descripción meticulosa, utilizó el diálogo nervioso, sugestivo, poco explícito. La diferencia de temperamentos entre esos

A D Á N Y E V A

escritores y Peretz se observa también en sus respectivos., epistolarios; las cartas de ellos son largas,-descriptivas; las de él son breves, filosas, insinuantes; ellos siguieron la tranquila dirección de la línea recta, ancha y segura, en tanto que él siguió las sinuosidades de la quebrada, llena de zig-zags y de contrastes. Sus compañeros de letras eran más bien plásticos, mientras que él fué principalmente escultórico. La nota calmosa, a veces idílica, de ellos, tomó en Peretz contornos dinámicos, revoltosos. Ellos fueron clásicos no sólo por ser escritores insignes, modelos en su género, sino porque su ritmo, su horizonte no se extralimitó de las formas consentidas.

Peretz, por el contrario, es un clásico por su valor intrínseco, por su vasto alcance literario, pero no por su modalidad espiritual; en esto último resultó un autor romántico-revolucionario, que rompió los moldes antiguos, no sólo los formales, sino también los espirituales: preconizó la visión de un porvenir mejor, el triunfo del espíritu sobre la materia, el encumbramiento de la perfección moral sobre los menesteres cotidianos, la dignificación espiritual del hombre. Por eso, por ser un gran escritor rebelde en el sentido superior de la palabra, su obra persiste con todo su vigor e interesa por igual a todos los hombres, sean cualesquiera sus orígenes.

SALOMÓN RESNICK.

Buenos Aires, 1941.

P A Z D O M E S T I C A



AIME es un mozo de cordel.

Cuando pasa por la calle, encorvado bajo el cajón de mercancía, casi no se le distingue; diríase que el cajón camina solo, sobre dos piernas. . . ¡Mas su respiración dificultosa se

oye a distancia!

Pero he ahí que descarga el fardo y recibe en pago unas cuantas monedas; se endereza, suspira profundamente, desata los faldones de su levita, enjuga el sudor de su frente, se acerca al aljibe, bebe un poco de agua y entra corriendo "en un patio.

Se detiene ante una pared, levanta la cabeza gigantesca de tal manera que la punta de la barba, la nariz y la visera de la gorra se hallan en un mismo plano. Llama:

—¡Jane!

Cerca del techo se abre una ventanilla y una pequeña cabeza de mujer, cubierta de blanca cofia, contesta:

—¿Jaime?

La pareja se contempla dichosa; los vecinos dicen: "se requiebran". Jaime arroja sobre la ventana su ganancia, envuelta en un pedazo de papel; Jane la recoge en el aire: no es la primera vez para ella.

—¡Mujer habilidosa! — observa Jaime, que tiene pocas ganas de irse.

—Anda, anda, Jaime —sonríe ella— yo no puedo separarme del niño enfermo. . . He acercado la cuna a la chimenea . . . Con la mano saco la espuma y con el pie lo estoy meciendo. . .

—¿Cómo está el pobrecito?

—Algo mejor.

—¡Bendito sea Dios! ¿Y Hene?

—Está en casa de la modista.

—¿Josecito?

—En la escuela.

Jaime deja caer la barba, se va y Jane le sigue con la vista hasta que desaparece.

El jueves y el viernes eso dura más tiempo.

—¿Cuánto tienes en el papel? — pregunta Jane.

—Veintidós centavos.

—Temo que sea poco.

—¿Qué es lo que necesitas, Jane?

—Tres centavos de pomada para el niño, algunos centavos para velas; pan ya tengo. . . carne también, una libra y media... Y licor para el *kiduscb*¹. . . Además, se necesitan unos leños.

—Yo te traeré los leños; en el mercado debe de haberlos.

—Necesito entonces. . .

Y enumera lo que le falta para el sábado. Finalmente, se resuelve que el *kiduscb* podrá hacerse sobre el pan y que es fácil prescindir de algunas cosas. Lo esencial son las velas y la pomada para el chico.

Sin embargo, cuando, mediante la ayuda de Dios, los hijos gozan de buena salud y los candelabros de bronce no están empeñados y, sobre todo, cuando hay un *kúguel*², la pareja pasa un sábado delicioso.

Porque Jane es sumamente hábil en preparar el *kúguel*.

Siempre le falta algo, a veces harina, otras, huevos o grasa, y no obstante, al cabo el *kúguel* resulta exquisito, succulento.

—Es un ángel quien lo hace — dice Jane, sonriendo de dicha.

—Sí, un ángel, seguramente un ángel —responde Jaime riendo—. ¿Y crees tú que no eres un ángel al soportar tantas cosas de mí y de los niños?. . . ¡Cuántas veces ellos te causan penas, y yo mismo, de vez en cuando, me pongo furioso también!. . . Sin embargo, ¿he oído jamás de ti una increpación, como otros maridos las oyen de sus mujeres? ¿Y qué? ¿Acaso eres muy dichosa a mi

¹ La bendición que se dice en los días de fiesta sobre el pan o el riño (N. del T.).

² Especie de budín, postre clásico de los sábados. (N. del T.).

lado? ¿Para qué sirvo yo? Ni para el *kidusch* ni para la *havdalá*³, ni siquiera sé cantar debidamente los "Cánticos del sábado..."

—A pesar de eso, eres un buen padre y un buen esposo —insiste Jane—. ¡Ojalá tenga yo y todo Israel un año tan bueno como tú eres bueno! . . . ¡Quiera Dios que yo envejezca a tu lado!

Y la pareja se mira a los ojos con tanta ternura, con tal calor, con tanta cordialidad, que se diría que acaban de salir de bajo del palio nupcial.

Y la sobremesa se hace más alegre.

Después de la siesta, Jaime se va a la sinagoga para oír explicar la Tora. Allí, un maestro enseña la obra de Alschij a la gente del pueblo. Hace calor, las caras están todavía semidormidas; alguien está dormitando, otro bosteza en voz alta; pero repentinamente, al llegar al pasaje en que se habla del cielo, del infierno, en el cual se azota a los malvados con látigos de hierro, del paraíso resplandeciente, donde los Justos, llevando en la cabeza coronas de oro, están sentados y estudian la Tora, entonces todos se animan; ábranse las bocas, los rostros se tornan colorados. . . Escuchan con el aliento contenido lo que pasa en el mundo de ultratumba.

Jaime se sitúa habitualmente cerca del horno. Tiene lágrimas en los ojos, sus manos y sus piernas tiemblan; está por completo en el otro mundo.

Sufre con los malvados; se baña en alquitrán hirviendo, es arrojado a los abismos, recoge astillas en los bosques tenebrosos. . . Experimenta todos los tormentos y su cuerpo se cubre de un sudor frío. En cambio, más tarde se regocija con los Justos: el paraíso resplandeciente, los ángeles, el Leviathán, el *schor-habor*⁴ y todas las cosas buenas aparecen ante él con tal nitidez, que, cuando el maestro termina, cerrando el libro con un beso, Jaime despierta como de un sueño, como si realmente viniese del mundo superior-.

³ Oración con que se despide el sábado. (N. del T.).

⁴ Buey legendario del cual disfrutarán los Justos con el advenimiento de Mesías. (N. del T.).

—¡Ah, Dios mío! —suspira al fin, después de haber ahogado el aliento durante todo el tiempo—. Tan siquiera un pedacito, un pequeño trozo, un rinconcito del paraíso. . . para mí, para mi mujer y para todos mis hijitos.

Y entonces se pone triste; se pregunta: "A decir verdad, ¿por qué razón, a título de qué lo merezco"?. . .

Cierta vez, terminada la clase, se acercó al maestro:

—Rabí —dijo, y su voz temblaba— dadme un consejo para que yo merezca el paraíso.

—Estudia la Tora, hijo mío — oyó una respuesta.

—¡No puedo!

—Estudia *Mischnaios*, el *Ain Iacov* o a lo menos las *Máximas de los Ancianos*.

—¡No puedo!

—Recita los Salmos.

—No tengo tiempo.

—Reza con sinceridad.

—No comprendo las plegarias que digo.

El maestro lo miró con piedad:

—¿De qué te ocupas? — le preguntó.

—Soy mozo de cordel.

—Pues bien, sirve a los doctores de la Ley.

—¿En qué forma?

—Trae, por ejemplo, todas las tardes, a la sinagoga, dos cubos de agua, para que los doctos tengan de beber.

Jaime se puso alegre.

—Rabí —volvió a preguntar— ¿y mi mujer?

—Cuando el marido ocupa un sillón en el paraíso, su mujer le sirve de banquillo para los pies.



Cuando Jaime regresó a su casa para hacer la *havdalá*, encontró a Jane sentada y diciendo su plegaria: "Dios de Abraham". Al verla, su corazón se sintió oprimido.

—No, Jane —exclamó abrazándola—, no quiero que tú seas mi banquillo. Yo me inclinaré hacia ti, te levantaré y te sentaré a mi lado. Los dos estaremos sentados en el mismo sillón, como ahora. . . ¡Estaremos tan bien! Oye, Jane, tú te sentarás conmigo en un mismo sillón... El Señor deberá consentirlo. . .

De Isaac Leon Peretz

"Los Cabalistas"

Selección

Traducción del idish
de Salomón Resnick

Ed. "La cultura israelita"
B.A., 1919

ENTRE DOS MONTAÑAS

(Narración de un jasid¹)

Habréis oído hablar, sin duda, del rabino de Brisk² y del rabí de Biale. No todos, empero, saben que este último, Rabí Noé, había sido antes el discípulo predilecto del rabino de Brisk, en cuya "ieschivo" estudió durante muchos años, desapareciendo luego para errar por el mundo y darse a conocer más tarde en Biale.

Había abandonado la ieschivo por esta razón: allí se estudiaba la Thora, pero el rabí sentía que aquella era una Thora estéril. Estudiaban, por ejemplo, las leyes referentes a la higiene femenina, al dinero o a los animales prohibidos, y si venía una mujer a hacer una consulta, o dos individuos se sometían a juicio, o un sirviente preguntaba si podía consumirse tal o cual ave, entonces la Thora adquiría vida y el estudio ejercía influencia en el mundo. Pero sin ellos, entendía el rabí, la Thora, la parte externa, era una cosa árida. Aquello no era la Thora viviente, pensaba, la Thora que debe vivir siempre. Además, el estudio de la Càbala estaba prohibido en Brisk. El rabino de esa ciudad, adversario empedernido de los jasidim, era "vengativo y despierto como la serpiente". Al que osaba tocar un Zohar³, lo maldecía y excomulgaba. A uno que fué sorprendido estudiando libros de Càbala le hizo afeitar la barba por un cristiano. Nuestro hombre se sentía extraviado, se dejó vencer por la melancolía y lo que es más extraño aún,

¹ «Jasid», en hebreo, significa devoto, y su plural es «Jasidim». (V. nuestra Introducción, pág. 9.)

² Corrupción de Brest-Litowsk. (T.)

³ Obra maestra de la càbala. (T.)

ni un Rabí podía socorrerle. ¿Ignoráis acaso quién era el rabí id de Brisk? Y sin embargo, ¿cómo abandonar su "ieschivo"?

Y durante mucho tiempo el rabí no pudo decidirse.

Una noche soñó que el rabino de Brisk se llegaba hasta él y le decía : "Ven, Noé, y yo te llevaré al paraíso terrenal". Tomólo de la mano y lo condujo. Llegaron a un gran palacio, que no tenía más puertas y ventanas que la puerta por la que habían entrado.

Estaba el palacio muy iluminado, pues las paredes, según le parecía al rabí, eran de cristal y emitían viva luz.

Iban caminando, caminando sin término.

— Tómame por el faldón de la levita — dijo el rabino de Brisk — hay aquí innumerables galerías y si te apartas de mí te perderás para siempre...

Hízolo así el Rabí y siguieron andando, mas en todo el camino no hallaron banquillos, ni sillas, ni objetos domésticos, nada, en fin.

Aquí no se descansa — observó el rabino de Brisk — se marcha adelante, siempre adelante...

El Rabí lo seguía. Una sala era mayor y más iluminada que la otra y. las paredes emitían ya uno ya otro color, ora varios ora todos los colores. Pero en el camino no hallaron ni un solo hombre.

Fatigóse el Rabí de la caminata, un frío sudor cubrió su cuerpo y su vista se ofuscó del continuo brillo. El corazón se le llenó de angustia, de una gran nostalgia por sus hermanos, los judíos, por todo el pueblo de Israel, pues allí no había nadie.

—Tú, no debes sentir nostalgia por ninguno— dijóle el rabino de Brisk. — Este palacio sólo está destinado para mí y para tí. Algún día tú también llegarás a ser rabino de Brisk.

El Rabí se sintió más atemorizado todavía y para no desplomarse, se apoyó en la pared. Y quemóle la pared, mas no como quema el fuego sino como el hielo quema!

¡Maestro! — exclamó — las paredes son de hielo, no de cristal, de hielo simplemente.

El rabino de Brisk callaba.

— ¡Maestro! — continuó gritando el Rabí — sáqueme Ud. de aquí, no deseo permanecer con Ud. a solas; yo quiero estar con todo el pueblo de Israel.

Apenas hubo pronunciado estas palabras desapareció el rabino de Brisk y él quedó solo en el palacio.

No sabía cual camino seguir; las paredes le infundían terror, y el anhelo de ver algún hermano, un judío, aunque fuera un zapatero o un sastre, crecía en él. Y rompió a llorar.

— Señor — suplicaba entre sollozos—sácame de aquí, más vale estar en el infierno pero junto con todo el pueblo de Israel antes que aquí solo.

Al instante se le apareció un judío con un gran látigo en la mano y un cinturón colorado propio de un carretero. El judío lo tomó silenciosamente por la manga, lo condujo fuera del palacio, desapareciendo después. Tal era el sueño que había tenido.

Despertó de madrugada, apenas empezaba a clarear, y comprendió que no era aquel un simple sueño. Vistióse rápidamente y quiso correr a la sinagoga y hacerse explicar el sueño por los entendidos que allí había. Al cruzar la plaza vió un carruaje, cerca del cual estaba el cochero, con un gran látigo en la mano y un cinturón colorado, y del todo parecido al que, en sueños, lo había sacado del palacio.

Acercóse al auriga y le preguntó:

— ¿A dónde vas, buen hombre?

—Yo no voy por tu camino—le contestó groseramente.

Sin embargo — insistió el Rabí — tal vez vaya yo contigo.

El cochero meditó un instante, y dijo :

Y de a pie, ¿no puede ir un sujeto como tú? Sigue tu camino.

— ¿Adónde debo ir?

Adonde tus ojos te conduzcan — replicó el cochero, volviéndose. — Esto poco me importa.

El Rabí había entendido y se fué a vagar por el mundo.

Como queda dicho, fué revelado años más tarde en Biale. (No diré aquí cómo se produjo el hecho, por más que haya sido extraordinario). Un año después de su revelación, un vecino de Biale, Reb⁴ Iejiel, me llamó a su casa en calidad de maestro. Al principio no quise aceptar, porque Reb Iejiel, que era muy rico y daba a cada una de sus hijas mil escudos de dote, se emparentaba con los rabinos más famosos y su última nuera era precisamente la hija del rabino de Brisk.

Siendo éste y los demás parientes, enemigos de los "jasidim", es evidente que Reb Iejiel también lo fuera. Y yo era adepto fiel del Rabí de Biale. ¿Cómo, pues, podría entrar en semejante casa?

Biale, empero, me atraía. Y no era para menos: iba a estar en la misma ciudad que el Rabí! Decidíme, por tanto, y acepté.

Reb Iejiel, según pude ver, era un hombre sencillo, y hasta puedo aseguraros que su corazón se inclinaba a un Rabi, porque no era mayormente instruido y al rabino de Brisk no lo comprendía. No me prohibió que fuera "jasid" del Rabí, pero él mismo se mantenía a distancia. Cuando yo refería algo del Rabí, Reb Iejid hacía como que bostezaba, mas en realidad me

⁴ Título común que precede al nombre propio y que corresponde al «don» actual. (T.)

prestaba atención .Su hijo, en cambio, el yerno del rabino de Brisk, fruncía el entrecejo, y me miraba lleno de ira y desprecio. Pero no disputaba conmigo; en general, hablaba poco.

Un día, la nuera de Reb Iejiel, hija del rabino de Brisk, estaba por dar a luz. ¿Qué tiene de particular que una mujer alumbré? ¡Pues había de por medio toda una historia! Se sabía que el rabino de Brisk, por haber dispuesto se hiciera afeitarse a un "jasid", había sido excluido de la categoría de los santos. Sus dos hijos fallecieron en el término de cinco años, y sus tres hijas no dieron a luz ningún varón. Además, padecieron — ¡Dios nos libre! — grandes dolores durante el alumbramiento y parecían en eso a momentos estar más bien allí que acá. En el cielo querían que hubiese discordia, y todo el mundo sabía y veía que aquello era un castigo para el rabino de Brisk, pero él mismo, tan clarividente, no lo veía o no quería verlo! Y siguió en su oposición a los "jasidim", con mano fuerte, con improperios y métodos de guerra como en los tiempos de antaño.

Yo sentía compasión por Guítele (así se llamaba la hija del rabino), primero, porque era un alma judía, y segundo, porque era un alma judía caritativa. ¡ No se habrá visto en el mundo ser más generoso y beato que ella! Ninguna novia pobre se casaba sin su ayuda; tan buena era. ¡Y ella debía sufrir por la ira del padre! Por eso, apenas divisé a la partera en la casa, me empecé en que se mandara a ver al Rabí de Biale, para que diera un amuleto, aunque fuera sin recibir honorarios⁵. ¡Para lo que el Rabí los necesitaba! ¿Pero a quién me iba a dirigir?

⁵ Cada vez que los «Jasidim» iban a visitar al Rabí para pedirle su bendición o algún consejo, le obsequiaban con cierta suma. (T.)

Le hablé al esposo, porque sabía que él la amaba, llevando con ella una vida ejemplar; pero era yerno del rabino de Brisk, y al oírme, escupió con desprecio dejándome con la boca abierta.

Me dirigí entonces al propio Reb Iejiel, quien me respondió: "Ella es hija del rabino de Brisk y yo no puedo proceder contra él de esta manera, aun cuando la vida estuviera en peligro". Traté de convencer a su mujer, señora devota y sencilla, que me contestó: "Que lo ordene mi marido y mandaré inmediatamente al Rabí mis joyas y prendas de seda, que me han costado una fortuna, pero sin mi esposo no daré ni un céntimo.

— ¿Pero un talismán?... ¿Qué mal haría un talismán?

—Sin el consentimiento de mi esposo, nada —me respondió como debe hacerlo una mujer honesta, y se apartó de mí. Yo observé que se esforzaba en ahogar las lágrimas: madre, su corazón presentía el peligro.

Cuando oí el primer quejido, corrí por cuenta mía a verlo al Rabí.

—Schmaie — me dijo — ¿qué he de hacer? Oraré por ella.

—Dadme, Rabí, algo para la parturienta, un amuleto, un talismán, una monedita, cualquier cosa.

—Sólo aumentaría el mal—me contestó—Sin fe, esas cosas perjudican y ella no cree en esto.

¿Qué iba yo a hacer? Eran los primeros días de la fiesta de las cabañas⁶ y como no podía ayudarle a Cuítele, resolví quedarme en casa del Rabí. Yo era un concurrente asiduo de su casa y pensé: "Lo miraré a cada instante implorando socorro y tal vez se compadezca".

⁶ Fiesta solemne celebrando la cosecha y durante la cual los judíos habitan siete días en cabañas, en recuerdo de las viviendas de sus antepasados al salir de Egipto. (T.)

Sabíamos que el estado de Guítele iba de mal en peor. Trés días hacía que los dolores n© la dejaban. Habían hecho ya todo lo que hacer se podía: oraron en la sinagoga y en la tumba de los propios, prendieron centenares de velas en los templos y repartieron un caudal entre los pobres. Imposible es narrar todo lo que se había hecho. Los roperos permanecían abiertos, una montaña de moneda había sobre la mesa y los menesterosos entraban y llevaban cuanto querían.

Sentí que el corazón se me oprimía.

—Rabí — dije — está escrito: "La caridad salva de la muerte". él, como si no escuchara nns palabras, me respondió:

—Quizás venga el rabino de Brisk.

Al momento entró Reb Iejiel y sin dirigirse al Rabí, cual si no estuviera presente:

—Schmaie— me dijo, tomándome por la solapa —afuera te espera un coche, anda, sube y ve a buscar al rabino de Brisk. Que venga...

comprendía, al parecer, el peligro, porque agregó:

—Que vea él mismo lo que ocurre y diga lo que se debe hacer... su rostro, ¿cómo decirlo?, era más lívido que el de un muerto.

* * *

Tuve, pues, que ir. Y pensaba: ya que él sabía que vendría el rabino, tal vez resultara algo de eso. La concordia probablemente. Es decir: no entre el Rabí de Biale y el rabino de Brisk, pues ellos jamás se perseguían, sino entre las dos tendencias en general. Porque por cierto tenía que viniendo el rabino de Brisk vería las cosas y las juzgaría por sí mismo.

Mas en el cielo, por lo visto, ello no se consintió tan rápidamente. Apenas hube salido de Biale, el cielo se cubrió

de negros nubarrones y repentinamente comenzó a soplar un viento como si por todos los ámbitos volaran miles de demonios. El cochero, un cristiano, entendido en esas cosas, persignóse y mostrando con su látigo el firmamento, dijo que tendríamos un viaje penoso. Al rato creció el viento, desgarró las nubes, como se rompen los papeles, arrojando una encima de otra, una encima de la otra... Sobre mi cabeza tenía yo montañas de nubes. Al principio no sentía miedo, pues no era la primera vez que iba a ser mojado, y a los truenos tampoco los temía. Primero, porque no suele tronar durante la fiesta de las cabañas, y segundo, porque después que sonara el "schoifor"⁷ del Rabí, los truenos pierden su poder... Pero de pronto, un chorro de agua me azotó el rostro, tina, dos y tres veces, y me sobrecogió el terror, porque veía claramente que el cielo me azotaba y me obligaba a volver.

Y también el cochero me pedía: "Volvamos". Pero yo sabía que una vida corría peligro. Yo iba en el coche y en medio de la tempestad percibía los quejidos de la parturienta y la desarticulación de los dedos de su esposo, que se retorció las manos. Veía también ante mí el semblante nublado de Reb Jejiel, con sus ojos brillantes y hundidos. "Prosigue el viaje, me pedía — prosíguelo"... Y seguimos.

El agua cae a torrentes, cae, cae sin cesar, salpicando de debajo de las ruedas y de las patas de los caballos. Y el camino se inunda y queda casi totalmente cubierto por el agua. Sobre ella se desliza el coche, que empieza casi a flotar... En fin, para mayor desventura, nos hemos extraviado... ¡mas todo lo he soportado!

⁷ Especie de cuerno o trompeta que se toca en las grandes fiestas, en determinados momentos. (T.)

Volví con el rabino de Brisk para Hoscliana Rabo⁸. Pero, dicha sea la verdad, tan pronto como él se ubicó en el carruaje, el tiempo se compuso. Disipáronse las nubes, y el sol apareció por las hendiduras y llegamos a Biale sanos y salvos, y con tiempo hermoso. Hasta el cochero lo optó y dijo en su lengua:

—Es un gran rabino, un santo rabino!

Pero lo más impresionante fué nuestra entrada.

Cual manga de langosta lanzáronse a su encuentro las mujeres que se hallaban en la casa y, llorando, se arrodillaron casi ante él... Desde la habitación contigua no se oía la voz de la parturienta, sea por el yerno del rabino de Brisk tampoco se dió vuelta para saludarlo. Pegada su cara a la pared, veía yo que su cuerpo temblaba, y que daba con la cabeza contra ella.

Creí que iba a desplomarme, tales eran el dolor y el miedo que se apoderaron de mí. Sentí un frío en todo el cuerpo y creí que mi alma se iba también helando...

Pero, ¿habéis conocido al rabino de Brisk?

Era un hombre, ¿cómo lo diré?... ¡una columna de hierro! Alto, tan alto, que infundía temor, cual si fuera un rey. De su luenga barba blanca uno de los extremos, hoy todavía lo recuerdo, estaba metido en el cinturón, y el otro temblaba encima de él... Cejas blancas, espesas, largas, le cubrían la mitad del rostro. Y cuando las levantó, ¡Dios mío!, retrocedieron las mujeres como fulminadas por un rayo. Tal era el poder de sus ojos: puñales, filosos puñales refulgían en ellos! Y lanzó un grito como un león: "¡Apartaos, mujeres!"

Y luego preguntó con voz más suave:

⁸ Penúltimo día de la fiesta de las cabañas. (T.) elilanto de las mujeres o porque ya no tenía fuerzas para gritar. Reb Lejiel ni siquiera nos vió, permanecía con la frente adherida a la ventana y la cabeza, al parecer, le ardía...

—¿Dónde está mi hija?

Le indicaron la habitación y penetró en ella. Yo me quedé aterrado, ¡qué ojos, qué mirada, qué voz! ¡ Ese es otro mundo, otro mundo! Los ojos del Rabí de Biale brillan tan bondadosa, tan suavemente, que alegran el corazón, y cuando te arroja una mirada es como si te cubriera de oro... Y su voz, su dulce voz, su dulce voz aterciopelada, ¡Dios mío!, penetra en el corazón y acaricia tan tierna, tan agradablemente... No se siente miedo por ella, sino que el alma se deleita de amor y dulzura, y trata de abandonar el cuerpo y unirse al alma suya... Se siente arrastrada hacia ella como un insecto por la luz... Y aquí, ¡Señor del mundo: temor y espanto! Parece un Gaón de la antigüedad, y él es quien va a ver a una parturienta!

—Hará de ella un montón de huesos — me dije temeroso. corrí a ver al Rabí.

Me recibió en la puerta, sonriente.

—¿ Has visto — me dijo — cómo se respeta a la Thora ? Yo me tranquilicé. Si éste sonrío — pensaba yo— todo irá bien.

* * *

En efecto, todo resultó favorable. Al día siguiente Guítele salió de cuidado y "Simjas Thora"⁹, el rabino de Brisk explicó la Ley. Aunque yo hubiese preferido estar en ese momento en otra parte, no me aventuré a abandonarlos. Sobre todo, teniendo en cuenta que conmigo había exactamente diez personas¹⁰.

⁹ Día con que termina la mencionada fiesta y que los judíos celebran alegremente. Literalmente significa «la fiesta de la Thora». (T.)

¹⁰ Para los actos del culto se requiere la presencia de diez fieles. (T.)

¿He de hablaros de la Thora del rabino de Brisk? Si la Thora es un océano, él es el Leviatán de ese océano. Con un solo gesto se desliza por diez tratados y menciona mil pasajes de los libros sagrados, de tal manera que ruge y salpica como ocurre, según cuentan, en el verdadero mar. Me destornilló la cabeza... Pero el corazón conoce la tristeza del alma: mi corazón no experimentaba alegría. Entonces me acordé del sueño del Rabí... Y me quedé pasmado. El sol penetraba por la ventana, el vino no faltaba en la mesa, y los comensales hacían buen uso de él. Pero yo, yo sentía frío y estaba helado como el hielo. Y allá, pensé, se dice ahora otra clase de Thora... Allí hay luz y calor. Cada palabra está impregnada de ternura y de éxtasis... Angeles revolotean en la casa y casi se percibe el ruido de sus grandes alas blancas... ¡ Oh, Dios mío!; pero no puedo irme...

De pronto el rabino de Brisk se interrumpe y pregunta :

—¿Qué Rabí tenéis aquí?

—Un tal Noé — se le responde.

Yo sentí que el corazón se me oprimía: "Un tal Noé". ¡Ah, lo que es la adulación!

—¿Hace milagros? — pregunta de nuevo.

—Pocos, no se tiene noticias... Las mujeres hablan, pero ¿quién les presta atención?

—¿Recibe dinero sin milagros?

Contáronle la verdad: el Rabí cobraba poco y distribuía mucho.

El rabino de Brisk se queda pensativo.

—¿Y es instruido?

—Dicen que es un sabio.

—¿De dónde ha venido ese Noé?

Nadie lo sabe y yo debo informar. Y con este motivo se entabla una conversación entre mi y el rabino de Brisk.

—¿No ha estado ese Noé en Brisk? — pregunta.

—¿Si el Rabí estuvo en Brisk? — balbuceo. — Creo que sí.

—¡Ah! — exclama — ¡un jasad suyo! Y me pareció que me miraba como a una araña.

volviéndose a los presentes:

—En mi " ieschivo " — dijo — había un discípulo llamado Noé. Era inteligente, pero lo tentaba el otro bando. — Yo se lo advertí una y dos veces. Quise decírselo por tercera vez, mas él desapareció. ¿No será éste el mismo ?

—¿Quién sabe?

empieza a describirlo: pequeño, flaco, barba negra, patillas negras, meditabundo, voz suave, etc.

—Es posible que sea él — dicen los comensales— se le parece mucho.

Yo daba gracias a Dios porque se iba ya a decir la bendición de la comida¹¹. Pero entonces ocurrió una cosa que ni en sueños podía yo aguardar.

El rabino de Brisk se levanta de su asiento, me llama a un lado y me dice en voz baja: "Llévame a ver a tu Rabí y mi discípulo; pero, escucha: que nadie lo sepa".

Claro está que yo le obedecí, mas en el camino le pregunto:

—Señor rabino, ¿qué intención os guía?

él me contesta sencillamente:

—Durante la bendición se me ha ocurrido que yo juzgaba sin ver al acusado... Quiero ver ahora por mis propios ojos. Y tal vez — añadió después — logre salvar a un discípulo mío.

¹¹ Al terminar la comida se pronuncia una bendición especial de reconocimiento al Señor. (T.)

—Oye, tú, rapaz — agregó jovialmente — si tu Rabí es el Noé que estudió en mi "ieschivo", puede llegar a ser un grande de Israel, hasta un rabino de Brisk!
Ahora tenía yo la certidumbre de que era él, y el corazón me empezó a latir con violencia.

* * *

Las dos montañas se encontraron... Si yo no quedé aplastado en el medio, ello se debe a un milagro del cielo. Durante el día de "Sinijás Thora", el Rabí de Biale, bendita sea su memoria, mandaba a sus jasidim a pasear fuera de la ciudad, y él mismo se sentaba en el balcón y los miraba lleno de deleite.

Entonces Biale no era la ciudad de hoy, sino una pequeña aldea, con casitas bajas, excepto la sinagoga y la casa de oración del Rabí. El balcón de éste hallábase en el segundo piso y desde allí se veía, como en la palma de la mano, las colinas al este y el río en el lado opuesto. Sentado el Rabí en su balcón contemplaba a sus prosélitos que paseaban en silencio y les arrojaba desde arriba el principio de una melodía, que ellos recogían y seguían cantando en su marcha. Grupos de jasidini, grupos numerosos, desfilaban rumbo a las afueras de la ciudad, cantando alegremente, animados de júbilo en honor a la Ley. Y el Rabí no se movía del balcón. Pero aquella vez el Rabí había percibido, al parecer, pasos distintos, y levantándose fué al encuentro del rabino de Brisk.

— ¡La paz sea con vos, Maestro! — le saludó humildemente con su dulce voz.

— ¡Sea la paz contigo, Noé! — respondió el rabino.

—Tomad asiento, Maestro.

Sentóse el rabino de Brisk y el Rabí permanecía de pié ante él.
—Dime, Noé — comenzó el rabino levantando las cejas —
¿por qué has huido de mí "ieschivo"? ¿Qué es lo que en ella te faltaba?

—Maestro — le contestó serenamente — me hacía falta aire, yo no podía respirar allí...

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—No es a mí — explicóse el Rabí con voz queda — a mi alma le faltó el aliento...

—¿Por qué, Noé?

—Vuestra Thora, Maestro, es pura razón y está desprovista de misericordia y de piedad. Por eso le falta la alegría, el aliento libre. Es una ciencia férrea: leyes de hierro, preceptos de acero... Y es, además una ciencia superior, destinada a los sabios, a los elegidos...

Callaba el rabino de Brisk y el Rabí prosiguió:

—Decidme, Maestro, ¿qué enseñanzas tenéis para el pueblo, para el vulgo? ¿Qué es lo que tenéis, Maestro, para el picapedrero, para el artesano, para el carnicero, para los humildes, y sobre todo, para el que haya pecado? Maestro, ¿qué tenéis para la gente no instruida?

El rabino de Brisk guardaba silencio, cual si no comprendiera lo que se le decía, y el Rabí de Blale, de pié ante él, continuó con su dulce voz:

—Perdonadme, Maestro, pero debo deciros la verdad. Dura es vuestra ciencia, rígida y seca, porque ella es el cuerpo y no el alma de la Thora.

—¿El alma? — preguntó el rabino, estregándose su amplia frente.

—Ciertamente. Yo he dicho que vuestra ciencia está destinada para los selectos, para los sabios y no para el pueblo entero. Pero la Thora tiene que ser para todos, su

espíritu debe reinar sobre el pueblo entero, porque ella es el alma de Israel.

—¿Y tu Thora, Noé?

—¿Quereis verla, Maestro?

—¿Ver la Thora? — preguntó atónito el rabino de Brisk.

—Venid, Maestro, yo os la voy a enseñar, os mos.- traré su brillo, la alegría con que ilumina a todos, al pueblo entero de Israel.

El rabino de Brisk se movía.

—Yo os ruego, Maestro, venid conmigo, aquí cerca.

lo condujo hasta el balcón. Yo les seguía en silencio, notólo el Rabí y: "Schmaie — me dijo — ven y vas a verla; el rabino de Brisk también la verá. Contemplantéis la alegría de la Thora, la verdadera alegría".

Entonces pude ver lo mismo de siempre, pero vilo de distinta manera, cual si ante mí se alzara un telón.

Un amplio cielo azul se extendía hasta el infinito; y era tan celeste que regocijaba la vista. Cruzaban el cielo blancas nubecillas, color de plata, las que, bien examinadas, veíase que se estremecían de júbilo y danzaban alegremente en honor de la Thora. A lo lejos, ancha faja verde, de un verdor oscuro, pero vivido, como si la vida misma circulara por entre las hierbas, circundaba a la ciudad; a cada rato, diríase, surgía a luz en otro punto una vida agradable, un nuevo encanto.

Veíase claramente que las llamas saltaban y danzaban entre las yerbas, cual si se abrazaran y besaran. Y sobre las praderas salpicadas de nubecillas paseaban grupos de jasidim. Sus largos sacos de lustrina, tanto los nuevos como los rotos, refulgían cual si fueran espejos. Y las llamas que resplandecían entre las yerbas se adherían y plegaban a los vestidos lucientes y parecía que bailaban en éxtasis, amorosamente, alrededor de cada jasid. Todos los fieles

miraban con ojos admirados y sedientos al balcón del Rabí. Y esos ojos sedientos, notaba yo perfectamente, aspiraban la luz del balcón, del semblante del Rabí y cuanta más luz aspiraban, tanto mejor cantaban, con fuerza cada vez mayor, con más alegría, con devoción creciente.

Cada grupo entonaba su melodía, pero todas las melodías y las canciones todas se confundían en la atmósfera, y al balcón del Rabí llegaba un solo canto, una sola melodía, como si todos cantaran lo mismo. Y todos cantaban: cantaba el cielo, cantaban las esferas, la tierra cantaba, cantaba el alma del mundo... ¡todo cantaba!

¡ Dios mío! Creí que iba a desmayarme de tanta armonía. Pero no estaba escrito que así fuera.

—Tiempo es ya de rezar la oración de la tarde— dijo bruscamente el rabino de Brisk con voz severa. Y todo desapareció al instante...

Silencio... el telón bajó de nuevo ante mi vista; arriba veía el cielo de siempre; abajo, pasto vulgar y jasidím comunes con los sacos rotos... ; fragmentos trurlcos de viejas melodías... ; las lucecitas estaban apagadas... Miré al Rabí: su rostro estaba también sombrío...

No llegaron a reconciliarse. El rabino de Brisk siguió siendo tan adversario como antes. Pero la entrevista tuvo su efecto: dejó de perseguir a los jasidím.

EL COLONO

Había una vez un colono—empezó a contar Rabí Salomón a un grupo de jóvenes congregados en la sinagoga.—Era un extraño en la aldea, no se relacionaba con nadie, y ninguno trataba con él. Hablaba un idioma extranjero que nadie comprendía, ni quería comprender.

Un día el colono encontró un brillante. No estaba en condiciones de apreciarlo, pero tampoco lo hubiera cambiado por una baratija.

—Brilla e ilumina — pensó el colono — debe de valer un caudal.

Pero era peligroso vivir entre gente extraña poseyendo piedra tan valiosa: si llegasen a tener noticia de ella, asaltarían al colono y forzando sus puertas le quitarían el tesoro, juntamente con la vida. Preciso era, pues, ocultar la piedra y no avisar de su feliz hallazgo ni a su mujer. Amaba a su esposa, pero — mujer al fin— ella no podría guardar reserva.

De regreso a la colonia enterró la piedra en el huerto, delante de la puerta, colocando como señal una gran piedra encima, para que en tiempos mejores, cuando ya no debiese temer la envidia y el odio de los vecinos, supiera dcunde buscar su tesoro, el cual podría brillar entonces libremente a la luz del sol.

Un día su joven esposa vio la piedra. No podía tolerar que ésta ocupase inútilmente una partícula de terreno: allí se podría plantar una cebolla, un pepino... ¡Era una lástima! Mas, no pudiendo mover por sí misma la piedra, llamó en su ayuda al marido.

Este se quedó aterrado.

—¡ Dios te libre! — exclamó — . No toques la piedra.

—¿Por qué?

—Es una piedra propicia, ella ha de traernos suerte y bienestar.

—¡ Si no es más que una simple piedra!

—Pues ya lo ves; tal es el poder que posee.

Admiróse la mujer. No sabía con certeza si el marido lo decía en serio o por vía de broma. Le miró fijamente y notó que sus ojos estaban serios, severos casi, y no contenían indicio de burla.

Ella amaba al esposo y tenía fe en su prudencia y honradez; y como mujer, estaba satisfecha de creer en algo, sobre todo en una señal venida de arriba... Además, carecía de tiempo para reflexionar: era necesario cultivar la huerta. Obedeció, pues, al marido y volvió a sus -faenas.

Al día siguiente notó éste que en el jardín había dos piedras.

—¿Qué es esto? ¿Quién ha puesto la otra piedra ? — preguntó.

Sonrió la joven esposa; había dormido mal esa noche, era tan extraño el brillo de la luna a través de los postigos... Su corazón sentía tanta angustia, tanta nostalgia... Tenía miedo. Pero no quería despertar al cónyuge: bajó del lecho, y deslizándose de la alcoba colocó otra piedra en el jardín. Y esto la había tranquilizado.

—Así — añadió sonriendo — será doble su eficacia.

¿Qué iba a hacer el colono? ¿Cómo había de irritarse contra su mujercita cuando ella sonreía tan dulce, tan infantilmente mientras le abrazaba con sus blancos brazos, presentándole, para que la besara su frente alabastrina ?

Besóla él con fervor y buscó en el azul de sus , ojos una explicación de su inquietud nocturna. Y no volvió a hablar del asunto.

La joven creyó que ese beso era la recompensa de su bondad y de su devoción. Así es que, cuando quería que la besara en la frente, añadía una piedra. .. Y si él no la besaba, sus ojos se llenaban de lágrimas.

* * *

La pareja llegó a tener hijos: un varón y una niña.

Esta última no se asombraba, y sin interrogar siquiera, imitaba a la madre. La madre colocaba piedras grandes; la hija, pequeñas; pero el montón de piedras crecía junto con ella.

El hijo, en cambio, más prudente, inquirió:

—¿Qué significa todo esto?

—Las piedras — respondió la madre, orgullosa de su saber — nos son propicias.

—¿Por qué?—insistió el muchacho. ¿Y qué quiere decir propicio? ¿Es obtener más de lo que se gana o de lo que se produce?

Esto no lo sabía la madre.

—Pregúntaselo a tu padre — le contestó.

Y cuando el chico llegó a la mayor edad el padre le reveló el secreto del brillante. Y así sucedió con una larga serie de generaciones: Una transmitía a la otra el arcano. De cada generación uno tan sólo conocía el secreto del brillante, y los demás creían que las piedras traían suerte, que cuanto más hubiere mejor sería, y seguían añadiendo piedras.

Los vecinos contemplaban el espectáculo llenos de admiración. Algunos se burlaban; otros, en cambio, respetaron costumbres antiguas, que ya lo eran cuando ellos vinieron al mundo. Más de uno pensaba que ese hábito debía datar de la época en que los ángeles descendían del cielo por

escaleras, a vista de los hombres. Algunos vecinos, en el deseo de mostrar su amistad a la familia, recogían piedras de la calle y las arrojaban al jardín.

* * *

En el seno de la familia el hecho de colocar las piedras se convirtió en costumbre, en tradición, en culto. La juventud protestaba y los viejos, irritados, la amenazaban con sus puños descarnados.

Los jóvenes pronunciaban discursos contra las piedras y los ancianos decían:

—Tal como obraron nuestros antepasados, así procederemos nosotros... Nuestros abuelos nos sobrepujaban en saber, y si colocaban piedras, señal es de que así se debe hacer. El mundo no nos pertenece para que aspiremos a modificarlo. añadían otros tantos dichos sobre los que se basa el mundo, esto es: el mundo de los humanos.

Si algún joven se proponía obrar contra lo que afirmaban los viejos, éstos lo amenazaban con "romper los huevos que querían ser más discretos que las gallinas".

anualmente abandonaban los jóvenes, con lágrimas en los ojos, la casa paterna, se separaban de su propia familia e iban a buscar trabajo; comían pan extraño, pernoctaban bajo techos ajenos.

Porque la vida en su propia casa se hizo insoportable. El montón de piedras crecía diariamente, se desparramaba, llegando cada vez más cerca de la puerta. Con el tiempo, las sagradas piedras obstruyeron las puertas y las ventanas.

—No importa — decían los ancianos. Y colocando una escalera pasaban por la chimenea.

Llegó a faltar el aire. Esto era lo de menos: cuando se come poco y se vive poco no se ha menester de aire abundante. Hubo también escasez de víveres. Era imposible cultivar la tierra: todo el terreno estaba ocupado por las piedras

—Dejad hacinarlas, por lo menos — rogaban los jóvenes — que crezcan en el espacio, pero que ocupen menos terreno, y así podremos arar y sembrar.

—¡Herejes! — replicaban los viejos. — Sólo por encima de nuestros cadáveres llegaréis hasta las piedras ...

Rabi Salomón quedó pensativo un instante, y nosotros, que habíamos seguido la narración con el aliento contenido, suspiramos por fin, y alguien preguntó :

—¿Y por qué calla el que conoce el secreto del brillante y no hace la paz entre los viejos y los jóvenes?

—¡ Bah ! — contestó Rabí Salomón con un profundo suspiro

—. El mal está precisamente en que el brillante ha sido olvidado del todo con el tiempo. Ya sea porque alguien habrá muerto sin dejar testamento, o porque alguno no quiso creer a su propio padre o se resistió a engañar a su propio hijo, lo cierto es que el brillante cayó en olvido, y jóvenes y viejos bregan ahora por simples piedras...

Así terminó Rabí Salomón su historia, y nosotros preguntamos:

—¿Quién es ese brillante? Y algunos trataron de adivinar:

—"¿Yo soy Jehová, el único?" .. —"¿El genio de la raza?"...

—".¿Amarás a tu prójimo como a tí mismo?"... Pero Rabí

»Salomón guardó silencio, y una sonrisa cruzó sus labios; luego exclamó:

—Rapaces, id a casa, que ya amanece.

LOS CACHORROS

Erase una vez un poderoso señor que se llamaba, ¿qué importa su nombre?, digamos Nemrod. Y Nemrod fué, según las palabras del Génesis, "un vigoroso cazador delante de Jehová". Era, en efecto, un gran cazador; vendía las mieses antes de la siega ; pero no permitía que se tocara su monte. Allí se mantenían " innumerables lobos, osos, zorros y liebres, que estregaban en los árboles centenarios sus lanudas pieles. Un día Nemrod salió, como de costumbre, a la caza. Le acompañaban Jerubom, Nabucodonosor, Amán y otros perros. De los mejores de entre éstos sólo quedó en casa Zeres: había parido cuatro cachorros ciegos.

En el palacio reinaba un silencio profundo. Cuando Nemrod salía a cazar, sus criados se iban a bailar a la taberna.

En el hocico de Zeres dibujábase una dulce sonrisa de cariño al pensar en los futuros héroes caninos, y sus ojos brillaban de alegría por los elogios que aquéllos habrían de merecer. Sus cachorros serían con el tiempo diestros lebres; llevarían la caza a manos de su dueño, hábil y honradamente; aportarían entre sus cortantes dientes las liebres y los zorros sin causarles daño; su aullido infundiría temor a los leones; los elefantes huirían ante ellos; comerían de un mismo plato con Nemrod...

Los ojos de Zeres empezaron a contraerse de complacencia, los sedosos párpados se le cerraron, y Zeres — bien lo merecía la parturienta — se durmió.

De pronto, el cuadro sufrió un cambio: por alguna falta, que ella no había cometido, por una calumnia que Nabucodonosor, su eterno enemigo, había dicho de ella, no la llevaron al bosque. Atáronla a la puerta como a perro ovejero, y ella oía llegar de la selva el sonido de las trompetas; una

liebre se escurría por entre los árboles y se colocaba en el extremo del bosque, tocando con las patas delanteras el campo libre; la liebre notaba su presencia y no huía... la contemplaba con desprecio, se burlaba de ella, sus bigotes temblaban de risa...

Zeres no podía tolerarlo; romper una cuerda era hazaña de poco monto para ella. Encogióse, pues, y dió un salto.

La soga se cortó y Zeres se puso a correr... La soga se había roto en sueños; despierta, la perra rompió un vidrio y se escapó al bosque. Entonces los cac'norritos ciegos empezaron a sentir frío y hambre.

Con la puesta del sol, mientras el piso de la cocina, embaldosado de mayólica, se enfriaba, crecían ambos tormentos.

desde el bosque se distinguía el sonido del cuerno. Movidos por el miedo, por el hambre y el frío, los cuatro cachorros saltaron de la cesta, se dispersaron arrastrando sus patitas torcidas, y a causa de su ceguera, no volvieron a encontrarse... Cada uno se acurrucó en otro rincón. desde los cuatro rincones, todos ellos aullaban de miedo, -de hambre y de frío.

¿Quién sé compadecería de ellos en la casa silenciosa y vacía?

Nemrod cazaba en el bosque, la servidumbre danzaba en la taberna, y la madre los había abandonado y olvidado.

* * *

Pero el mundo está organizado de tal manera que, hasta cuando unos pobres cachorritos ciegos aullan, no lo hacen en vano.

A lo lejos, en el comedor ricamente adornado, sobre la mesa, cubierta de un niveo mantel, había en medio de la cristalería y la vajilla, unos candeleros de oro con grandes velas de estearina.

Estas últimas oían los gemidos de los perritos y los compadecían. Una de ellas, movida a piedad, se enardeció tanto, que, sin que la tocara chispa alguna, se encendió por sí misma, llameando vivamente. Y decía la vela ardiente:

—Hermanas: vosotras esperaréis a Nemrod; alumbradle durante la cena, alegrad su corazón... yo me iré hasta los pobres cachorritos... ..

—¿Qué dices? ¿Piensas descender tan bajo?

—Este es mi destino. Los cachorros han sido abandonados por su propia madre, y son tan pobres, tan desamparados!...

—¿ Con qué puedes ayudarles ? ¿ Les darás de mamar acaso?

—Yo no tengo los pechos de la madre — contestó la vela tristemente.

—¿Podrás calentarlos? ""^—Carezco de su tibia piel.

—¿ Entonces ?

—¡ Yo les daré la luz!...

—¡ Si están ciegos!...

—Delante de mí abrirán pronto los ojos.

—¿Para qué quieren luz?; lo que ellos necesitan es calor, leche...

—Que haga cada cual lo que pueda. Yo dispongo de luz y se les ofreceré... Ellos abrirán los ojos, van a buscar y encontrarán por sí mismos lo demás ...

—¡ Vaya, vaya! — exclamaron las velas apagadas, riéndose—.Nada podrás conseguir, nada.

—¿Por qué?

—Porque si... No será tu luz lo que ellos verán con sus ojos cerrados; lo que percibirán con sus abiertas narices será tu sebo, y lo devorarán.

La vela generosa se quedó perpleja. Pero era la voz del destino y ella tuvo que obedecer. Haciendo un esfuerzo, abandonó el candelero y respiró libremente. Bajó de la mesa y comenzó a arrastrarse sobre el piso; oía cada vez más claro el llanto de los cachorros, que clamaban por socorro, y la vela apuró el paso.

En su camino encontró un refugio: una linterna con los cuatro vidrios de distintos colores. El corazón empezó a temblarle de alegría: la linterna le servirá de cota, será la salvación de los cachorros hambrientos; para los ojos débiles vendrá mejor la luz suave y colorida que la blanca, la cual podría causarles daño.

Y penetrando en la linterna, prosiguió su marcha, aunque más lentamente.

* * *

Nada puede resistir a una voluntad decidida. Quiérello, y todo el mundo se postrará a tus plantas! Los cachorros abrieron los ojos y notaron la luz; pero cada cual la veía desde su propio rincón, a través de un cristal distinto.

—¡ Bendito sea el que hizo la luz! — exclamaron todos al unísono; empero, las divergencias surgieron en seguida.

—La luz tiene un color amarillo—prorrumpió alegremente un perrito desde su rincón.

—¡ Tonto — respondióle otro desde el rincón opuesto — la luz es verde!

un tercero:

—Los dos no habéis abierto aún debidamente los ojos. Yo, en cambio, veo perfectamente. La luz, atendedme bien, es azul. Azul, sin duda alguna.

el cuarto de los cachorros gritó:

—Si tienes los ojos abiertos y afirmas que la luz es azul, eres un embustero. La luz es roja.

La discusión arreciaba.

—¡Juro que es amarilla!

—¡ Por vida mía, que la luz es azul!

—¡Por nuestra madre, juro que la luz es roja!

—¡ Por Dios, que es verde!

uno exclamó:

—¡Embaucadores o ciegos, acercaos!

todos gritaron:

—¡ Acercaos! ¡ Acercaos!

los cuatro cachorros saltaron, no hacia la linterna, no a la luz... Tenían los ojos henchidos de odio, los corazones caninos ardían de ira...

Uno saltó sobre el otro dispuesto a hacer valer su causa por medio de mordiscos. Querían demostrar su verdad con los dientes y afirmarla en carne ajena.

Los falsarios debían perecer: los embusteros no tienen derecho a la vida; el embaucador, aunque sea un hermano, debe morir...se encendió en ellos la ira santa... los cachorros, que acababan de abrir sus ojos a la luz, formaron un solo montón y se revolcaron en fiera lucha por la verdad... Todos estaban dispuestos a matar y a morir en nombre de ella...

El grupo formado por los cuerpos temblorosos tumbó la-Linterna, apagándose la vela; y la lucha por la "luz se hizo más viva aun en la oscuridad...

cuando Zeres volvió del bosque, jadeante y cubierta de sudor, encontró en la puerta del palacio a uno de sus futuros héroes, mordido y ensangrentado.

Acercóse rápidamente.

—¿Qué te pasa?; ¿qué te ha sucedido?; ¿dónde "v
están tus hermanos?

—Yo no tengo hermanos — replicó el semidesfallecido — son embusteros, han jurado en falso. Uno de ellos juró que la luz es amarilla; otro, que es verde, y el tercero, sostuvo que es roja. Y yo mismo he visto que la luz es azul. Allí yacen los mentirosos, los negadores de la luz, mordidos también. ..

Y terminó Rabí Salomón:

"Sea la luz" — había dicho el Señor. Pero son los frágiles hombres quienes han inventado las linternas multicolores...

Por las afueras de la ciudad caminan dos mujeres hebreas. Una de ellas, alta, de mirada severa, anda con pasos tardos y pesados; la otra, pequeña, flaca, pálida, camina cabizbaja.

—¿A dónde me conduces, Raquel?—pregunta Gruñe, la segunda de las señoras.

—Ten-paciencia, unos pasos más, hasta aquella colinST.

—¿Para qué? —vuelve a interrogar la otra con voz entrecortada, cual si temiera algo.

—Ya lo verás, ven...

Llegaron a la colina.

—Siéntate—dice Raquel.

La otra obedece y Raquel se ubica a su lado. Y en el silencio del cálido día veraniego, lejos del bullicio de la ciudad, entablan una conversación:

—Gruñe, sabes tú quién era tu esposo, que en paz descansa?

En el pálido semblante de Gruñe aparece una sombra.

—Lo sé—contesta con los labios apretados.

—Era un "soifer"¹², Gruñe, un santo "soifer".

—Lo sé—insiste ésta con impaciencia.

¹² Persona que copia la Thora en .un pergamino. (T.)

—Antes de escribir una letra hacía sus abluciones.
—¡ Mentira! Sólo las hacían un par de veces por semana.
—Era un santo varón.
—Es verdad...
—Que su gracia nos favorezca.
Gruñe calla.
—¿Callas?—exclama Raquel con asombro.
—¡ Lo mismo da!
—No es lo mismo. Que su gracia nos favorezca. ¿Oyes ?
—Oigo.
—¿Qué me dices?
—¿ Qué he de* decirte ? Yo sólo sé que no nos ha favorecido.
Pausa. Ambas mujeres se comprenden: el santo "soifer" murió dejando una viuda y tres huérfanas.
Gruñe no volvió a casarse, no quiso que sus hijas tuvieran padrastro; trabajó para sí y para ellas, pero no ha tenido suerte: los méritos del esposo no la habían protegido.
—¿Y sabes a qué se debe eso?—interrumpe Raquel el silencio.
—¡Bah!
—Porque eres una pecadora.
—¿Yo?—exclama la pálida Gruñe dando un salto —~¿yo soy una pecadora?
—Escucha, Gruñe. Todos somos pecadores, pero tú lo eres más que nadie.
—¿Más que nadie, dices?
—Mira: no en vano te he traído aquí, fuera de la ciudad, hacia el río, al prado. Nosotras, gracias a Dios, no necesitamos del aire fresco... Atiende, Gruñe: una madre, sobre todo la viuda de un santo "soifer", debe...
—¿Qué es lo que debe?

—Debe ser más devota que todos, mejor que todos y velar más por sus hijas.

La pálida Gruñe se pone lívida, sus ojos se encienden; las fosas nasales se le dilatan y los labios azulados empiezan a temblar.

—¡ Raquel!—grita fuera de sí.

—Bien sabes, Gruñe, que soy tu mejor amiga, pero debo decirte la verdad, porque de lo contrario yo no hallaría perdón a los ojos de Dios. No quiero hablar mal de tí y puedes estar segura que la gente no sabrá nada por mi conducto. Todo quedará entre nosotras dos y sólo Dios lo sabrá...

—No me tortures...

—Escucha, pues. Ayer por la tarde, de noche casi, volvía yo de la estación y vi a tu hija Mirl sentada e.n esa colina.

—¿Estaba sola?

—No.

—¿Con quién?

—¡ Qué sé yo! Con un mozo que llevaba un sombrero de copa. El la besaba en la nuca y ella comía caramelos.

— Ya lo sé—dice Gruñe con voz cavernosa cual si saliera de una tumba—no es la primera vez.

—¿Lo sabías? ¿Qué? ¿Es su novio?

—No.

—¿No? ¿Y tú... callabas?

—Sí.

—¡ Gruñe!

Pero Gruñe permanece tranquila.

—Ahora calla tú y escucha lo que te voy a contar—dice con voz cortante, y cogiendo a Raquel por la manga la obliga a sentarse—Escucha—continúa —quiero contártelo todo y que Dios me sirva de testigo.

Raquel tomó asiento.

—Cuando murió mi esposo—comienza Gruñe.
—¿De qué modo hablas, Gruñe?
—¿Cómo quieres que hable?
—No dices "que en paz descance".
—Lo mismo da. Lo enterraron como a todos, y a mí me dejó tres huérfanas, tres hijas...
—¡ Pobre! Ni siquiera un varón para rezar el "cadisch"¹³.
—Tres hijas. La mayor...
—Gndel...
—Tenía catorce años.
—Otras, a su edad, ya son novias.
—Y nosotras ni pan teníamos; de formular un compromiso y celebrarlo con el banquete correspondiente, ni pensar se podía.
—¿Qué manera de hablar tiene hoy, Gruñe?
—No soy yo quien habla; es mi corazón dolorido el que habla. Gndel, como tú lo sabes, era la moza más bonita del pueblo.
—Y lo es todavía.
—Con su cabellera gris parece hoy un limón agriado. Antes, brillaba como el sol, pero yo era la viuda de un santo "soifer"... Yo la cuidaba como a mis -pupilas. Alrededor de nuestra casa rondaban toda suerte de galanes y yo sabía que en los tiempo_s que corren eso es un riesgo... Y el deber de una madre consiste en estar alerta... Una novia, sabía vo, debe ser tan pura como un espejo. Y logré mi propósito: no la empañó ni el menor aliento. ¡Cómo velaba yo por ella, con cuánto celo la cuidaba ! Sin mí no salía de casa. Y yo siempre le advertía: "Allí no mires, allá no vayas, aquí no te pares, acullá no te muevas; no te detengas a mirar el vuelo de los pajarillos"...
—Bien, bien.

¹³ Oración en memoria de los difuntos. (T.)

—Sí, muy bien—dice Gruñe amargamente.

—Ven a mi casa y verás lo que parece ahora. Es, ciertamente, una virgen, ¡pero tiene treinta y seis años!

Es tan enjuta, que se puede fácilmente contarle los huesos, su piel es apergaminada, los ojos apagados, la cara acre sin una sonrisa, los labios siempre contraídos. Con frecuencia sus ojos muertos se iluminan: es que entonces arde en ellos el odio. ¿Y sabes tú a quién ella odia, a quién maldice con los labios apretados ?

—¿A quién?

—A mí, pues, a mí, a su propia madre.

—¡ Qué dices! ¿ Y por qué ?

—Ella misma quizá lo ignora, pero yo sí lo sé. Yo me he interpuesto entre ella y el mundo, entre el sol y ella. Yo he—¿cómo decírtelo?—impedido que la luz y el calor llegasen a su cuerpo... Noches enteras he meditado sobre esto, hasta que llegué a comprenderlo. Ella debe odiarme, cada célula de su cuerpo me odia.

—Pero, ¿qué dices!

—Lo que tú oyes. A sus hermanas también las aborrece, sin duda. Son más hermosas y más jóvenes que ella.

Gruñe respira penosamente y Raquel es incapaz de ordenar sus ideas. Acaba de oír algo horrible, algo que es peor que estar enfermo, peor aun que morir en el altar en el momento de desposarse—la mayor desgracia que puede ocurrir entre los judíos —y, sin embargo, está convencida que así han tenido que ocurrir las cosas.

—A la segunda, Lea, no quise tenerla en casa y la he colocado de sirvienta—prosigue Gruñe con voz ronca.

—Bastante he protestado de ello—observa Raquel

—vergüenza me daba que la hija de un "soifer" fuera sirvienta.

—Pensaba casarla, a ella por lo menos. Quería que reuniera una pequeña dote, porque mi insignificante negocio no daba para ello. Y a ella también la he cuidado. Más de un patrón ha pretendido seducirla, más de un señorito quiso hacer un juguete de ella. ¡ Pero yo era una madre celosa! Diez veces por día corría yo a su cocina y lloraba, la prevenía y la reprendía. ¡ Ah, las buenas palabras, los sermones moralizadores que yo le he dicho! Noches enteras me pasaba leyendo libros de moral y se los repetía al día siguiente, agregando todavía algo mío. ¡ Que Dios me lo perdone! De tres demonios que citaban los libros en castigo de los pecadores, hacía yo diez, un azote se convertía en una catástrofe; en fin, yo lanzaba fuego. Y ella, criatura débil e inocente, se dejaba guiar débilmente. Parecíase del todo a su padre: pálida, exangüe, ojos húmedos y bondadosos. Pero ella era más hermosa.

—Hablas como a una difunta. —¿Y crees tú que ella vive? Pues te equivocas. Una vez ahorrada su dote, yo le di un marido. La pobrecita lloraba, no lo quería, decía que era demasiado tosco, demasiado ordinario para ella. Pero un mozo de posición no se casa con una sirvienta, sobre todo si tiene la precaria dote de treinta rublos. Bendije al cielo por el partido. ¿Que era un simple sastre su esposo? Pues había que aceptarlo. Vivió con ella un año, quitóle el dinero, la salud y luego la ha abandonado. Me la ha devuelto desharrapada y tuberculosa. Ahora escupe sangre y ya no es un ser humano: ¡es un espectro! Me acaricia como si fuera un niño, y al acostarse, parece un corderito. Noche tras noche se pasa llorando. ¿Sabes tú a quién llora ella?

—Al marido, pues. Maldita sea su memoria.

—No, Raquel, es por mí que llora. Yo soy la causa de su desgracia. Sus lágrimas caen sobre mi corazón cual plomo hirviente; sus lágrimas me envenenan ...

Gruñe guarda silencio y respira apenas.

—¿Y bien?—pregunta Raquel.

—Y bien, ahora me he dicho: basta. Que esta hija menor, por lo menos, viva según le agrade. Trabaja en la fábrica diez y seis horas por día y gana apenas su pan. ¿Quiere también confites? Pues que los coma. ¿Que le gustan las diversiones, la risa, los besos ? ¡ Sea! Yo no puedo proporcionarle confites y menos todavía un marido. No es mi intención hacer de ella un limón exprimido. ¿Darle yo la tuberculosis? ¡Eso jamás! Quiero que esta hija mía no me odie y no se lamente de mí.

—¡ Pero, Gruñe! — grita Raquel aterrada — ¿qué dirá la gente?

—¿La gente? Que tenga compasión a los pobres huérfanos y no los haga trabajar, gratuitamente, como a las bestias. La gente debiera tener el alma más sensible y no explotar a los pobres.

—¿Y Dios, bendito sea su nombre?

Gruñe se levanta y grita, cual si quisiera que el Señor en el cielo la escuchara:

—¡ Hubiera El cuidado de las otras dos!...

Silencio profundo. Las dos- mujeres respiran con dificultad; ambas se miran con los ojos chispeantes.

" — ¡ Gruñe—grita Raquel finalmente—Dios castigará!

—A mí y a mis hijas, no. Dios es justo, va a castigar a alguien, mas no a nosotras, no a nosotras!

BONTSI EL SILENCIOSO

En este bajo mundo, la muerte de Bontsi el Silencioso no produjo ninguna impresión. En vano preguntarías: "¿Quién era Bontsi?" ¿Cómo vivía, de qué murió? ¿Rompióse el corazón, le abandonaron las fuerzas o acaso la espina dorsal se partió bajo el peso de alguna carga excesiva? No se sabe. ¡Quizá fué el hambre quien le mató!

El caballo de un ómnibus caído en la calle interesaría "mucho más que este pobre hombre. Todos los diarios habrían hablado y los papanatas acudirían presurosos a contemplar la bestia y a examinar punto por punto el sitio del accidente. Pero si-fueran tantos los caballos como los hombres—centenares de millones—la muerte de un rocín no despertaría interés alguno. ¡Bontsi vivió silenciosamente y silenciosamente murió! Pasó como una sombra por sobre la faz de la Tierra.

La circuncisión de Bontsi no fué celebrada con vino ni pronunció un discurso sonoro al entrar en la mayor edad religiosa. Vivía como un humilde grano de arena a la orilla del océano, confundido entre los millares de sus semejantes. ¡Y cuando el viento lo elevó para transportarle al otro lado, nadie lo advirtió! En su vida no quedaron ni trazas de sus pasos en el lodo de los caminos, y cuando murió, el viento arrancó el pequeño madero de su tumba. La mujer del enterrador hallólo a distancia de aquel sitio y lo utilizó en el cocimiento de una olla de patatas. Y a los tres días de su muerte, en vano habrías preguntado al sepulturero en qué sitio le colocara.

Si siquiera tuviese un epitafio, quizás un sabio arqueólogo de los siglos venideros lo descubriría y entonces el nombre del Silencioso recorrería una vez los ámbitos del mundo.

¡Pero no fué sino una sombra! El recuerdo de su imagen no quedó en ninguna mente, ni en ningún corazón: ¡Nada quedó de Bontsi! ¡Ni hijos ni propiedades! Después de vivir miserablemente, murió miserablemente.

A no haberlo impedido el murmullo de la multitud, alguien tal vez habría percibido el crujir de la espina dorsal de Bontsi bajo el peso del fardo que le agobiaba; si el mundo anduviese menos afanado, alguien tal vez habría notado que Bontsi (hombre también) tenía dos ojos sin vida y mejillas espantosamente hundidas; y que, aun cuando ya no llevaba sobre sus hombros ningún fardo, su cabeza se inclinaba siempre hacia la tierra, como si buscase su tumba!

Y si la gente fuese tan escasa como los caballos de ómnibus, alguien, tal vez, se habría preguntado: "¿ Pero qué le ha pasado a Bontsi ?"

Su rincón de subsuelo no quedó vacío por mucho tiempo cuando se le condujo al hospital. Diez de sus hermanos aguardaban ya a que lo desocupase, y se lo adjudicaron a quien más ofreció. Cuando se le transportó de su lecho de hospital a la cámara mortuoria, ya esperaban impacientes, su sitio, veinte pobres enfermos... Y apenas hubo salido de la cámara mortuoria trajeron veinte cadáveres extraídos de entre los escombros de una casa derrumbada. ..

¿Sabe alguien cuánto tiempo estará tranquilo en su tumba? ¿Quién sabe cuántos cadáveres aguardan ese pedazo de tierra?...

Nacido en silencio, vivió silenciosamente; muerto silenciosamente, fué enterrado en medio de un silencio más grande todavía.

Pero las cosas no pasaron de la misma manera en el otro mundo. Allá arriba, la muerte de Bontsi produjo una impresión profunda.

Oíase a través de los siete cielos la trompeta del Mesías que anunciaba: "¡Bontsi el Silencioso ha muerto!" Los arcángeles de amplias alas, volaban de uno en otro, susurrando: "¡Bontsi ha sido llamado ante el Tribunal Supremo!"

Y en el Paraíso no se oía sino una rumorosa alegría y un grito: "Bontsi el Silencioso! ¿Os dais cuenta de lo que es Bontsi?"

Los angelitos de ojos diamantinos, de alas bordadas en hilo de oro y calzados en sandalias de plata corrieron llenos de alegría al encuentro de Bontsi.

El ruido de las alas, el tintineo de las argentinas sandalias y el reír de sus boquitas frescas y rosadas, llenaban con su alegre rumor las esferas celestes, hasta el Trono divino y hasta Dios sabía ya que Bontsi iba acercándose.

Abraham, el patriarca, colocóse en la puerta del Paraíso y tendió la mano derecha como para significarle un cordial: "¡Sed el bienvenido!" y una dulce sonrisa iluminó deliciosamente su arrugada faz.

¿Qué es lo que así rueda en el cielo?

Era que dos ángeles transportaban presurosos una silla de oro puro para Bontsi.

¿A qué se debe ese luminoso resplandor?

A una corona de oro armada de las más preciosas piedras. ¡Y todo para Bontsi!

—¿Pero el Tribunal Supremo aun no ha juzgado?

—interrogaban los santos sorprendidos y celosos.

—¡Bah!—respondían los ángeles.—Eso no será riño una fórmula. Contra Bontsi el Silencioso ni bontsi el silencioso el fiscal mismo pronunciará una palabra! La cosa no durará más de cinco minutos.

—¿No sabéis quién es Bontsi?

* * *

Cuando los angelitos llevaron a Bontsi por los aires cantándole una dulce melodía, cuando el patriarca Abraham le sacudió la mano como a un viejo camarada, cuando supo que su sillón estaba dispuesto en el Paraíso, que una corona de oro aguardaba su cabeza, que en el Tribunal Supremo no se pronunciaría ni una palabra superflua al ventilarse su asunto, Bontsi, lo mismo que allá abajo, se calló, aterrorizado." "Seguro estaba de que aquello no era sino un sueño, o bien efecto de un simple error.

¡Ya los dos estaba habituado! ¡ Cuántas veces, allá abajo, había soñado que recogía del suelo montones de monedas! Encontraba así tesoros inmensos y al otro día, al despertarse, hallábase más miserable aun que la víspera... Más de una vez, en la calle, alguien le sonrió y por error dirigióle una palabra cariñosa, pero ese alguien, al salir de su error, escupió al suelo con desprecio...

—Es mi destino — pensó Bontsi.

¡Y ahora no se atreve a levantar la vista, temeroso de que el sueño se desvanezca, y de despertarse en algún antro, rodeado de hidras y de serpientes!

Ni un sonido dejaba escapar de su boca, ni un miembro removía con el temor de que se le reconociera y se le precipitase en un hondo abismo.

Tiembla, no comprende los cumplimientos de los ángeles, no advierte la danza que bailan en torno suyo, no responde a la cordial bienvenida del patriarca Abraham y empujado hasta el areópago celeste, ni siquiera saluda...

¡Hallábase cortado!

Y su miedo aumentó todavía cuando sin querer, se fijó en el piso del tribunal celeste. ¡Nada menos que de alabastro y brillantes! "¡Y mis pies hollando este piso!" Se quedó helado. "¡Quién sabe con qué poderoso millonario, con qué rabino, con qué santo me confunden... ¡ Y vendrá, y mi fin será un triste fin!"

Con el miedo que le embargaba no oyó cuando el presidente anunció con voz clara: "¡El asunto Bontsi el Silencioso!" ni cuando pasándole el expediente al defensor le dijo: "Hablad, pero brevemente".

La sala, el tribunal, todo danza en torno de Bontsi; un confuso murmullo llena sus oídos.

Pero en medio del rumor, percibe poco a poco y más y más distintamente la voz del angelito abogado, dulce como el canto de una viola:

—Su nombre le cae como a un cuerpo gracioso un traje fabricado por las manos de un artista:

—¿Qué dice?, se pregunta Bontsi, y oye una voz impaciente que interrumpe al orador:

—Nada de metáforas.

—Jamás— continúa el defensor— jamás se ha quejado ni de Dios ni de los hombres; nunca ha brillado en sus ojos un rayo de odio; nunca tuvo pretensiones hacia el cielo.

Bontsi no comprende y la voz dura interrumpe:

—Nada de retórica!

—Job cedió. Bontsi ha sufrido más que Job.

—¡ Hechos! ¡ Hechos concretos !—grita el presidente con tono de mayor impaciencia.

—Fué circuncidado a la edad de ocho días...

—Bueno, pero sin realismo.

—El operador no contuvo la sangre...

—¡ Adelante!

—... Y él calló siempre—continuó el defensor— hasta cuando murió su madre, hasta cuando, a la edad de trece años, se le dió una madrastra malísima, una serpiente...

"Entonces es de mí de quien se trata—pensó Bontsi.

— ¡ Sin alusiones a terceras personas—dijo irritado el presidente.

—Apenas si le daba un bocado de pan duro y las sobras de la carne mientras ella bebía su café con leche.

—¡Al grano!—gritó el presidente.

—En cambio, propinábale abundantes golpes y pellizcos, y a través de los harapos se veían las carnes del niño magulladas y sangrientas. En invierno el niño le partía la leña en el patio, descalzo sobre el pavimento helado; sus manos eran demasiado tiernas y débiles, los leños demasiado duros y el hacha sin filo... Más de una vez se desarticuló la mano y sus pies se helaron, pero él calló. Hasta delante de su padre...

—El borracho—observa el fiscal riendo—y un escalofrío corrió por los miembros de Bontsi.

—No se quejaba, concluye el defensor. Y siempre miserable: ni amigos ni escuela, ni trajes limpios, ni un minuto de reposo.

—¡ Hechos! ¡ Hechos—gritó de nuevo el presidente.

—Calló cuando su padre en completo estado de beodez, le tomó por los cabellos y lo arrojó fuera, en una noche terrible de invierno. Levantóse sin decir palabra y echó a correr...

Durante el tiempo que duró su largo camino, calló; en los momentos más angustiosos del hambre, no mendigó sino con los ojos y sólo al caer la tarde de un día nublado y húmedo de la primavera, llegó a una ciudad. Entró en ella como cae una gota de agua en la mar, y sin embargo, pasó esa primera noche en una comisaría. Callóse y no preguntó la causa de que se le tuviera preso. Y cuando recobró su libertad buscó el más

penoso trabajo ¡y siempre se calló! Pero fué mucho más duro que el trabajo el encontrarlo. Y callaba siempre!
Bañado por un sudor frío, agobiado bajo el peso de los más enormes fardos, con la barriga vacía, retorcidos los intestinos por el hambre, callaba!...

Salpicado por el barro que le arrojaban los extraños, escupido por bocas ajenas, arrojado de las aceras, corría en medio de los coches, carros y tranvías, sin poderse mover, soportando una pesada carga sobre sus hombros, veía pasar la muerte a cada instante ¡y callaba!...

Jamás calculó cuántos kilos transportaba por un céntimo, cuántas veces se caía por un centavo, ni cuántas veces desfallecía para cobrar. No calculaba ni su suerte ni la ajena. ¡Sólo callaba!

Ni aun para pedir su ganancia osó nunca elevar la voz. Como un méndigo permanecía en la puerta, y en sus ojos se reflejaba una súplica humilde. "Vuelve más tarde"—le gritaban. Y desaparecía como una sombra, para volver luego y mendigar su salario.

Callábase cuando regateaban el precio y hasta cuando le deslizaban una moneda falsa...

El callaba siempre.

—"Es realmente de mí, entonces, de quien se trata",—dijose Bontsi sorprendido.

—Un buen día—continuó el defensor, después de haber bebido un sorbo de agua,

—cambió la fortuna de Bontsi... Dos caballos desbocados arrastraban por la calle, en una carrera loca, un lujoso carruaje. El cochero yacía ya en el suelo, con el cráneo partido. La espuma desbordaba de la boca de los caballos, sus herraduras arrancaban chispas de las piedras, sus ojos brillaban como

antorchas ardientes en la negra noche, y en el fondo del carruaje, más muerto que vivo, había un hombre.

¡Y Bontsi detuvo los caballos!

Aquel a quien salvó la vida era un hombre caritativo de esos que olvidan el bien recibido.

Puso en manos de Bontsi el látigo de su servidor muerto, y Bontsi fué cochero. Hizo más: lo casó. Y más todavía: le proveyó de un chico.

Bontsi siempre calló.

—"Se trata de mí, de mí mismo", piensa Bontsi y no se atreve, sin embargo, a levantar los ojos hasta el Tribunal Supremo... siguió oyendo al angélico abogado:

—Calló también cuando habiendo quebrado su bienhechor, negóse a pagarle sus sueldos atrasados. Calló cuando su mujer huyó dejándole en brazos un niño de pecho aún. Calló también cuando, quince años más tarde, ese mismo niño, grande ya, tuvo fuerzas suficientes para echarle de su casa...

—"De mí es de quien se trata, de mí—piensa Bontsi con alegría.

—Calló todavía—prosiguió el ángel defensor, con voz más dulce y más triste, —cuando el mismo bienhechor indemnizó a todo el mundo, salvo a él, a quien no dió ni un céntimo... Y cuando le atropello nuevamente con su coche y le pasó por encima de su cuerpo, calló también. Ni a la policía declaró quién había sido su victimario.

Hasta en el hospital, donde todo el mundo grita, él calló. Y calló asimismo, cuando el médico se negó a aproximarse a su cama si no disponía de quince céntimos, y cuando la enfermera se negó, si no le daba dinero, a cambiarle las ropas. Calló durante la agonía y no habló ni en la hora suprema.

¡ Ni una palabra contra Dios, ni una palabra contra los hombres!'

—¡ Dixi !

* * *

Bontsi echóse a temblar. Bien sabía que tras la defensa vendría la acusación. ¿Qué dirían? Bontsi no recordaba su vida. Allá abajo, olvidaba, a cada minuto, el minuto precedente... El ángel defensor le recordó todo... ¿ Qué haría recordar el acusador?

—¡ Señores!—comenzó una voz aguda, incisiva, cortante, pero se interrumpió.

—¡ Señores!—repitió, pero esta vez con un tono menos seco y se interrumpió de nuevo.

Y por fin, de los mismos labios salió una voz casi amable...

—¡ Señores! El calló siempre. ¡ También yo callaré ! Silencio profundo. Luego, de allá arriba, vino una voz dulce y temblorosa.

—Bontsi, hijo mío,—dijo la voz que sonaba como un arpa.—Bontsi, mi bien amado...

El corazón de Bontsi lloraba de alegría. Hubiera querido en ese momento abrir los ojos y ver, pero las lágrimas se lo impidieron. Jamás sintió una alegría tan grande, llorando. "Hijo mío, mi bien amado..." Desde la muerte de su madre, nunca oyó una voz semejante, ni parecidas palabras.

—¡Hijo mío—continuó el presidente del Tribunal —todo lo has soportado en silencio! No hay miembro sano, ni hueso intacto, ni rincón de tu alma que 110 haya sangrado... Y siempre callaste... Allá abajo, no lo comprendieron. Quizá ni tú mismo supiste que podías haber gritado y que tu grito podía hacer temblar y caer las murallas de Jericó. No sabías de la

fuerza que dormía en tí. Allá abajo, tu silencio no fué recompensado. Pero allá, es el reino de la mentira. Aquí, en el reino de la verdad, hallarás tu recompensa. El Tribunal Supremo no tiene que juzgarte ni condenarte u ofrecerte tal o cual compensación. ¡Toma lo que quieras! ¡Todo es tuyo! Por vez primera, Bontsi se atrevió a levantar la vista; quedó deslumbrado de la luz que venía de todos lados. Todo brillaba, todo despedía rayos: las paredes, los objetos, los ángeles, los jueces.

Bajó sus ojos fatigados.

—¿De veras?—preguntó con aire de duda y todo avergonzado.

—¡ Seguramente!—respondió el presidente.—Con seguridad te digo: todo es tuyo. Cuanto hay en el cielo es para tí. Elige y llévate lo que quieras, pues sólo lo tomarías a tí mismo.

—¿De veras?—preguntó de nuevo, pero esta vez con voz más firme. -

y —Pero sí, de veras,—respondiéronle de todas partes.

—Y bien, si es así—dijo sonriendo Bontsi—quisiera, todas las mañanas, un panecillo caliente con manteca fresca..-.

Angeles y jueces bajaron la cabeza avergonzados. El fiscal largó una sonora carcajada.

EL AYUNO

Una noche de invierno. Sara está sentada al lado de la lumbre y remienda una media gastada. No trabaja con apuro, pues sus dedos están helados; debido al frío sus labios lian tomado un color azul, y por instantes abandona la labor y marcha a graneles pasos por la habitación a fin de hacer entrar en calor sus piernas.

En la cama, sobre una almohada de paja, duermen cuatro niños—dos a cada lado,—cubiertos en el medio con ropas viejas.

De cuando en cuando despierta otro chico, se levanta una cabeza y exclama: "¡Quiero comer!".

—Un momento, hijitos, un momento—les consuela la madre.

—Ahora rio más vendrá vuestro padre y traerá algo para cenar; a todos os voy a despertar.

—¿Y el almuerzo?—preguntan los niños llorando.

—¡ Si todavía no hemos almorzado!

—El almuerzo también.

Ella misma tiene poca fe en lo que dice. Dirige la vista en torno suyo para ver si queda aún algo que se pueda empeñar... ¡No hay nada!

Cuatro paredes húmedas y desnudas, un horno partido por la mitad. Todo es húmedo y frío. Al lado de la chimenea hay algunas cacerolas rotas sobre el horno, un candelero de lata; en el cielo raso un tirante conserva todavía un clavo, recuerdo de una lámpara de colgar; dos camas vacías, sin almohadas... ¡Y nada, nada más!

Pasó algún tiempo antes de que se durmieran los niños. Sara los mira acongojada, compasivamente, y dirige sus ojos llorosos a la puerta. Ha oído pasos; son pasos pesados en la escalera, y se distingue el ruido de unos baldes, ya a la derecha ya a la izquierda de la pared. Un rayo de esperanza ilumina su rostro arrugado. Golpea varias veces un pie contra el otro, se levanta pausadamente y se acerca a la puerta. La abre y un hombre pálido y encorvado entra con un par de baldes vacíos.

—¿Cómo va eso?—pregunta Sara quedamente.

—Nada, nada. No me han pagado en ninguna parte... Dicen que vuelva mañana, pasado mañana... a principios del mes...

—Los niños no han probado casi nada en todo el día —dice Sara. — Por fortuna están durmiendo. ¡Pobres hijos míos!

Y sin poder contenerse empieza a llorar en voz baja.

—¿ Por qué lloras, tonta ?—inquieta el esposo.

—¡ Oh, Mendel, Mendel! Los «hicos están tan hambrientos...

Y se esfuerza por ahogar las lágrimas.

—¿Y cuál será nuestro fin?—añade.—Cada día eso va peor.

—¿Peor? No es cierto, Sara. No cometas un pecado hablando de esta manera. El año pasado las cosas marchaban peor, sí, peor. Carecíamos de pan y tampoco teníamos casa. Nuestros hijos vagaban de día por la calle, y de noche por los patios... Hoy tienen por lo menos una almohada de paja y se hallan bajo techo

Sara se puso a llorar con más fuerza. Se le vino a la memoria que a consecuencia de esa vida había perdido entonces un hijo. Se resfrió, estuvo ronco y murió.'

—Y murió abandonado como en un bosque... No había con qué saldarlo... Ni siquiera para implorar ayuda en la sinagoga hacer rogar en la tumba de los propios... Y se extinguió como una vela...

El la consuela:

—No llores, Sara, no llores...' No peques delante del Señor... -

—¡ Ah! ¿ Cuándo, por fin, tendrá el Señor compasión de nosotros?

—Ten compasión de tí misma, no te aflijas, no lo tomes a mal. Fíjate en tu aspecto. Hoy cumplen diez años desde que nos casamos... Observa tu rostro... ¡ Ay, dolor!... ¡ Y tú eras la más hermosa en la ciudad!

—¿Y tú? A tí te llamaban Mendel el Robusto, ¿Recuerdas?... Ahora estás encorvado y enfermo. ¿Crees que no lo sé porque lo ocultas?

—¡ Oh, Señor, Señor!—grita.

Los niños despiertan y piden: "¡ Pan, pan!"

—¡ Dios os libre! ¿ Quién ha dicho que hoy se debe comer?

— exclama de pronto Mendel.

Los chicos se incorporan espantados.

—Hoy es día efe ayuno—dice Mendel con el rostro nublado.

Transcurrieron unos minutos hasta que los niños comprendieron lo que se les decía.

—¿Qué ayuno es ese? ¿Qué ayuno?—interrogaban llorando.

Y Mendel, bajando la vista, les cuenta que hoy por la mañana, en la sinagoga, la Thora se cayó de la mesa al suelo. "Por eso—agrega—se ha dispuesto que el día de hoy fuera de ayuno, hasta para los niños de pecho".

Callan los niños, y él prosigue:

—Sí, un ayuno tan riguroso como el Día del Perdón, o el noveno día del mes de Av¹⁴, a contar desde esta tarde.

Los cuatro párvulos saltan rápidamente de la cama, y descalzos, con las camisas deshechas, se ponen a bailar y a gritar:

—¡Nosotros también ayunaremos! ¡Si, ayunaremos!

Mendel oculta con sus espaldas la luz para que los niños no vean cómo la madre vierte las lágrimas.

—Bueno, ¡basta!—trata de sosegarlos.—¡Basta! En un día de ayuno está prohibido danzar... Dejad eso para "Simjas Thora".

Los chicos volvieron a la cama.

¡Habían olvidado el hambre!

Una de las niñas empezó a cantar. Mendel siente que el frío le invade...

—Cantar tampoco se puede—prorrumpe con voz entrecortada.

Las criaturas guardan silencio y se duermen fatigadas del baile y del canto. Uno de ellos, empero, el mayor, despierta y pregunta:

—Papá: ¿cuándo seré mayor de edad?¹⁵.

¹⁴ En memoria de la destrucción del Templo, acaecida ese día, los judíos lo pasan en ayunas. (T.)

¹⁵ A los trece años los niños hebreos son considerados como mayores de edad, verificándose con tal motivo una ceremonia al ponerse el joven por primera vez las filacterias. (T.)

—Falta todavía-mucho, Jaime... Cuatro años, I así los pases gozando buena salud!

—¿Me comprarás entonces un par de filacterias?

—¡ Claro que sí!

—¿Y una bolsita para guardarlos?

—Sin duda.

—¿Y un devocionario? Uno pequeñito, con el lomo dorado...

—Con la ayuda de Dios... Ruega al Señor, Jaime...

—¡Entonces sí que observaré todos los ayunos! —Sí, sí, Jaime, todos los ayunos... Y añadió en voz baja:

—Dios mío: ¡con tal de que no sean como el de hoy!...

"Cuentos Judíos"
Traducción del idish
Introducción y notas de
Salomón Resnick

Editorial Juventud
B.M., 1920

INTRODUCCIÓN

Como buena parte de las lenguas y literaturas modernas, el idish y la literatura que en él se ha formado datan de la Edad Media. Al diseminarse los israelitas por el mundo llevaron, consigo, como reliquia de su pasado glorioso, aquel libro único que Heine llamara "la patria portátil". Y la lengua en que ese libro, la Biblia, estaba escrito, debía quedar para siempre ' coma distintivo nacional de Israel. Pero las condiciones de su vida obligaron al pueblo perseverante por excelencia a convertir al hebreo, otrora idioma vivo, en lengua sagrada. En su contacto con los otros pueblos, y diseminados como estaban, tuvieron los judíos que sufrir necesariamente la influencia de las naciones en cuyo seno residían, tomando de ellos lenguas o dialectos. Pero esas formas de expresión colectiva, muy difundidas a veces, no se han concretado en valores de cultura nacional, salvo raras excepciones, y tuvieron por consiguiente una vida efímera. Paralelamente al hebreo, que ha sido en todo tiempo la lengua aristocrática reservada para fines nobles y solemnes, otros idiomas, más o menos vulgares, destinados al uso diario, eran corrientes en el ghetto, pero a sus cultivadores les faltaba la visión del porvenir y la decisión de elevarlos a la altura de la lengua tradicional. El único dialecto que alcanzó vida próspera y definitiva, es el idish, a cuya literatura pertenece el libro que va a leerse.

No es fácil determinar con exactitud la fecha en que ha nacido este idioma, hablado hoy por la inmensa mayoría del pueblo judío. Desde tiempos remotos los israelitas de Alemania se comunicaban en la lengua corriente, empleando el alfabeto hebraico e intercalando palabras hebreas. En el siglo XV, probablemente, acentuóse esa costumbre que fué el origen del futuro lenguaje. Algunos filólogos alemanes de esa época hacen ya referencia al idioma incipiente, entre ellos: Boesehenstein (1514), Fagius (1543), Bux torfius (1609), Wagenseil (1699), Wolff (1715), Ohry- sander (1750).

Entre los manuscritos más antiguos que se conocen, figuran los de Munich, Berlín, Hamburgo, Londres, que se remontan al año 1560. De los libros impresos merecen citarse los de Elias Levita (1507), y de Itabi Ansehoh (1534).

Nacido en los ghettos de Alemania, el idisch se ha impuesto como lengua nacional, dando nacimiento a una literatura relativamente rica. En su origen no era sino una corruptela del alemán, una mezcla de palabras germanas y hebreas. En tanto que los judíos permanecían en los ghettos, la nueva lengua tenía pocas probabilidades de evolucionar y adquirir carácter propio, pues estaba demasiado cerca de su fuente. Pero bien pronto causas históricas determinaron la expatriación de los hebreos alemanes. Las Cruzadas, que sembraron la muerte doquiera que pasaban, hallaron en los judíos presa fácil y desamparada.

Debido a esas persecuciones, gran parte de los hebreos se refugiaron en Bohemia y Polonia. Bien acogidos en este reino, bastaron dos siglos de permanencia en él para infundir al nuevo idioma un carácter propio. En un país extranjero, lejos de la lengua madre, el idisch pudo desarrollarse orgánicamente y enriquecerse con elementos eslavos y hebreos. Hay una hipótesis formulada por Harkawi, de que los israelitas de Rusia y Polonia empleaban idiomas eslavos desde el siglo XIV al XVII, y que merced a la inmigración de sus correligionarios de Germania, cambiaron aquellos idiomas por el que éstos habían introducido. Pero esa opinión ha sido desvirtuada por el eminente historiador S. Dubnow, quien ha demostrado que el idisch ha sido entonces el lenguaje común de los hebreos rusos y polacos. Las persecuciones salvajes de que fueron objeto más tarde en la nueva patria, y principalmente los horrores que les causaron las hordas de Jmelnitzky, obligaron a los judíos a retornar a Alemania, adonde volvieron con una lengua bien distinta ya de la que le diera origen, lengua impregnada de dolor y anegada en lágrimas, que iba difundándose cada vez más en las juderías de la Europa Central y de la Rusia inmensa, y convirtiéndose en el factor esencial en el desarrollo del pueblo.

En efecto, la literatura hebrea se había convertido en un tesoro esotérico para las masas populares, y para satisfacer sus anhelos intelectuales hubo necesidad de escribir libros en el idioma vulgar, el idisch, que les hablaran en forma sencilla y comprensible de cosas que, a no ser por ese conducto,

quedarían ignoradas por ellos. Por eso, en las primeras manifestaciones literarias del nuevo idioma no era de esperarse que primara el elemento' épico, porque el pueblo que le dió origen había pasado ya por las etapas nebulosas de la vida nacional, que es cuando el genio de la raza tiende a lo heroico. Los judíos de la Edad Media no estaban animados de sentimientos caballerescos, no rendían culto a la galantería, carecían de héroes inmediatos como el Cid o Carlomagno, pero en cambio poseían un pasado histórico y una norma de vida peculiar y religiosa. De ahí que la literatura judía fuese en sus orígenes un reflejo de esa religiosidad, de la moral dominante y de la necesidad de instruir a los que ignoraban el idioma histórico. Mas esa literatura, nacida al calor de la piedad, ha asumido con el tiempo proporciones que los iniciadores estaban lejos de presumir. Pues conviene saber que fuera de pocas excepciones, todos los que escribieron en idisch hasta la era que se inicia con Mónde Moijer Sforim, en la segunda mitad del siglo pasado, veían en ese idioma un medio para instruir a las multitudes y no un instrumento de arte. Ese menospicio por el idioma materno ha persistido durante siglos, impidiendo su rápido desarrollo artístico. El predominio de las lenguas populares sobre las clásicas, que los pueblos de Europa habían proclamado definitivamente con el Humanismo, tardó dos siglos en arraigar entre los judíos. Debido a eso, la literatura, desde sus orígenes hasta el período ya mencionado, se caracteriza más por sus méritos didácticos y moralistas que por su valor emotivo. Faltándoles el amor al idioma y una visión creadora, los escritores de ese siglo carecen, por lo general, de personalidad artística y no constituyen sino una argamasa oscura para la formación de la lengua.

Las primeras publicaciones en el lenguaje popular son traducciones de la Biblia con o sin comentarios, adornadas o no con parábolas, leyendas y máximas, y narraciones fantásticas inspiradas en las obras novelescas en boga. Así, el montado Levita publicó en 1507 el "Bubo-Buj", adaptación de una novela inglesa y que ha tenido una vasta difusión. Pero los que más éxito han obtenido fueron los obras bíblicas, destinadas principalmente para las mujeres, que carecían por lo común de toda instrucción. Uno de esos libros, el "Tseen

Ureno", adquirió tal popularidad, que no había hogar judío que no lo tuviera. La mujer israelita, ignorante hasta entonces de su propia historia, halló en aquella obra un caudal de enseñanzas altamente instructivas. Libre de los quehaceres domésticos, dedicaba sus momentos desocupados a la lectura de su libro favorito, que llegó a serle indispensable. Escrito en estilo sencillo, lleno de anécdotas y citas talmúdicas, el libro era para ella una especie de enciclopedia. En él aprendió los hechos principales de la historia hebrea y nutrió su corazón de misericordia; él le inculcó nobles sentimientos morales, el desprecio a las cosas terrenales, el amor a su pueblo y, sobre todo, una veneración profunda por los estudiosos. Que su esposo y sus hijos se dedicara al estudio de la Torah era la idea directriz de su vida. Considerábase feliz cuando podía sustentarlos con su trabajo, y como única recompensa de su sacrificio. Aspiraba a ser admitida en el paraíso, mansión de los virtuosos. Posteriormente a este libro apareció otro, el "Taitsh Jumosch", semejante al primero. Además se publicaron numerosas traducciones de la Biblia, hechas por misioneros y conversos, obras de moral, de enseñanza y algunas novelas. De estas últimas es célebre el "Mase Buj", que se compone de historias sacadas del Zohar y otras fuentes judías. Son también dignos de citarse el "Libro de Samuel", escrito en verso, poema inspirado en los dos libros de Samuel; así como una versión de Josof y otras obras históricas y científicas.

Otra manifestación literaria de la época, de carácter netamente femenino, son las "Tjinos", oraciones para mujeres, compuestas generalmente por éstas mismas. Son pequeños monólogos de forma sencilla, en que la mujer judía se dirige a Dios solicitando su protección para los actos más variados de la vida diaria. La autora más famosa de ese género es Sara Bas Toivim, a quien la leyenda popular ha convertido en hada protectora de doncellas. Esta forma de comunicarse directamente con el Todopoderoso ha impreso a las composiciones de que hablamos un carácter de suavidad y de ternura que constituye su mayor mérito. Las "tjinos" se han publicado en gran cantidad y han desempeñado papel preponderante en la vida religiosa de la mujer hebrea.

A esto hay que añadir las primeras tentativas del teatro, consistentes en piezas inspiradas en asuntos bíblicos, como la venta de José por sus hermanos, el episodio de Esther, etc., que, unas veces en prosa y otras en verso, eran representadas por los jóvenes del ghetto en determinadas fiestas.

El primer período de la literatura judía, que abarca los siglos XVI y XVII, se caracteriza, pues, por su tendencia didáctica-religiosa. Las obras que durante él aparecieron, ya sean traducidas u originales, tenían como objetivo principal la difusión de la moral judía, que de hecho condujo al robustecimiento del espíritu nacional. Eran sus cultivadores gente que no pensaba en el arte, sino en realizar una obra que ellos consideraban útil, y sólo mucho más tarde, siglos después, esas primeras tentativas se convirtieron de labor aislada y meramente utilitaria, en el origen de una nueva literatura.

Un capítulo importantísimo de la literatura judía, rico en motivos y emociones, lo constituye la poesía popular. En ella ha volcado el pueblo sus sentimientos más íntimos, sus aspiraciones, sus penurias, su gracia y su ingenuidad. Alejados del rígido ambiente de los causistas y de los predicadores, los poetas anónimos, acuciados por la fantasía popular, cantaron en el idioma del pueblo sus alegrías y sus aflicciones, en palabras e imágenes sencillas, sentidas y adecuadas. Sin percatarse de su función creativa, esos trovadores desconocidos sentaron inconscientemente las bases de una poesía artística que más tarde, con el renacimiento de las letras judías, adquirió singular realce.

Las canciones de cuna son tiernas y llenas de promesas. Desde los albores de su infancia se le predica al futuro soldado de Jehová el amor al estudio y a la vida contemplativa. Sus preocupaciones deben consistir en estudiar la Torah, "que es la mejor mercancía". De esa manera inyectábase al niño el tedio hebreo, la tristeza, la seriedad adusta, el horror a la expansión juvenil. Debía abstenerse de reír y de llorar, pues esto no cuadraba con su rol de futuro sabio. La juventud del hombre se hallaba absorbida por la escuela y la sinagoga, y su vida se deslizaba monótonamente. La niña, por el contrario,

llavaba una existencia más sentimental. Libre del fardo de las innumerables leyes y deberes a que el varón estaba sometido, le era dable acariciar ensueños sobre su vida futura. Soñaba con un novio instruido, de rostro pálido, tierna mirada y largas patillas. Su mayor desgracia era quedar soltera. Cuando se enamoraba, expresaba su pasión en versos llenos de candor y do ternura.

Las canciones populares que tienen por tema el amor son los más hondos que existen en la literatura judía, por la sinceridad y el melancólico sentimiento quo brota de ellas. Los amores contrariados, la incertidumbre, el desengaño, la traición, dan motivo a tiernas expresiones de cariño y de reproche que por su colorido, por su naturalidad, son profundamente conmovedoras.

Oíros asuntos, de carácter social, familiar, político, etc., han inspirado a los bardos anónimos composiciones llenas de gracia o de sátira, según las circunstancias. En la vida conyugal, por ejemplo, le corresponde a la mujer un rol difícil; así es que, cuando se siente apesadumbrada, canta sus penurias en estrofas amargas, r.o exentas de ironía. Algunas poesías populares pintan los conflictos inevitables entre la suegra y la nuera; otras reflejan . las penurias de los hebreos bajo el reinado de Nicolás I, cuando se raptaba a muchachos judíos con objeto de alistar-¹ los como soldados; hay muchas de carácter religioso, y do una gran variedad de temas. Debido a los diversos países y regiones en que residían los israelitas, existe de cada canto muchas variantes. También las melodías difieren a veces.

Originada por la parte sana del pueblo, la poesía popular está exenta de esa austeridad rabínica que lo cristaliza todo. Esos cantos, reflejo fiel del alma judía, han circulado de boca en boca por todos los ghettos infundiéndoles un hálito de vida y alegría.

En el siglo XVIII surgió entre los hebreos un movimiento intelectual, llamado Hascolo, quo tendía a fomentar la cultura entre ellos. Sus adeptos empleaban en sus escritos el hebreo clásico, despreciando el idioma popular. Pero ante la evidencia de que los lectores iban disminuyendo, tuvieron que recurrir al idisch, en cuyo porvenir no creían. No sintiendo

amor por el idioma que empleaban, es evidente que no trataran de perfeccionarlo. En sus obras predominan la ironía y la sátira. La tendencia es en ellos tan manifiesta, que generalmente se reducen a tesis escuetas. Nada de caracteres, nada de psicología, nada de realidad artística. Los personajes encarnan ideas, representan clases sociales, son símbolos. Los escritores más conocidos de ese ciclo, Levinshon, Ocsenfeld, Gordon, Etinguer y Abramovich. en sus primeras obras, emplearon la literatura como elemento de lucha contra los ortodoxos; a los rabinos, a los dirigentes comunales y demás sanguijuelas de la sociedad judía los pintaban como la encarnación de la perversidad, de la hipocresía y del fraude. Y en oposición a ellos hacían resaltar la magnanimidad del judío moderno y sus anhelos de europeización. Este último llevaba generalmente un nombre sugestivo ("Veker", Despertador), mientras que los nombres de los otros anunciaban su carácter cruel ("Sehinder", Desollador). Desde el punto de vista literario es muy reducido el mérito de esas obras y sólo tienen un valor histórico.

Lo mismo acaece con sus versos. Su rima es pobre, adolecen de falta de inspiración poética. Son fábulas, sátiras, proclamas, parodias, generalmente bastante defectuosas.

Entre los poetas populares descuellan Goldfaden y Zunzer. El primero, que es el fundador del teatro judío, apartóse algo de las sendas antes señaladas y refleja en sus versos aspiraciones generales. No se limita a criticar a los dirigentes hebreos; moraliza, canta el pasado de su pueblo, se burla de la asimilación y entona himnos a Sión. Es célebre su poema "Idl", escrito en forma de carta, donde refiere las peripecias y persecuciones de los israelitas desde su expatriación de Palestina. Tanto el estilo como el lenguaje de Goldfaden son más pintorescos que los de sus predecesores.

Zunzer es el trovador judío; Sus versos, aunque escritos en forma aceptable, si se tiene en cuenta su origen, adolecen de un defecto capital: carecen de sentimiento. Cualquiera que sea el tema que traten, ya se refieran a la descripción de la vida judía, ya a señalar los defectos de la civilización moderna, sus poesías resultan incoloras e

impregnadas de una filosofía barata. Sin embargo son muy populares entre los israelitas.

De esa manera continuó desarrollándose lentamente la literatura israelita, gracias a la benevolencia de personas interesadas en instruir a su pueblo. Era limitada su perspectiva, pues no aspiraban a crear obras de arte. La belleza ocupaba en sus libros un lugar secundario; lo esencial eran las ideas, la enseñanza, la moral. A. M. Dick, talmudista distinguido, escribió muchas novelas con el fin exclusivo de educar al pueblo. Imbuido de las ideas de su época, consideraba indigno escribir en idisch y publicaba las obras bajo sus iniciales. Empleaba un lenguaje rudo, plagado de germanismos. Su estilo y artificios literarios son primitivos. Sus novelas versan sobre temas históricos, fantásticos, de costumbres, etc. Durante mucho tiempo sus obras constituían el deleite de un público especial, compuesto de mujeres y hombres de pueblo. Otro escritor que adquirió una popularidad extraordinaria, dando origen a toda una escuela, de malos literatos, que infestaron el mercado de novelas, sin otra aspiración que el lucro, era Sehaikewich, más conocido por su pseudónimo Schumer. Las causas que le impulsaron a escribir en idisch no fueron muy elevadas seguramente. Sus predecesores en la república literaria hablan escrito en esa lengua por idealismo. Eran hombres instruidos y generosos que se proponían contribuir con su obra al desarrollo intelectual del pueblo. El espíritu mercantilista era desconocido en la literatura judía antes de la aparición de Schumer. Este, según cuentan, había escrito una obra en hebreo que no se pudo publicar por diversas causas. El editor le encargó entonces que escribiera un libro en idisch. Así lo hizo Schumer, recibiendo tres rublos en concepto de honorarios. Halagado por el éxito pecuniario, trajo al día siguiente otra novela que el editor compró al mismo precio. De eso modo se ha iniciado Schumer escribiendo libros que cautivaron a los lectores ingenuos con sus narraciones especulantes. Adaptó para sus obras situaciones y personajes de novelas francesas, y la lectora israelita, que no conocía del mundo más que su pueblecito, halló en ellas un mundo fantástico, princesas de belleza ideal, príncipes, doncellas, banqueros, estafadores, etc., que llevan una vida galante,

hablando siempre de amor en términos poéticos. Al principio triunfan invariablemente la perversidad y la injusticia, pero el autor tiene buen cuidado de hacerlas castigar al final. Cada capítulo comienza con una reflexión filosófica que los hechos en él narrados confirman y evidencian. Schumer era de una productividad asombrosa, carecía de ingenio y usaba un lenguaje sencillo, excepto en situaciones románticas.

Su influencia perniciosa dejóse sentir pronto amenazando pervertir el buen gusto del público. Contra eso peligro reaccionaron los escritores de talento por medio de una enérgica campaña. Scholoim Aleijem publicó un furibundo libelo — "El juicio de Schumer" — que tuvo la virtud de desacreditar a este último. Pero los regeneradores no se limitaron a criticar a Schumer y su escuela, sino que los opusieron un movimiento literario moderno, basado en principios sanos y fecundos. Hasta entonces los escritores no habían reflejado en sus obras la vida y las aspiraciones del pueblo. Referían episodios fantásticos, pintaban hechos inverosímiles, abusando de la ingenuidad y de la ignorancia de los lectores. Algunos escribían en idisch por conmiseración, otros con desinterés. Así, pues, las personas inteligentes, que exigían más que lo que Dick y Schumer podían ofrecer, no hallaban en las obras de éstos satisfacción espiritual. Hubo necesidad de una nueva tendencia literaria, ajena a toda idea de sacrificio o conmiseración; hacían falta escritores de talento que cincelasen el idioma inculto, que se inspiraran en la vida, judía, que reflejaran sus anhelos, su humor, su alma. Allí había todo un pueblo encantado y sólo faltaba el mago que pronunciara la fórmula sacramental y le volviera a la vida activa.

Ese mago, esa fuerza que ha vencido la inercia, fué Abramovich, (Mándeje Moijer Sforim), a quien se le considera, por esa razón, como padre de la literatura judía moderna. Quedó abandonado para siempre el hecho extraño de literatos que denigran su propio idioma; trazáronse orientaciones amplias que condujeron al admirable progreso realizado por la literatura en los últimos 25 años. El idioma se desarrolló maravillosamente, y Varsovia, Vilna y Nueva-York, los tres grandes centros judíos, produjeron una falange

de notables talentos. Todas las tendencias europeas hallaron eco en los escritores judíos y las obras más famosas fueron vertidas al idisch e lucieronse familiares al lector judío, en traducciones fieles y elegantes.

Tal es, someramente expuesta, la evolución de la literatura judía desde sus orígenes hasta el comienzo de su período más floreciente, el período en verdad artístico que la coloca al par do las literaturas modernas. En las notas que preceden a los autores que figuran en este libro, liemos tratado de indicar, en el exiguo espacio de una página, las características de su obra, con el fin de dar una idea general sobre la literatura del idisch.

Salomón Resnick.

Sábado

por

S. J. Abramovich

S. J. Abramovich

S. J. Abramovich, conocido más bien por su pseudónimo Méndele Moijer Sforim, nació en Rusia, en 1835, y es considerado como el creador, o como sus colegas lo llamaban, el "abuelo" de la nueva literatura israelita. Muy versado en las ciencias rabínicas, dedicóse como todos sus coetáneos al hebreo, en cuyo manejo era un maestro. Pero la evidencia de que sólo en el idioma popular podía desarrollarse una literatura floreciente que contase con un vasto público de lectores, lo indujo a escribir en idisch. Sus primeras obras, de carácter satírico, tuvieron una difusión extraordinaria, por la gracia chispeante, la crítica de costumbres, el lenguaje fluido y pintoresco, la inmensa piedad por los humildes y el tono tierno y simuladamente indiferente que es tan característico de este autor. Abramovich ha sido tal vez el más grande estilista que han producido las letras judías. Conocedor perfectísimo del idioma, lo empleaba como un instrumento artístico, con cariño, con amor entrañable y no cesaba jamás de pedirlo y perfeccionarlo con nuevos matices y giros originales.

En sus primeros escritos nótase la influencia de su {poca: la tendencia a la crítica y a la instrucción del pueblo, pero luego, en sus obras posteriores, se ha elevado a la altura del arte puro, si bien mezclando a él su sátira mordaz. Abramovich es un pintor de multitudes y de ambiente y un excelente paisajista, uno de los pocos que hay entre los escritores judíos. Sus novelas son deliciosamente incoherentes, llenas de mordacidad y reflejan soberbiamente las costumbres de las juderías abigarradas que vegetan en espantosa miseria. La pintura de esta vida miserable, sórdida y estancada, contrasta notablemente con la descripción de las bellezas naturales, que Abramovich se complace en intercalar en sus producciones, como un oasis, como un alivio en medio de la general tristeza. Y hasta en esto permanece original, pues la naturaleza la ve bajo un aspecto judío, y las imágenes que ella le evoca son genuinamente nacionales.

Abramovich ha escrito poco en los últimos años, limitándose a cincelar y corregir definitivamente sus escritos anteriores, tarea que era su preocupación constante. Ha dejado

18 volúmenes de novelas, dramas, cuentos y algunas poesías.
Falleció en 1917.

Sábado

I

Por un sendero que serpentea en medio de un campo abierto, perdiéndose a ratos entre jóvenes bosques de espesa ramada, se arrastra lentamente, con un chillido, un carruaje cargado por completo. El caballejo, flaco, puro piel y huesos, con un hocico liso, semejante, con perdón sea dicho, a un rostro humano, levanta las patas, saca la punta de la lengua, salta y se queda, al parecer, en un mismo sitio. Y a cada sacudida las ruedas desvencijadas se hacen oír, mollinas, con un extraño y sordo rumor, y el carrito, a cada salto, lanza un quejido: es el carruaje de Sándlerl, en el cual viaja con su mercancía por las aldeas de los alrededores y también por las ferias de los pueblecillos, sentado a horcajadas en el borde, a un lado, con las piernas que se tambalean colgadas hasta el suelo.

Es la época de Jánuco¹: largas noches y días cortos. El tiempo es loco, caprichoso. Diez cambios ocurren por hora, tan pronto hace frío como calor. Ora sopla que es un horror, y al rato el tiempo ya es apacible, calmoso y bueno. Bastantes penurias hubo de sufrir por ello Sándlerl, ¡pobrecito!, esa semana. Experimentó los sinsabores del barro denso y del fluido. El caballo y el carruaje habíanse metido en un tintero cocheril, es decir en una cañada: él empujaba, tiraba y se enlodó como un negro, y si el Todopoderoso no hubiese enviado en su ayuda a un campesino, todos se habrían hundido allí. Sólo el jueves a la tarde cayó una helada, secando el fango. Por la noche, una nieve envolvió la tierra cual un manto nuevo y blanco. En su vestido de púrpura roja el sol apareció el viernes por la mañana, y fué un huésped grato y bien recibido. Todo en rededor brillaba, todo refulgía, en todas partes se notaba la dicha y la alearía.

Después de una semana de peregrinaje, Sándlerl, como de costumbre, se dirige a su casa, en Kabtzansk, para pasar el día sábado en compañía de su mujer y sus hijos. Buena parte del

¹ Fiesta de ocho días con que se conmemora el triunfo de los Macabeos. En Rusia ene en invierno. (N. del T.).

camino, que corre por un paraje llano y amplio, teniendo a ambos lados bosques de altos álamos, Sénderl lo hizo alegremente, con el corazón regocijado, sintiendo en la atmósfera la víspera del sábado y la belleza del mundo alrededor suyo. Cual fina capa de algodón se extendió sobre la tierra una blanquísima nieve, adornada de figura-s que brillan ante la vista en colores variados. Maravillosamente hermosas aparecen las fajas do nieve que cubren las verdes copas de loa altos cálamos. Bandadas de cuervos, pilludos, pasan arriba, en la atmósfera pura y fresca, con ruido, con estrépito, ya reuniéndose todos y bailando juntos, ya dirigiéndose cada cual a otro lado. Un pajaruco pasajero se allega volando de alguna parte en busca del sustento, detiéndose un instante a descansar en una rama, deja oír su canción, y sigue viaje. Y de pronto, salta del bosque una especie de animalillo, liebre o conejo, corre saltando veloz sobre la nieve tocándola apenas con sus menudas patas, y, ¡ paf!, se interna en el bosque de enfrente.

Sénderl está gozoso. Desde lejos presiente el hogar, el descanso. El caballo, por lo visto, se regocija también. Sabe adonde se encamina! y que mañana es el día en el cual: desde que cayera en manos de su actual dueño, ese personaje bípedo de barba y patillas flotantes, reposa siempre en el establo, sin hacer trabajo alguno. Y levantando la cabeza, azotándose con la cola, empieza a marchar más ligero.

Pero una hora más tarde, saliendo del bosque, el camino se vuelve malo. La nieve se derrite, cede el barro helado, el viaje se hace más penoso. Hasta la casa falta aún un buen trecho. Y el caballo apenas si se mueve, saca la punta ele la lengua, trabaja, se bambolea, se esfuerza lo más que puede. El peligro de quedar en medio del trayecto es inminente... ¡ Oh amargura!

II

El sol descende de las copas de los árboles allá en el rojo horizonte semicircular, y sombras cada vez más densas, más espesas, caen sucesivamente sobre Kabtzansk, cubriendo su vergüenza: las sórdidas callejuelas con sus casuchas bajas y miserables. Sí, se aproxima la Novia, la Princesa Sábado. Velas prendidas en honor suyo brillan cual estrellas a través de todas las ventanas, reflejando sobre la tierra, a ambos lados de la calle, fajas doradas de luz. Los judíos, vestidos de fiesta, con sus largos y limpios sacos de seda, andan de prisa a la sinagoga para recibir el advenimiento del sábado. La gente allí congregada, con los rostros vueltos hacia la puerta, da pequeños saltos, gritando alegremente y cantando:

Ven en paz, Novia; Novia, ven.

Y durante la recepción del sábado, las calles permanecen desiertas, no se ve un alma en ellas; salvo, tal vez, algún obrero retardado que corre, presuroso, del baño, o una muchacha que devuelve a una vecina una olla prestada o cosa por el estilo. No se oye ninguna voz, excepto, a veces, la de alguien que llama a un cristiano para que le arregle una vela caída, o el balido de una cabra, o el canto de un gallo a lo lejos. ¡Silencio!...

Poco después se perciben pasos: viene gente; se dejan oír voces: se está hablando. Son los hebreos que vuelven de la sinagoga, conversando ruidosamente entre sí, y yéndose cada cual a su callejuela, cada uno a su lugar de reposo.

Acércase un judío, vestido de fiesta: una camisa blanda, con el cuello levantado, en la cabeza un casquete de terciopelo, va envuelto con un verde chai de lana, las patillas algo húmedas, un poco heladas, cuelgan como carámbanos y el rostro es fresco, un tanto tostado. Los conocidos, al encontrarse con él saludan:

—Buen sábado, Reb Sándor!

Sí, este Rob Sénder es precisamente nuestro Scnderl, el vendedor ambulante, mas no el mismo de antes, sino que parece haberse revestido de un nuevo pellejo. Allá, en su errante peregrinación es, por así decirlo, una criatura contrahecha, un judihuelo encorvado, sombrero, sucio, deshecho. Empero, llegado a su casa, fué al baño, se quitó la mugre y enderezó los huesos. Ahora tiene otro aspecto. Se ha enriquecido con una nueva alma, de categoría superior, y él mismo ha crecido también, al parecer se hizo con una cabeza más alto.

—Buen sábado, buen sábado tengas, querido Sénder!

III

Arrinconada en una callejuela se levanta, en Kabtzansk, una pequeña casa. Es como todas las de allá: baja, miserable, sin un patio, sin un solar a su lado, sin un árbol, sin una planta; una casita desnuda, no pintada por afuera, desprovista de adornos, sin firuletes por dentro — una vivienda habitada, como el Arca de Noé, por familia numerosa. Pero, cuando se avecina el sagrado y querido día de sábado, el viernes por la noche, esa pobre casita se transforma en un castillo encantado. Una singular gracia divina flota sobre todo lo que hay allí adentro. Realmente, es como si en cada rincón reposara el Espíritu Divino; y el corazón experimenta algo que no se siente con los grandes y hermosos palacios.

A una muy amada mujer en cinta, vestida de amplia blusa blanca, se asemeja el cálido horno ventrudo, recién blanqueado, el cual está preñado con un "chulent"² que mañana dará a luz una "Kasche" bien cocida con un sabroso hueso lleno de tuétano y un "kuguel" de fideos bellamente dorado, ante el que nada valen los modernos pasteles henchidos. El suelo, esto es, el piso, es amarillo, empastado hace poco con bosta y brilla como el más lustroso piso de madera. Sobre la mesa, cubierta de blanco mantel, las velas prendidas

² Estando vedado en los judíos hacer fuego el día sábado, preparaban la comida al viernes, poniéndola a cocer en un horno caliente. El conjunto de esos manjares, de los que algunos se mencionan arriba, han recibido el nombre que motiva esta nota. — (N. del T.).

en candelabros pulcramente pulidos, añaden una gracia especial. Dos panes frescos, untados en la superficie con yema de huevo, están en la mesa. A su lado, en una botella grabada, fulgura el vino hecho con pasa de uvas, y solicita ser vertido en la copa para el "Kidusch"³. Reina en la casa la paz y la alegría, la claridad y un calor agradable. Se hace sentir el olor del pescado relleno; sobre la hornilla, cubierto con una almohada, el "tzimes"⁴ exhala su aroma que penetra en la nariz; la boca se hace agua, vienen ganas de probarlo. Mujer e hijos, bañados, ataviados, esperan, prestando atención al menor ruido de afuera. De pronto, la puerta se abre. Una ráfaga fría penetra en la habitación en forma de arco iris en el cual se colorean las llamas de las velas, y parece que vuelan serafines ardientes, ángeles que el viernes por la noche acompañan a todo judío de la sinagoga; son ellos los que entran, introduciendo a nuestro Sénderl en su casa.

Habiendo dicho a la familia el "Buen Sábado" con vivacidad, lleno de alegría, Sénderl se pone a saludar cordialmente a sus huéspedes, los ángeles sacrosantos:

**Sed bienvenidos, ángeles del Señor,
Del Rey de los reyes, bendito sea Su nombre.**

Inmediatamente se da comienzo a la comida, al gran banquete, con el "Kidusch", los platos suculentos y los cánticos de alabanza. Sénderl, sentado a la cabecera, tiene a su lado a la mujer; el resto de la familia está en rededor de la mesa, y todos se recrean. Un ángel bueno pronuncia un discurso; el brindis y as bendiciones en nombre de sus compañeros, los ángeles buenos, que se hallan allí en la casa. Y loando, dice: "Tú te has esforzado en la medida que te ha sido posible, todo aquí se halla, como corresponde, en buen y hermoso estado". Y concluye: " ¡Ojalá eso siga así siempre en tu casa!" El ángel perverso pone mala cara, contesta sin querer: "Amén", y refunfuña también una alabanza.

³ La bendición que se dice antes de comer en los días de fiesta, utilizando para ello una copa de vino o un trozo de pan. — (N. del T.).

⁴ Postre preparado con frutas o con hortalizas. — (N. del T.).

Cuentos para niños

**Por
Scholoim Aleijem**

Scholoim Aleijem

Scholoim Aleijem, cuyo verdadero nombre era Scholoim Rabinovich, es el más difundido de los escritores israelitas. Su humorismo cristalino, natural y sano, su estilo lleno de gracia, su lenguaje salpicado de modismos, los tipos tan característicos que desfilan por su vasta obra, y sobre todo ese humor tan original y comunicativo, han hecho de Scholoim Aleijem el ídolo del pueblo judío. Junto con Abramovich y Peretz, sus grandes colegas y amigos, contribuyó a la formación de la nueva literatura. Cábele, más que a otros, la gloria de haber conquistado para ella lectores, arrancándolos de esa literatura malsana, retumbante y artificial, que predominaba entonces. Su pluma ágil satirizó por una parte esas novelas espeluznantes y por otra parte, creaba obras positivas que las sustituyeron fácilmente y con las ventajas debidas.

Entre los tipos innumerables que ha descrito, en medio del maremagnum de personajes que llenan su abundante producción, algunos sobresalen con nitidez y rasgos propios, pero por lo general, sus héroes son partículas de muchedumbre, pues Scholoim Aleijem es un pintor de multitudes y hasta cuando particulariza no desaparece esa característica. El mundo que ha descrito es el que se está extinguiendo en los villorrios judíos de Rusia, mundo netamente israelita, con su ambiente y sus modalidades peculiares, con sus cuitas y sus alegrías y sobre el cual flota, visto a través de Scholoim Aleijem, una sonrisa burlesca, una alegría dolorosa. Porque hasta el dolor adquiere en los relatos de este artista singular un matiz risueño. Ridendo Corriget Mores podría decirse de él en el sentido noble de la palabra, puesto que jamás subordinó el arte a la tendencia. Riéndose de los personajes de Scholoim Aleijem, los lectores se reían en realidad de sí mismos, porque a ellos se asemejaban; pero aunque se dieran cuenta de ello no era posible quedar indiferentes, ya que al enseñar a reír a su pueblo, Scholoim Aleijem no liada más que presentarlo ante su propio espejo.

Nacido en 1859, en Rusia, recibió la clásica educación hebrea y se dedicó al comercio, donde pudo

observar numerosos tipos que le sirvieron después para sus obras. Más tarde se consagró a la literatura; era de una fecundidad asombrosa. Dejó unos 50 volúmenes, casi todos de cuentos, y algunos dramas. Su muerte, en New York, en 1916, alcanzó las proporciones de un duelo nacional.

Cuentos para niños

DESDE EL MONTE SINAI

En Kasrilevke, nuestra aldea, detrás de la sinagoga, hay una montaña, una alta montaña, alta hasta las nubes, hasta el cielo.

Así me parecía en aquel tiempo, cuando íbamos a la escuela; y la llamábamos el "Monte Sinaí".

Una hermosa mañana de estío, bien temprano, nosotros, diez escolares, párvulos aun, nos dirigíamos al colegio, con los libros sagrados bajo el brazo y las meriendas en las manos.

El sol acababa de abandonar el horizonte y derramaba sus tiernos rayos de oro sobre la cumbre. La montaña se hallaba cubierta de rocío, que refulgía cual diamantes; igual que perlas pendían las gotas. Puro, límpido, era el aire, y tan transparente como podéis apenas imaginarlo.

Sorprendidos, embelesados, permanecíamos ante el divino espectáculo de esa mañana divina.

—¿Saben ustedes una cosa, muchachos? — dijo uno de nosotros — ¿saben ustedes qué, muchachos? ¡Subamos al Monte Sinaí!

—¿Saben ustedes una cosa, chicos?—añadió otro, — subamos de veras al Monte Sinaí. Nunca hemos estado sobre él.

Y todos nos pusimos a trepar sobre la montaña; de bruces, valiéndonos de los pies y de las manos, trepábamos, gustosos, sobre el Monte Sinaí.

Y cuando hubimos alcanzado la cúspide y miramos hacia abajo, hacia tierra, nos quedamos espantados: a tanta altura estábamos de la tierra y tan pequeña nos parecía ésta.

—¿Dónde estamos, muchachos, dónde estamos ?

—¿Dónde estamos, preguntas? Debajo de las nubes.

—¿Debajo de las nubes, dices? ¡Por encima de las nubes!

—Por encima, por encima; debajo del cielo.

—¿Ven ustedes la sinagoga, chicos ? ¿Ven la sinagoga?

—Sí, apenas. Es del tamaño de una pequeña casita.

—¿Una casita, dices? Parece una mesita, un banquillo.

—¿Un banquillo, dices? Es tan grande como la (Jemara, como mi devocionario.

—¿Cómo tu devocionario, dices? Como un huevo,' como una avellana.

—¿Como una avellana, dices? Como un poroto, como un garbanzo.

—{Como un garbanzo? Como un granito, como un insecto, como... como...

Y por común acuerdo, convinimos todos en tendernos arriba, encima de la montaña, con los rostros dirigidos hacia el cielo.

Y yo contemplaba con mucha insistencia el firmamento azul, y mis ojos atraían la bóveda celeste más y más, hasta que la atraje del todo, cerca, muy cerca de mí.

Tan cerca, que extendiendo la mano tocaba con mis dedos el cielo, el cielo frío, lo tocaba, lo asía, lo palpaba, lo sujetaba, lo retenía...

No sólo los ojos estaban en el cielo: mi alma, mi corazón, mi cuerpo, todo mi "yo", estaba por entero allí, arriba, en el cielo.

Yo estaba en el cielo y veía a los ángeles. Con sus amplias alas blancas volaban debajo del ancho cielo azul; se mecían y se cernían, volaban y se ondulaban, sin cambiar de sitio. De su columpio y de su vuelo se dejaban oír dulces melodías; cantábase tan silenciosa, tan bella, tan dulcemente, igual que los sacerdotes y los levitas y el Organo del Templo, entre los hebreos de antaño, según lo describen nuestros libros sagrados.

Y un céfiro suave y templado cruzó delante de mí y levemente, delicadamente, me rozó la frente. Y un perfume grato, un perfume paradisíaco pasó a mi lado y mis ojos se iban cerrando, cerrando...

—¡ A la escuela, bribones, pillastres, descarados ! ¡ A la escuela, bandidos! ¡ Esperen ustedes, desvergonzados, ya se lo contaré al maestro, holgazanes! ¡A la escuela, ociosos, malvados, a la escuela!

Era el sacristán de la sinagoga, Reb leikusiel, judío gmñón, de nariz achatada, y con su pipa habitual entre los dientes.

Y repentinamente caímos del cielo a la tierra.

EL MURO OCCIDENTAL (Único vestigio del Templo)

—Hágame, pues, el bien de contármelo detalladamente. ¿De modo que usted ha visto con sus propios ojos el Muro Occidental? ¿De manera que lo vió? ¡ Y lo ha examinado bien? Cuénteme, pues, ¿cómo, dónde y cuándo?... Así le decía mi maestro a un hebreo que acababa de llegar de Palestina, de Jerusalem.

—Dígame, pues, por favor; píntemelo exactamente, cómo, dónde y cuándo.

El judío de Jerusalem se lo describió exactamente, cómo, dónde y cuándo, y mi maestro tragaba las palabras, admirábase, crecía de entusiasmo, como quien recibe de un país lejano noticias de un íntimo amigo suyo.

Tanta atención prestó el maestro al israelita de Jerusalem, que no observó cómo nosotros, los muchachos, nos

deslizamos uno tras otro del aula y nos fuimos a patinar sobre el hielo.

Quando volvimos a la escuela, aun estaban hablando.

—¡El Muro Occidental! — decía el maestro al judío de Jerusalem — ¡ El Muro Occidental! He ahí lo que nos ha quedado de todo nuestro Templo, de todo nuestro reino! ¡El Muro Occidental, el Muro Occidental!

Y el maestro se echó a llorar.

EL TESORO

Al otro lado de la montaña, detrás de la sinagoga, hay un tesoro oculto.

Así se decía en nuestra aldea.

Mas no es tan fácil llegar hasta él. Sólo cuando todos los habitantes del pueblecillo vivan en paz y se pongan todos, a buscarlo, darán con el tesoro.

Así se decía en nuestra aldea.

Y cuando todos vivan satisfechos, cuando no haya entre ellos envidia, ni odio, guerra, maledicencia, ni calumnia y todos se empeñen, hallarán el tesoro. De lo contrario, se va a hundir profundamente en la tierra.

Así se decía en nuestra aldea. Y comenzaron a discutir y a porfiar, a disputar y a debatir, a insultarse y a altercarse cada vez con mayor brío, y todo por el tesoro. Uno decía: "Debe de estar aquí". Otro: "Allí". Y no cesaban de discutir y de porfiar, de disputar y de debatir, de insultarse y altercarse cada vez con mayor brío, y todo por el tesoro; y mientras tanto, el tesoro hundíase más y más en la tierra.

VERGÜENZA

Yo tenía un compañero. Estudiábamos en una misma escuela. Juntos vivíamos. Cometíamos juntos bromas y entramos habíamos compartido el placer y el dolor.

La ciega, que llaman Fortuna, le sonrió a mi compañero, tuvo suerte, le fué cada vez mejor y se elevó a considerable altura.

Y yo me quedé atrás...

Durante mucho tiempo no nos vimos, no nos encontramos. Ibamos por caminos diferentes, vivíamos en ciudades distintas.

Un día, llegué a la ciudad donde mi amigo residía, y pasé delante de la magnífica casa de mi compañero y me detuve: —¿Entrar o no?

Y entré.

Y figúrense ustedes: ¡ él me reconoció!...

—¿Qué tal, hermano? ¿Cómo te va?

Largo rato permanecimos en el vestíbulo sin que me invitara a pasar.

Comprendiendo que esto me sorprendía, me dijo, mirando mi indumentaria:

—Perdóname, hermano, no me guardes rencor, yo te pido que me disculpes; no puedo, me da vergüenza!...

—¿Tienes vergüenza? ¡ Sientes vergüenza de verme ?

—¡ Oh, no, de ninguna manera, no me refiero a eso, no quise decir eso! He dicho que me avergüenzo con... mi magnífica casa... ante tí, mi antiguo compañero, ante... ante... Dime ¿dónde vives? ¿dónde paras? Yo vendré, iré a verte, iré a verte!

Arrojó una mirada a mis botas retorcidas y rotas, y se puso encarnado de vergüenza...

Yo lo comprendí y le perdoné de todo corazón, de todo corazón!

DESCARO

Estaba sentado en el suelo, frente a la puerta de la sinagoga, contando los céntimos, las monedas que hiciera, que recolectara durante el día.

Dos veces por semana, los lunes y los jueves, va mendigando por las casas. Monedas recoge el pordiosero pobre entre los pordioseros más ricos. Esos dos días le corresponden.

¡Cómo brilla el sol, cuán tiernos son sus rayos! El mendigo tiene una mano metida en el seno, y en la otra guarda las monedas. Las arroja y suena con ellas: las cuenta y recuenta. De pronto...

¿Quién es el que va en ese coche tirado por seis caballos? ¡Es el conde, el señor de la aldea!

Los caballos vuelan con el coche, y el polvo, cual dos columnas, le sigue a los lados.

Al mendigo, el polvo le llenó los ojos y la boca, y cubrió ante él, por dos minutos, la luz del sol esplendente.

—¡Vaya un descaró, el descaró de un conde!
—rezongó el pordiosero, y volvió a su tarea: a sacar la cuenta de los céntimos, a contar las monedas. ..

FIN DEL MUNDO

Allí, al otro lado del camposanto, en las afueras del pueblo, el cielo y la tierra se juntan.

Allí, al otro lado del camposanto, en las afueras del pueblo, está el fin del mundo.

Así lo resolvimos todos en la escuela, y convinimos en que el sábado por la tarde, cuando toda la gente, todos los judíos, el pueblo todo duerme la dulce siesta sabática, nos reuniéramos para ir caminando hasta el fin del mundo.

El sábado por la tarde, cuando toda la gente, todos los judíos, el pueblo todo, dormía la dulce siesta sabática, nos congregamos y nos pusimos en marcha hacia el fin del mundo. Caminamos, no sé si una, dos o tres horas; pero llegamos, gracias a Dios, todos buenos y salvos, al molino, el molino de viento.

Y acá, cerca del molino de viento, nos sentamos a descansar. Nos sentamos, nos recostamos. Y recostados, tendidos sobre el verde césped, el césped fragante, empezamos a dormir.

Cada cual de nosotros estaba abstraído por sus asuntos, por sus pensamientos y por su dicha. Todo permanecía en silencio. Nadie pronunciaba una sola palabra; nadie quería que se le interrumpiese ni quería interrumpir al otro.

—¿Y donde está el fin del mundo?—exclamó alguien.

—Pero, tontuelo, si este es el fin del mundo— le replicó otro.

Y todos estábamos persuadidos de que ahí, detrás del molino de viento, estaba el fin del mundo, que más allá del

molino corría la Sierra Negra, cubierta de hierba oscura, y que allí, entre las montañas, moraban los judíos-enanos de lenguas barbas que llegan hasta la punta de los pies, esos pigmeos a quienes Dios ha ahuyentado hasta aquí por sus lenguas, las largas lenguas, con las cuales se mataban entre sí; y que allende la Sierra extendíase el Océano helado, al cual las tempestades arrojan todas las corrientes y todos los buques y de donde nadie vuelve nunca más...

—¡ A la sinagoga, pilletes! ¡ A la sinagoga, picaros! Parece, que el sábado por la tarde vale más ir a la sinagoga a estudiar "Perek", que revolcarse en el suelo, cerca del molino, a semejanza de los chicuelos no-judíos! ¡A la sinagoga, ignorantes, a la sinagoga!

Era Motie "Mejillaroja", judío espectacular, docto, dueño de una casa y de un sitio principal en la sinagoga, el tercero cerca del Tabernáculo. ..

EL ANGEL DE LA MUERTE

He oído en la escuela. Mi maestro me lo ha contado, mi maestro Reb Meier, que en paz repose...

Historias terribles refería acerca del fin de la vida humana, del Angel de la Muerte con sus millares de ojos desde la cabeza a los pies, del Angel del Reino de los Difuntos que, con sus azotes de hierro, se llega a la tumba interrogando:

—"Malvado, ¿cómo te llamas? ¿Estudiaste la Torah? otras historias horribles, realmente espeluznantes. Y un frío recorría mi cuerpo y mis cabellos se erizaban.

Empero, lo más terrible para mí era el Angel' de la Muerte, el Angel de la Muerte con sus millares de ojos desde la cabeza a los pies. Y seguro estoy, que si entonces me hubiese encontrado con ese personaje, yo habría muerto de miedo.

¡ Oh, cómo cambian los tiempos!

Ahora, viéndole casi todos los días, no me sorprendo ya.

Yo lo siento cerca de mí; percibo su aliento aquí, a mi lado; yo sé, yo oigo que él sigue mis pasos — y ¡ nada!

—Vamos, apúrate, rápido — me dice — haz un testamento y ven...

—Mañana, si Dios fuese servido, mañana — le replico, y lo postergo de día en día.

Y como lo ven ustedes, nos engañamos mutuamente. El me dice: "Testamento", y yo contesto: "Mañana... mañana... mañana "...

Amor

por
David Pinsky

David Pinsky

El primero que ha descubierto la existencia del obrero judío, ha sido David Pinsky. Sus eventos, ligeramente tendenciosos, revelaron ese aspecto del ghetto, hasta entonces poco o nada conocido, ese despertar de una clase social explotada y sin conciencia de su valor. Socialista militante, Pinsky conoce de cerca a sus personajes, en medio de los cuales ha vivido y por cuya redención ha luchado largos años en el periodismo avanzado. Pero donde más se dejan ver las cualidades artísticas de este escritor, es en los relatos del ambiente judío que va desapareciendo, en la pintura de figuras enamoradas, especialmente de mujeres, y en sus dramas vigorosos. El amor era un tema poco frecuente hasta Pinsky, y ha sido uno de sus méritos el de tratarlo en una forma sencilla y delicada.

Realista en sus cuentos, simbolista en algunos de sus dramas, es David Pinsky uno de los escritores judíos más apreciados, sobre todo entre el elemento obrero, por la sinceridad profunda, el sentimiento de justicia y el valor artístico de su obra.

Nacido en Rusia en 1873, vive desde 1899 en los Estados Unidos, donde ha tomado parte activa en el movimiento obrero israelita, fundando y dirigiendo importantes periódicos. Su labor literaria abarca unos diez volúmenes de dramas, cuentos y ensayos diversos.

Amor

Tendida en la cama, la joven parturiente no podía quitar la vista de su primerizo, de cinco días de edad, a quien la partera estaba bañando. Sus ojos expresaban la dicha y el bienestar y también una gran compasión por la criatura que gritaba de un modo terrible entre las hábiles manos de la joven bañadora. Abrióse la puerta de la habitación y apareció la cabeza de un hombre joven cubierta de un solideo octogonal. La puérpera se fijó en la cabeza y rápidamente arreglóse el blanco pañuelo de seda que ocultaba su cabellera, como corresponde a una hija de Israel, mujer de un jasis⁵. Sin embargo, dejó asomar un mechón ondulado sobre la frente. Eso embellecía su rostro. Sabía también cómo cubrirse la cabeza. El pañuelo, doblado detrás de las orejas y atado debajo de la bar

—¡Ah! — replicó la puérpera apretando los puños contra los dientes. Sus ojos resplandecían de amor y de felicidad.

La partera fijó la mirada en la esposa amante y sonriendo se puso a meditar. Ella no había amado nunca... En la habitación se hizo el silencio. Un silencio agradable. La atmósfera estaba impregnada de amor y de un deseo de amor. —Tal como yo amo a mi marido, es tun horror, — interrumpió la mujer el silencio después de un instante.

La doncella parecía haber despertado, meneó la cabeza como si se quitase algo de encima y sus ojos volvieron a moverse. La mujercita se atascó, pero en seguida volvió a hablar:

—¡Qué horror, cómo lo amo! ¿Qué quiere que le diga? ¡yo me muero por él! Desde el instante en que lo vi por primera vez, sentí inmediatamente que sin él no podría vivir. "Ah, Dios mío — me dije al punto — ojalá sea este mi prometido". Y cuando nuestro casamentero vino con la noticia de que yo le gustaba, no pude quedar tranquila al lado de la mesa donde todos estaban sentados. Me deslicé al dormitorio y

⁵ Partidario do cierta secta religioso, cuyo jefe espiritual era el Rabí. — (N. del T.).

arrojándome sobre la cama, abracé las almohadas, y las oprimía, las oprimía contra mi pecho. Creí que iba a sofocarme. Yo tenía ganas de... ¡qué sé yo lo que quería! traía ganas de bailar, de saltar, de correr, de gritar, de derribar las paredes, de levantar grandes pesas, de trastornar el mundo. Sentíame poseída de una rara fuerza. Casualmente había entrado al aposento mi hermana menor y yo la abracé, la oprimí fuertemente y la besaba, la besaba, la besaba... La vista se me nubló, no sabía en qué inundo estaba. Mi hermana se asustó, creyendo que yo había perdido la razón y trató de apartarme de sí con las manos y los pies. ¡ Pero era como mover una pared, una montaña! Al fin di un salto y me puse a dar vueltas por la alcoba "¿Te has vuelto loca? — Exclamó mi hermana — me has arrugado el vestido y hasta creo que me arrancaste algo". ¿Y cree usted que no le había arrancado dos botones? Sí, por vida mía que se los arranqué.

Miró, victoriosa, a la partera y cesó de contar.

—"Uhum" — murmuró la muchacha, pensativa.

—¿Y sabe usted, — prosiguió la mujer en tono confidencial, — sabe usted que jamás yo le he dado un beso?

—¿Cómo ?

—Usted me dirá que soy una loca, pero yo le aseguro que la gente podría aprender mucho de mí. Siendo todavía muchacha, me dije: "Con la ayuda de Dios, cuando yo sea novia y me case, estaré lo más lejos posible de mi prometido y no le trataré con especial intimidad". Yo había visto ya lo que mis compañeras sacaban con sus exagerados melindres. ¿Colgarme yo de su cuello para que él crea que lo es todo y a mí me pisotee? No, eso no lo conseguiría. Y resolví que, cuanto más distanciada estuviera yo de él, más cercano se sentiría él a mí, y así procedí desde el principio. Y conviene saber que yo, si me decido por algo, ya puede venir el propio Dios y no me hará cambiar. En la noche del compromiso, él no cesaba de mirarme, pero yo bajé los ojos como si nada supiese. Mi corazón palpitante me gritaba: "Mírale una sola vez, por lo menos"; pero no, yo no accedí. Una sola vez, nada más, me cubrí el rostro con las manos y lo miré a través de los dedos. El corazón me latió de una manera terrible. Noté que él me miraba y parecióme oír su aliento. ¡Me sentía tan bien al tener las manos en esa forma y contemplarlo!; pero no lo hice más que una vez. Después, cuando nos levantamos de la mesa, él daba vueltas por la sala, tratando de acercárseme y de quedar un rato a solas conmigo. Y yo también quería lo mismo, casi me moría de deseos. ¡Ah, hubiera dado mi vida por abrazarlo, por besarle y acariciarlo! Pero no pude resolverme. Y vea usted, después del compromiso, él estuvo en nuestra casa toda una semana, varias veces quedamos solos y yo me mostré fría como el hielo. La noche antes de partir para su pueblo me encontró con el patio. Yo tenía tanto calor en mi cama, que apenas respiraba, y salí a tomar aire fresco. Al rato me di vuelta y me encontré con mi futuro. Yo no sé cómo lo había averiguado. Me abrazó, aprétome contra sí, me besó y precisamente en los labios, y yo — nada. Y así se fué sin que le diera un beso.

—Qué mala que es usted — dijo la partera riéndose y amenazándola con un dedo.

—No, oiga usted. Algo mejor ha ocurrido con las cartas — sonrió la mujer. — El me escribía cartas ardientes, que conservo todavía, todas las tiernas expresiones se encuentran en ellas. Ponía una palabra y seguidamente: "corazón mío", una palabra y "vida mía", y "querida", y "tesoro mío", y Féiguele, y

Féigueniu, y Feiguetchke, y Feiguenke⁶; yo me llamo Feigue Basche... Y yo., le escribía cartas muy secas: "Mi estimado novio Faivel: Primeramente vengo a decirte que, a Dios gracias, gozo de buena salud "... y así sucesivamente. Sentía desgarrarse mi alma por decirle una palabra cariñosa, mi corazón saltaba por llamarlo con miles de nombres amorosos, mi mano desfallecía, me parecía morir al escribirle las cartas. Y sin embargo, ¡ ni el menor indicio de confianza!

Por la puerta asomó la cabeza con el birrete octogonal. La puérpera se calló y miró sonriendo a la partera, la cual se puso los lentes para observar mejor al joven de alta estatura, de rostro fino y blanco, con su pequeña barba redonda, los bigotes cortos, las patillas ondulantes y los ojos azules, que brillaban bajo las cejas largas y pobladas.

—¿Qué quieres? — preguntó al esposo con simulada indiferencia, pero siempre con la sonrisa en los labios. — Vete, tengo que hablar con la señorita.

El, empero, no la obedeció.

—¿Cómo te encuentras? — preguntó con dulzura, suavemente, entrando en la alcoba.

—Bien, bien — replicó ella — Vete, vete.

—¿Duerme? — dijo él señalando la cuna.

—Duerme, duerme. Pero vete, vete, déjame conversar.

—Ya, ya.

Acercóse a la cuna y sonriendo de dicha contempló al niño dormido.

—¡ Cómo duerme! — exclamó entusiasmado, mirando a la mujer. Luego fijó la vista en el chico, diciendo con ternura: "Pequeñuelo".

—Pero vete ya de una vez!

Nuevamente posó su tierna mirada en el niño, luego en la mujer, y salió.

La partera se quitó los lentes, los guardó y sonriendo miró a la mujer. Esta, que la miraba aguardando su opinión respecto al marido, consideró eso como la mejor respuesta. Sus ojos relampaguearon y sonreía alegremente.

⁶ Diminutivos del nombre propio Feigue. — (N. del T.).

Algo la impulsaba a hablar y volvió a tomar la palabra:

—¡ Y cómo me quiere él, es una cosa tremenda! Daría la vida por mí. Si me doliese un dedo, él dejaría de comer y dormir y estaría fuera de sí. Y todo eso se debe a que yo haya sabido imponerme desde un principio. Aun después de nuestro casamiento, sabe usted... en los primeros tiempos, comprende usted...

Empezó a balbucear y se puso encarnada. De pronto, y como si omitiese algo, reanudó la plática :

—¡Ah! ahora le voy a contar lo que ocurrió meses atrás. Hace unos seis meses tenía yo que pasar algunas semanas en Varsovia. A mi llegada allá, escribí inmediatamente una carta a casa. Pasaron tres días y no hubo respuesta de mi Faivel. Creí que iba a morirme o volverme loca. ¿Pero cree usted que yo le he telegrafiado? Desde luego que no. Me mordí los labios y guardé silencio. "No me escribes — decía para mí — pues no importa. Ya te acordarás de eso, porque vas a arrepentirte". Al cuarto día llegó en buena hora una carta de él. Había estado ocupado en una inauguración ritual, que le llevó todo el tiempo. Yo no le contesté. Esa inauguración no se hubiera escapado. A los dos días, otra carta suya: "¿Qué te pasa. Féigueniu, querida?" Yo no le respondí. En una palabra, yo recibía una carta tras otra; él se volvía loco, y yo, ni una palabra. Al duocécimo día se presentó mi Faivel. Cayó a la casa más muerto que vivo: "Por Dios, Féiguele, ¿qué te ocurre, por qué no me has escrito ?" Yo me di vuelta con la espalda hacia él y no dije nada. El: "Féigueniu y Féigueniu", y "corazón mío, y corazón mío", y yo — callando. En realidad, yo tenía el corazón desgarrado, quería saltar a su cuello, tranquilizarlo y reírme junto con él del asunto. Pero me contuve. Al fin volví la cabeza hacia él, lo miré con un ojo — así, de esta manera — y dije con enfado: "¿Por qué no contestaste a mi primera carta?" Hubiera usted visto cómo se arrojó a mis pies! Ya ve usted, eh? Pero, si yo me hubiese conducido como mis compañeras o como mi hermana la tonta, que es infeliz porque se mostró demasiado prendada de su esposo, entonces, a esta hora, yo ya...

—¿Y todavía, no ha besado a su esposo? — preguntó la partera con curiosidad.

—Por vida mía que no. Es decir, algo, en los primeros tiempos, en fin, así no más...

—¿Cómo es eso?

—Pues así es. Vea usted, no es del todo agradable. ¡ Ah, cómo quisiera a veces besarlo, comérmelo a besos

—¡ Y qué hace entonces?

—¿Cómo, qué hago?

La muchacha se puso colorada.

—Sí, ¿cómo expresa usted sus Sentimientos?

—¿Lo que hago?—volvió a preguntar la mujer como si buscara una respuesta a esta ardua cuestión — Yo... yo lo miro.

La señorita abrió tamaños ojos, y la otra añadió:

—El alma se me va en mirarle. Cuando clavo en él los ojos, no puedo quitarlos. Me siento como encantada. Y experimento una sensación tal de dulzura, de bienestar, que siempre, eternamente, estaría mirándolo...

De pronto arrojó sus manos por encima de la cabeza, cerró los ojos y empezó a respirar dificultosamente. La partera le quitó las manos de la cabeza, le recomendó que se calmara y se durmiera, y ella misma se puso a arreglar sus utensilios. La mujercita no abrió los ojos. Parecía que iba durmiéndose. La partera la miró por última vez y salió de la alcoba sobre la punta de los pies. Oyóse todavía que encargaba a alguien en la pieza contigua que se guardara silencio.

La mujer abrió los ojos y prestó atención a los pasos de la partera. Se abrió la puerta do calle, cerróse — era la partera que salía.

—Faivel! — exclamó la parturiente.

La puerta de la alcoba se abrió y apareció el marido.

—¿Qué hay, Féigueniti, no duermes?

—no, ¡no, puedo dormir. ¿Por qué hay tanto silencio en «u pieza?

—Estoy solo.

—¿Dónde están los demás?

—Se acostaron. Hace tiempo ya.

—¿Y tú qué haces?

—Leo la Gemaráv

Ella trató de hacerte otra pregunta y lo mira- . ba.

—Y tú ¿cómo te sientes? — preguntó él suave y apocado, acercándose a la cama.

—Perfectamente.

—Y él... ¿duerme ?

—Duerme.

—"Uh-uh", — se burló Faivel ingenuamente.

—Yo también quiero dormir ahora — dijo ella.

"Faivel hizo un movimiento para abandonar el aposento.

—Deja abierta la puerta — agregó ella.

Faivel entró por un instante a la habitación contigua, pero al rato apareció allí con la Gemara en las manos. Habíase colocado en un punto desde el cual podía ver a su mujer. Los ojos de ésta brillaron de alegría. ¡ Ah, ella quería tanto que así lo hiciera, pero no quería pedírselo! Cubrióse con la frazada hasta los ojos y fijó la mirada en el esposo. Su corazón empezó a latir con más violencia. Ella lo oprimió con los codos, miraba al marido con ojos desmesuradamente abiertos y emitía sus extrañas voces de contento: "Uh uh uh, uh uh uh, uh uh uh".

EL LITIGIO

Por
S. An-Sky

S. An-Sky

Con este pseudónimo se ha hecho conocer en la literatura rusa y judía, el escritor Salomón Rapoport, nacido en, 1853, en Rusia. Habiendo recibido una educación hebraica. aprendió el ruso cuando ya tenía 17 años. Su primer trabajo literario, una pequeña novela en idisch, no pudo ser publicado por falta de editor, razón que lo indujo a escribir en i-uso. Bajo la influencia del movimiento en favor del pueblo, que los intelectuales de ese país predicaron con tanto entusiasmo a mediados del siglo pasado, An-sky, como otros tantos espíritus nobles, dedicóse a la enseñanza entre los aldeanos analfabetos y los obreros ignorantes. Radicado más tarde en París con el objeto de estudiar la vida del proletariado francés, desempeñó el cargo de secretario del famoso escritor ruso P. Lavroff. En París entró en contacto con los emigrados judíos y con la literatura israelita, y bajo ese impulso volvió a escribir en el idioma en que se iniciara en su juventud. Publicó numerosas poesías originales y traducidas, cuentos, ensayos dramáticos, etc. Su canción revolucionaria "El juramento" se ha convertido en "La Marsellesa" de los obreros israelitas. Conocedor perfecto del "idisch", es An-sky un escritor notable y un entusiasta folklorista. Sus investigaciones en ese sentido han tomado cuerpo en narraciones legendarias, llenas de candor y de un fuerte espíritu nacional, que el autor refiere en un estilo ademado, en prosa a veces y otras en verso.

El Litigio

...Y ocurrió esta historia no hace mucho tiempo, en la época en que el mundo hablaba de los milagros del Zadik, del rabino Reb Elimelej. En mala hora para los judíos, el rey de Rumania había dispuesto que en el término de tres semanas no quedara en sus dominios ni rastro de ellos.

Es de suponer que entre los israelitas se hizo sentir ese descalabro; lloraban, se lamentaban, gritaron y celebraron un ayuno colectivo. Pero eso no alivió en nada la situación; los espíritus malos que acechan a los hebreos desde la destrucción del Templo, impidieron en su saña que ninguna lágrima ni oración alguna llegase al Señor.

Un solo judío en toda Rumania no ayunó ni alzó su voz. Y era éste Reb Faivel, judío bien conocido, de edad provecta, que pasaba sus días en el Bet-Ilamedrosch, estudiando la Gemara y los comentarios. Cuando Reb Faivel tuvo noticia del duro decreto del rey espantóse, como todos los hebreos, y estuvo ya por estallar en llantos. Pero, de pronto, una idea iluminó su cerebro... Un gran temblor sacudió su cuerpo, y cogiendo un Pentateuco, miró en él con ímpetu y exclamó seguidamente: " ¡ Cómo es eso, un decreto del rey! De acuerdo con nuestra Torah esa orden real tiene fuerza alguna!" Y veloz, cual flecha lanzada por un arco, corrió (era a altas horas de la noche) a casa del rabino (en aquel tiempo dominaba en toda Rumania el famoso y grande discípulo del Baal-Schem, Reb Elimelej), despertólo de su sueño y, enardecido, comenzó a dar gritos:

—Rabí, juzgad en un litigio. Claro como el día está escrito en la Torah que los judíos son siervos del Señor; ¿por qué, entonces, un rey se atreve a dar edictos contra ellos? Y, sobre todo, quisiera saber, Rabí, ¿por qué Dios en el cielo permite esta injusticia cruel?

—¿Y qué quieres, Rabí Faivel?—preguntóle Reb Elimelej.

—¿Lo que quiero? Deseo tener un pleito con el Todopoderoso por su injusticia.

—Escucha, hijo mío — le repuso tranquilamente Rabí Elimelej—he de decirte con franqueza que considero una insolencia acusar al Creador de torcer la Ley. Llamar a Dios a un

proceso implica, además, un peligro... Pero-, por otra parte, comprendo que tú te sacrificas por una gran comunidad de hebreos y por eso consiento en admitir tu pleito. Mas, a media noche, claro está, no es el momento oportuno. Ven, pues, mañana, después de la oración matutina.

Esa misma noche, inesperadamente, tres rabinos vinieron a hospedarse en casa de Rabí Elimelej. Entre ellos estaba también el discípulo predilecto del Baal-Schem, el conocido rabino de Apte. Inmediatamente Reb Elimelej les propuso intervenir con él en el juicio, y ellos le dieron su santa aquiescencia.

A la mañana siguiente, cuando Reb Faival llegó al tribunal, los cuatro rabinos se cubrieron con sus taleds sagrados y el gran tribunal dió principio a sus tareas.

—Rabí Faivel—exclamó el de Apte—cuatro rabinos te ordenan que expongas tus argumentos contra el Omnipotente.

Pero Rabí Faivel estaba pálido, aturdido y lleno de temor.

—No, señores... No, yo no puedo... balbuceó, temblando. He perdido todo mi valor... Del entusiasmo de ayer no han quedado vestigios.

Mas a eso replicó el rabino de Apte con imperio, severamente:

—Yo, el de Apte, te concedo poder, inteligencia, entendimiento y entusiasmo. Estate seguro que en el juicio no habrá parcialidad.

Y Rabi Faivel adquirió repentinamente un gran entusiasmo y comenzó a hablar. Mencionó, ante todo, un pasaje de la Torah. Después citó pruebas de la Gemara, de los comentarios y del Alfasi. Y demostró con toda evidencia que el Señor no debía haber permitido el mentado decreto real.

Entonces, uno de los jueces tuvo una ocurrencia:

—Tal vez—dijo con voz queda—consentiría Vd., Reb Faivel, en acusar no al Creador, sino al rey?

—¡ Qué rey, ni qué rey!—exclamó con ira Reb Faivel. ¡ Qué cuestiones tengo yo con el rey de Rumania? ¿Quién es él? Un hombre como todos. Sólo con Dios, Todopoderoso, con Él tengo un pleito!

Entonces el rabino de Apte, soberbio y tranquilo como un juez, se levantó de su sillón, diciendo:

—Que el Hacedor nos dé una respuesta clara a las cairas acusaciones de Reb Faivel.

Y habló Reb Elimelej:

—Yo os daré la contestación. No hay duda alguna que Reb Faivel está en lo cierto: nuestros hermanos, los judíos, son los siervos del Señor del Universo y nadie, excepto Él, tiene el derecho de castigarlos. Pero Dios puede reprenderles, como se castiga, por ejemplo, a los esclavos, por mano ajena...

—¡No, no puede!—le interrumpió Reb Faivel visiblemente excitado—¿Acaso los judíos no son para Dios más que meros esclavos? ¿Habéis olvidado que está escrito: "Hijos míos sois", es decir, que somos hijos de Él. Y bien, a los hijos un padre los castiga él mismo y no por medio de otros.

—¿Por qué, entonces, Tito ha destruido el Templo? —preguntó Reb Elimelej.

—¡Valiente razón! El Templo no era sino la casa de Dios y bien pudo hacerla quemar. Mas, como es sabido, el Eterno se arrepiente, llora y se lamenta: "¡Ay de mí. Con mi propia mano he destruido mi casa e hice de ella una ruina!"

—Bien, dejemos a un lado la destrucción del Templo—respondió Reb Elimelej—pero considera un instante qué pecadores son los israelitas. ¡Cuántas veces ordenóles Dios, a las buenas y a las malas, que pensaran en el arrepentimiento y que abandonasen sus malas acciones! Sin embargo, ¿de qué les ha servido? Pues al cabo enojóse Dios con grande ira contra ellos y perdió los estribos...

—¡Cómo "perdió los estribos"!—gritó con vehemencia Reb Faivel—¡Qué palabras son esas! Si admitiéramos eso, resultaría que la furia de Dios llegaría un día a tal extremo, que destruiría todos los mundos y exterminaría a los hebreos.

—Y, en efecto, podría hacerlo. ¿Qué te crees? —dijo Reb Elimelej.

—¡No, no puede, no debe hacerlo!—prosiguió Reb Paivel—¿Es que ya no hay justicia ni jueces? ¿No tenemos acaso la Torah?... Escuchad, señores: Yo os advierto que no me iré de aquí hasta que no dispongáis que el Supremo, a semejanza de todos, está obligado a cumplir los preceptos de la Ley...

Pero el rabino de Apte puso término a las discusiones. Levantóse, acarició su barba y dijo:

—Todo está claro. Basta de hablar.

Y añadió:

—Es costumbre en los juicios rpie apenas ambas partes hayan expuesto sus demandas, el tribunal les ordene que abandonen la sala de deliberaciones. Y si cualquiera de las dos partes se muestra reacia y no quiere salir, debe pagar una multa y después, para vergüenza suya, el ujier la saca por la oreja... Reb Faivel: haz, pues, el bien... Y también Tú, Creador del Universo, debes salir de aquí...

Reb Elimelej dió un salto:

—¡Cómo es posible! Escrito está: "Su honor llena el mundo entero". ¿Cómo, pues, pregunto yo, puede Dios alejarse de aquí ni por un solo instante?

El rabino de Apte guardó silencio durante un rato. Después levautó disgustado una ceja, gris 3r poblada, y habló:

—Pues, si está escrito que "Tu honor llena el mundo entero", te advertimos, Señor, que quedes por el momento con nosotros. Pero francamente te declaramos que en nuestro juicio sagrado no habrá parcialidad. Has de recordar que la Torah ya no se halla en el cielo: Tú mismo nos la has entregado...

* * *

Tres días se prolongó la sesión del tribunal. Resonaban las disputas acaloradas, fluían en abundancia las argucias sofisticadas, los silogismos, las conclusiones lógicas, los comentarios, las interpretaciones de abreviaturas y las alusiones a la Cábala y al Zohar, a las contadas palabras del Baal-Schem y a los secretos misteriosos de la Torah. Tres días duró la discusión. Los rabinos se apasionaron, gritaron y se increparon con denuestos e improperios. Uno decía al otro. "Pillastre", "chiquillo", "ignorante".

Finalmente, se llegó a un acuerdo: El Señor había consentido, por error, que se dictase el edicto real (había interpretado mal una frase y no entendió bien el sentido oculto de una palabra del Zohar) y por consiguiente, el decreto del rey de Rumania estaba desprovisto de poder y debía caducar inmediatamente.

Y el juicio fué escrito sobre pergamino por un escriba. Todos los santos rabinos lo firmaron y guardáronlo en el arca del Testamento en medio de las Torahs...

* * *

Sólo había transcurrido un día y el decreto del rey fué derogado.
Amén!

“Razas”

Relatos de la vida cosmopolita en los Estados Unidos

Jose Opatoschv

Traducción del Ídish
de Salomón Resnick

Editorial Judaica
Bs. As., 1943

“La Máquina”

En la fábrica de zapatos de Brodsky había bullicio. Los obreros se agitaban, sostenían que era preciso declarar la huelga e impedir que decenas de familias quedasen sin pan. Todos hablaban de la nueva máquina que debía llegar de un día para otro, la cual, decían, cosía treinta pares de suelas por hora.

Sólo los judíos sefardíes no intervenían en el alboroto. La noticia les había privado del habla y no podían de manera alguna entenderse con sus hermanos, los askenazíes. Sus rostros enjutos se tornaron más dignos, cesó su cántico quedo y dulce y sus ojos negros y soñolientos adquirieron habla, rogaban que no se les expulsara de la fábrica, que no se privara del pan a tantas familias.

Poco a poco los aparadores fueron abandonando la fábrica, sin aguardar a que la máquina los expulsara, quedando tan sólo los judíos sefardíes. Entraban más temprano que de costumbre, trabajaban hasta bien avanzada la noche, sabían que había que aprovechar lo más posible, porque de un día para otro serían despedidos todos.

Permanecían en sus asientos, mudos, sin conversar, y cuando se acercaba el capataz o el patrón, sus miradas se tornaban ¡sumisas, cual si pidieran que no se les tocara: eran pobres hombres que trabajaban y no se interponían en el camino de nadie.

Un joven sefardí de bigotitos no podía quedarse quieto en su asiento. Desde que supo que iban a traer una máquina de coser parecía haber perdido la cabeza. Había postergado su boda por un mes, y he ahí que había transcurrido ya una semana y no sabía qué hacer.

— Eso no está bien, Rakhimi — le dijo a su vecino.

— ¿Aludes a la máquina? — respondió aquél, mientras trabajaba con dos hilos — . ¡No está bien, es verdad!

— Si no hubiera fijado la fecha del casamiento, eso no me importaría — adujo el joven sefardita alzando sus largos brazos.

— No hay que preocuparse ni hacerse mala sangre — le consoló su vecino — . Además, todavía no traen la máquina. Los askenazíes se alarmaron, se han dispersado, y aquí están entrando nuevos trabajos. ¿A quién se le ocurre sentirse preocupado?

Aproximóse el capataz, contó los zapatos terminados. El joven sefardí se armó de valor y preguntó:

— ¿Cuándo llega la máquina?

— ¿Sientes nostalgia por ella? — sonrió el capataz.

— ¡Ojalá se rompa en el trayecto! — apuntó el vecino.

— ¡Tragada sea por la tierral

— ¡Amén! — acompañaron unos cuantos.

Sonrió el capataz y los tranquilizó:

— Posiblemente no la traigan. Trabajad, trabajad, judihuelos rojos. Hoy hay que entregar todo -el lote. ¡Vamos, rápido!

Pasó una semana, dos, y parecían haber olvidado la máquina. Nadie en la fábrica hablaba de ella. Además, el trabajo urgía, se anunciaba la venida de nuevos operarios y aumentaron los jornales.

Los rostros sombríos de los sefardíes empezaron a iluminarse, desapareció el temor de perder los puestos y el joven sefardita fijó la fecha de su boda. Ya no le temía al capataz, y hacía bromas:

— ¿Traerán la máquina?

— La traerán, la traerán —, lo incitaba el capataz, pero nadie le creía.

Más de una veintena de brazos desnudos tiraban los hilos, se levantaban, bajaban, cual si dirigieran el barullo de la fábrica. Alguien empezó a canturrear, los demás lo acompañaron y a través de la fábrica esparcióse una melodía melancólica, suave, como en los tiempos de antes.

El trabajo desde la mañana hasta la noche tranquilizó a los sefardíes, los animó y les dió la seguridad de que nadie pensaba ya en la máquina. El joven sefardí se preparaba para contraer nupcias, y le dijo a su vecino:

-Es mejor que no nos hayamos ido de la fábrica.

— ¿Hacerles caso a los insensatos askenazíes, los socialistas? — habló el vecino —. Quisieran que el amo se repartiera con ellos, que les entregara su fortuna... Si no se hubieran escapado entonces, estarían trabajando hasta ahora. Hoy han entrado nuevos lotes de trabajo. Hace mucho que no ha habido una temporada como ésta,

Así pasó una semana y otra y el trabajo continuó con igual intensidad, con ardor: alguien trajo consigo a un pariente, otro a un vecino y al poco tiempo media Salónica se encontraba en la fábrica e impregnaba de antiguos himnos y melodías hebraicas a las suelas americanas.

Una mañana de sol, mientras frente a las ventanas se elevaban columnas de polvo de cuero y se alzaban decenas de brazos y en medio del tumulto de

la fábrica se diseminaba una melodía suave, una mano misteriosa arrojó unas sogas por encima de las ventanas gruesas y un temblor se apoderó de la fábrica.

— ¿Qué es esto? — preguntó el joven sefardita.

— ¡Es la desgracia!

-Van a pintar el edificio — dijo alguien.

— ¿Es cierto? — tranquilizáronse algunos.

Al rato dejóse oír un chillido. Un individuo sacó una ventana, hizo una seña con la mano y las cuerdas empezaron a crujir.

El joven sefardí no pudo quedarse quieto. Acercóse a la ventana, echó una mirada, vió cómo se alzaba una máquina y se puso pálido.

Todos miraban hacia él, aguardando una respuesta. El movió la cabeza, cual si sonriese, y volvió a su asiento.

Un silencio desagradable establecióse entre los presentes. Las manos dejaron de levantarse, sólo los ojos miraban hacia la ventana, donde una máquina, negra, maciza, aparecía echando miradas, se lanzaba con sus alas sobre los sefardíes, volaba encima de ellos.